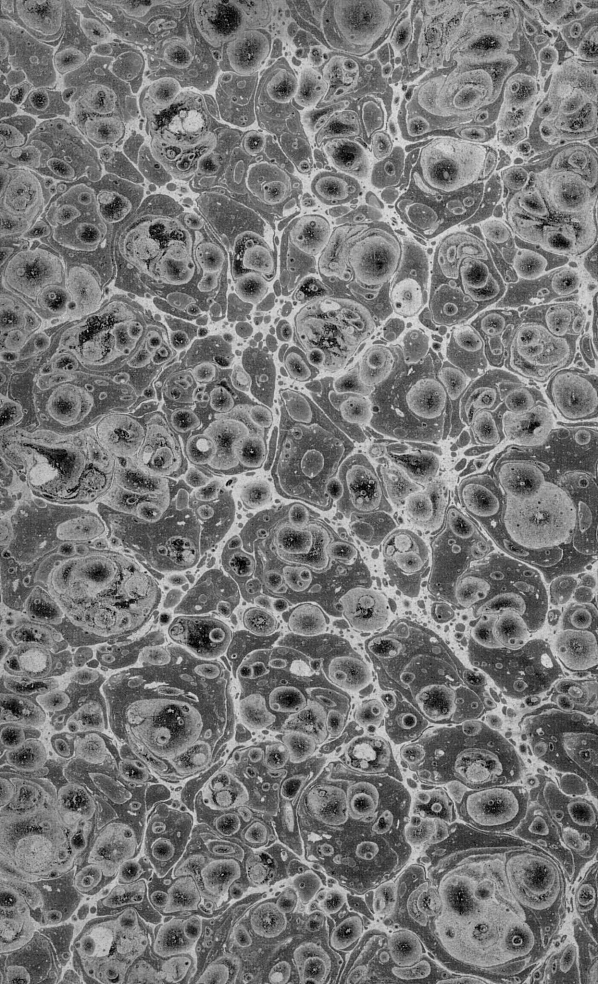
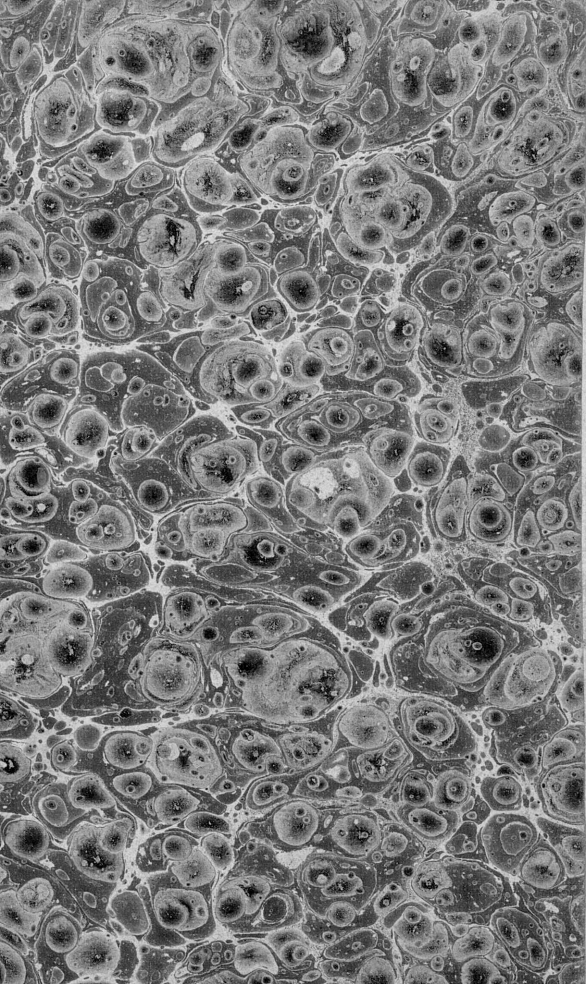








CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

CONFESSIONES

DE N. G. P.

2ND AUGUST 176

CONFESIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE
SAN AUGUSTIN,
OBISPO , Y DOCTOR
DE LA IGLESIA.

Traducidas de Latin en Castellano

POR EL M. R. P. M. Fr. FRANCISCO
Antonio de Gante , Predicador de S. M. y Exa-
minador Synodal del Arzobispado de
Toledo , &c.

Tomo segundo.



MADRID.

Por Joseph Doblado, calle de los Preciados.
Año M. DCC. LXXIV.

*Se hallará en la Portería de San Phelipe el Real de
Madrid , y en la Tienda de Geronymo Solano,
Calle de la Paz,*

CONTESSIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

RAY AUGUSTINE

ORIBO, Y DOCTOR

DE LA IGLESIA

Traducidas de Latin en Castellano

TORRE M. R. P. M. FRANCISCO

Anteponiendo a la Traducción de M. R. P. M. FRANCISCO

Introducción del autor de la Traducción

Madrid, 1814.

Tomo segundo.



MADRID.

Por Joseph Dobado, calle de los Preciados.

Año M. DCC. LXXIV.



T. 1240750

151330

ERRATAS DEL TOMO II.

PAG. 8. lin. 6. Mezcabla, lé *mez-clava*. Pag. 15. lin. 12. pue, lee *que*. Pag. 93. lin. 13. dulauras, lee *dulzuras*. Ibi Armarss, lee *Amaros*. Pag. 105. estanda, lee *estando*. Pag. 108. lin. 6. trebis, lé *treberis*. Pag. 231. lin. 20. letra, lee *tierra*. Pag. 251. lin. 18. preciosa; lee *precisa*. Pag. 281. lin. 4. pue, lee *que*. Pag. 305. numerar, lee *murmurar*. pag. 314. lin. 9. dar lee *no dar*. Pag. 327. libre, lee *liebre*.

AL QUE LEYERE

Siendo dilatado volumen el de las Confesiones del G.P.S. Augustin , y reducidas á libro breve, ser forzoso, que la letra sea tan pequeña, que fatigue la vista; para evitar esta molestia á los que leyeren, ha parecido mas conveniente reducir dichas Confesiones á dos Tomos pequeños , para hacerlos mas comodoss, y de letra mediana. VALE.
CON-

I

CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De que deshechando las imagenes corporeas, comenzó á conocer el que Dios notiene cuerpo.

✻✻✻✻✻ A havia muerto mi adolescencia, mala, y indigna de tomarse en la boca, y caminaba á la juventud, quanto mayor en la edad, en la vanidad mas torpe; pues nada substancial se me ofrecia al pensamiento, sino lo que suele verse con ojos corporeos.

Tom. II.

A

2 *Confesiones de S. Augustin.*

Mas no te juzgaba yo, mi Dios, y mi Señor, con la figura del cuerpo humano, despues que empecé á oír algo de tu sabiduría; y asi huí siempre de este desatino, y me alegraba de haver hallado la verdad en la Fé de la Espiritual Madre nuestra, Catholica Iglesia tuya : mas no encontraba mi corto juicio . cómo llegar á imaginarte; como Hombre, y tal Hombre, te creía con todo mi conato, Summo, Solo, y Verdadero Dios, incomprehensible, invariable, y sin mudanza; porque sin saber cómo, ó por dónde, con todo eso veía claramente, y estaba muy cierto, de que lo que está sujeto á corrupcion, es peor que lo incorruptible; y de aqui, á lo inviolable lo anteponia yo á lo violable, sin tener en esto duda: con que tambien á lo immutable lo tenia por mucho mejor, que á lo que se muda.

Por esto clamaba mi corazon contra todas mis fantasmas, y clamaba con vehemencia, para deshechar de un golpe la circunvolante tropa de la inmundicia, que ofuscaba la perspicacia de mi entendimiento; y apenas la apartaba de mi vista, quando amontonada daba sobre mí, y contra mis ojos, dexandolos ofuscados. Con que no creyendo en tí forma del humano cuerpo, me via como forzado á presumirte algo corporeo, dilatado por los espacios de los lugares, ó yá comunicado al mundo, ó esparcido fuera del mundo, por infinitas dimensiones, aun siendo tú el mismo incorruptible, inviolable, é incommutable, que anteponia yo á lo corruptible, violable, y sujeto á mudanzas : pues juzgaba yo, que todo lo que no ocupa lugar, es nada, y tan nada, que ni aun le presumia vacuo, ó va-

4 *Confesiones de S. Augustin.*

cío, como si quitado un cuerpo del lugar que ocupaba, y quedando dicho lugar sin otro cuerpo alguno, terreno, aereo, ó celeste, ó humedo, dicho lugar sería una cosa vana, como un nada imaginario. Yo, pues, craso, y tosco de corazon, que ni aun me entendia á mí mismo, siempre juzgaba, que nada era lo que no ocupaba algunos espacios quantitativos, ó yá extenso, ó yá difuso, ó yá amontonado, ó yá lleno, siendo capáz de estas propiedades. Por las mismas formas, que iban mis ojos, formaba mi corazon las imagenes, y no reparaba, que este mismo acto de mi entendimiento, con que formaba yo las tales figuras, no era corporeo; pues es cierto, que no formaria semejantes imaginaciones, á no ser una cosa mas grande, que la corporal substancia. A tí, pues, Vida de mi vi-

da, te imaginaba grande por todas partes, y por infinitos espacios, penetrando el mundo universo, y ácia qualquier parte inmenso en dilataciones, sin termino, de suerte, que te tuviese la Tierra, te tuviese el Cielo, te lograsen las criaturas todas, acabandose todas en tí; pero tu infinito siempre. Y asi como el cuerpo del ayre no impide la luz del Sol, aunque esté sobre la tierra, pues la penetra, no rompiendole, ni rasgandole, sino llenandole todo : asi presumia yo, que tú, Señor, penetrabas, ó traspasabas, no solo los cuerpos del Cielo, del ayre, y del mar, sino tambien en el de la tierra, haciendote camino aun las partes mayores, y menores del mundo, por oculta inspiracion del ministerio con que tú criaste todas las cosas, solamente por conseguir tu presencia. Asi lo sospechaba,

6 *Confesiones de S. Augustin.*

porque no alcanzaba mas mi discurso ; mas todo era falso : pues si fuese lo que yo imaginaba , la parte mayor de tierra tendria de tí mayor parte , y la menor tendria menos ; y de tal suerte llenarias tus criaturas , que tendria mas de tí la corpulencia del elefante , que la pequenez del pájaro , por ser el uno mayor que el otro , y ocupar mayor lugar lo mas grande ; y asi , dividido en partes el mundo , las mayores tendrian mayores porciones de tu presencia , y las menores tendrian menos ; mas no eres tú asi , Dios mio : es verdad , que hasta despues no te havias servido de iluminar mis tinieblas.

CAPITULO II.

Nebridio confuta á los Manichèos.

CONtra aquellos engañados, engañadores, y habladores mudos, que asi merecen llamarse los Manichéos, porque sus bocas no pronunciaban palabra tuya, me bastaba lo que Nebridio solia proponer, aun allá, quando viviamos en Cartago; y digo que me bastaba, porque haviendolo oído nosotros, nos daba gran golpe en el alma. Decia, pues, que si alguna gente obscura, y erronea que quisiese batallar contra tí, Dios Omnipotente, qué conseguiria con toda su oposicion, si tu quisieses entrar en certamen con ella? Porquc si se respondiese, que algun daño podiau hacerte, se inferia el que fueses tu variable, y sujeto á corrupciones. Si se dixese lo contra-

8 *Confesiones de S. Augustin.*

rio, qué motivo podia haver para batallar contigo, y mas del modo que ellos soñaban? porque decian, que cierta porcion, miembro de tu cuerpo, ó hijo nacido de tu substancia, se mezcabla con unas Potestades opuestas á tí, y eran unas Naturalezas, que tu no havias criado, y por eso corruptibles, y expuestas á ir cada instante de mal en peor; tanto, que la Bienaventuranza la convertian en miseria: por lo qual necesitaban de un especialísimo auxilio, para poder purificarse, y ser libres de tanto daño; y que así era el Alma Humana, á quien tu Verbo Divino servia, libre, y siendo puro, y entero, socorria á la infelíz, corrupta, y contaminada; pero corruptible tambien tu Verbo, por ser de una substancia misma con el Alma á quien limpiaba: desatino horrendo! Mas si se dixese lo que

tú eres ; esto es , que tu substancia era incorruptible , destruían quanto enseñaban , haciendolo falsísimo , y detestable ; si corruptible , la misma voz publicaba su execrable blasfemia. De suerte , que este solo argumento bastaba para hacer arrojar del pecho oprimido á unos Sectarios tan horrorosos , y que no tenían por donde eximirse de la rason de Nebridio , sino prorrumpiendo en algun sacrilegio de corazon , y de lengua , quando sentian , y hablaban de tí semejantes desvaríos.

CAPITULO III.

Que el libre alvedrio es la ocasion del pecado.

A Unque yo , Señor , y Dios nuestro , te juzgaba siempre incapáz de mancha alguna , el mismo , y el invariable , Dios verda-

10 *Confesiones de S. Augustin.*

dero, que hiciste, no solo nuestras almas, sino tambien nuestros cuerpos, y no solo nuestros cuerpos, y almas, sino á todos nosotros, y á todas las criaturas : con todo eso, aun no lo alcanzaba la clara, y expresa causa de nuestros pecados. No obstante, fuese la que fuese, me parecia, que de tal modo haviamos de inquirirla, que no nos viesemos forzados á hacer mudable, al que es immutable por Esencia; porque si tal presumiese, me hiciera yo el mismo mal, cuyo origen andaba yo rastreando: conque seguramente buscaba la causa, estando cierto, de que no era verdad lo que decian los Manichéos, de quienes yá huía con toda el alma: porque via, que quando ellos buscaban el origen del mal, estaban llenos de malicia, con la qual tenian por opinion, que antes tu substancia padecia mala-

mente , que no la suya obraba la iniquidad, ó el pecado. Cuidaba yo con atencion de registrar lo que havia oído; y era, que el libre alvedrío de nuestra voluntad , era la causa del mal , que obrabamos , y recto juicio tuyo, el que le padeciésemos : mas yo no podia entender esto claramente ; y así , procurando sacar del profundo la perspicacia del entendimiento , por mas conato que ponía en ello , bolvía una , y mil veces á sumergirme. Levantábame á tu luz el saber tan de cierto , que tú me me havias dado la voluntad , como que comunicaste la vida. Y así , quando yo queria , ó no queria alguna cosa , estaba cierto , de que yo era quien lo queria , ó no lo queria ; y de aqui averiguaba yá , que en esto estaba la causa de mi pecado ; y el cometerle , como forzado , via yo , que esto era en mí

mas pena , que culpa : pues tu , justísimo , y rectísimo , como te juzgaba siempre , justamente me castigabas. Pero hacia reflexion, y decia: Quien me hizo , ó me formó, no fué mi Dios, que no solo es bueno, sino el mismo Bien ? Es muy cierto. Pues de dónde me viene á mí el querer mal , y el no querer bien , para que yo justamente me haga reo de las penas ? Quién puso en mí esta malicia , é ingirió en mí este plantél de amargura , quando todo yo fui hecho por aquel Dios , y Señor dulcísimo ? Si el diablo es el Autor de este daño , de quien procedió este demonio ? Si el de Angel bueno, por su voluntad perversa, se hizo Angel malo , de dónde le vino á él esta mala voluntad , para haverse hecho perverso , quando su Autor, en todo Santísimo , le fabricó tan perfecto ? Estos pensamientos, Se-

ñor, me oprimian, y sufocaban, sin permitirme el menor descanso; mas no era yo llevado hasta aquel Inferno de perversidad, y error, adonde ninguno te alabará, pues allí pararán los que presumen, que tu eres quien padeces el mal, y no es el hombre el que le hace.

CAPITULO IV.

Que Dios no puede ser violentado.

ASI porfiaba yo en averiguar otras cosas, como havia averiguado, que lo incorruptible, era mejor que lo corruptible; y por eso, Señor, te confesaba incorruptible, fueses tu lo que fueses, que tu Sér yo no le alcanzaba; porque no habrá alma alguna, que haya podido, ni pueda pensar objeto mejor que tu, que eres el Summo, y el Optimo Bien de los bienes. Siendo,

14 *Confesiones de S. Augustin.*

pues, así, que lo incorruptible debe anteponerse á lo corruptible, como yo lo executaba en mi entendimiento, yá podrá tocar algo con mi discurso, que fuese mejor que mi Dios: caso que él fuese corruptible. Mas como yo tenia por evidente, que lo que no está sujeto á corrupcion, es mucho mejor, que lo que puede padecerla; allí en lo incorruptible, debia yo buscarte; y de allí, inferir de dónde podia provenir el mal : esto es, de dónde nace la corruptibilidad, de que tu substancia es incapáz totalmente; porque á la verdad, de ningun modo la corrupcion puede violentar al Dios nuestro, ni puede hacerle fuerza la mala voluntad, ni la necesidad, ni caso no prevenido; porque él es Dios, y lo que quiere para sí, todo es bueno; y el es Bien Infinito, y el mismo Bien, y Bondad Summa; y es cierto, que el corrom-

perse , no puede ser bien , sino daño precisamente. Tu , pues , mi Dios , no puedes ser forzado á hacer lo que no quisieredes ; porque tu voluntad no es mayor que tu Poder ; y sería mayor ; sin duda , si tu , en orden á tí , fueses mayor que tu mismo. Tu Voluntad , pues , y tu Poder , es el mismo Dios ; y así , qué caso imprevisto puede sucederte , quando lo sabes todo desde tus eternidades ? Y nada tiene sér , pue no haya provenido de tu Divino Conocimiento ? Mas para qué gastamos tantas palabras , quando todo se reduce á que Substancia que es Dios , es incorruptible ? Porque no sería Dios si pudiese padecer daño semejante.

CAPITULO. V.

*Prosigue Augustino , discurriendo
sobre el origen del mal.*

Buscaba yo, pues, de dónde nacía el mal, y lo buscaba malamente, pues no via claramente el mal en lo mismo que buscaba; ponía yo en mi presencia espiritual, ù dentro de mi discurso, todo el universo de criaturas, en quanto se puede mirar en ellas, como el mar, la tierra, el ayre, las estrellas, los arboles, los animales, sugetos á la muerte; y aun las criaturas que no vemos, como el Firmamento del Cielo, todos los Angeles, y toda espiritualidad; y como si todo fuese corporeo, lo colocó mi imaginacion en varios lugares, y puestos; y de todas las especies hice una masa grande, dividiendola despues en varios generos

ros de criaturas tuyas; así las que tenían verdaderos cuerpos, como los que yo fingia, y aplicaba á los espiritus; y toda esta masa se me representó muy abultada, pero no quanta ella era, que esto no podia yo saberlo, sino quanta se le antojó á mi imaginacion, aunque siempre limitada. Y que tú, Señor, cercabas, y penetrabas por todas partes este conjunto, siendo tú en qualquier parte Infinito; como si el mar estuviese en todo el universo, y fuese immenso por todas partes, y dentro de sí tuviese una grande esponja, aunque limitada, y esta estuviese llena hasta no mas de aquel mar immenso; y así consideraba yo á tus criaturas limitadas, llenas de tu mar infinito de perfecciones, y decia, distinguiendo: Veis aqui á Dios, y veis aqui lo que Dios crió; Dios es Bueno, é infinitamente mas excelente que

18 *Confesiones de S. Augustin.*

todas tus criaturas; y siendo la Summa Bondad , todo quanto hizo fué bueno, y como tal, lo contiene todo, y lo llena. Pues de dónde vino el mal? Adónde está? Y por qué parte se ha introducido? De qué raíz tuvo su origen? Qué semilla pudo engendrarle? No le hay, ni tiene sér? Pues por qué tememos, y nos cautelamos de lo que no tiene subsistencia ? Si es vano este miedo nuestro, ciertamente; ó este temor es el mismo mal que punza , y atormenta nuestro corazon , sin haver motivo; ó es el mayor mal , que puede haver; pues de una aprehe nsion hacemos realidad, temiendo , donde no hay razon para padecer tal recelo : con que una de dos , ó el mal que tememos tiene algun sér ; ó el mal está en que tememos. Pero si tiene algun sér el mal , de dónde le vino ? Porque Dios hizo todas las

cosas; y como Bueno, á todas las hizo buenas. Huvo acaso alguna materia mala, y ésta la formó Dios, y la ordenó, dexando en ella alguna porcion, que no convirtiese en bien? Pero esto, por qué havia Dios de hacerlo? Pues acaso aquel Señor no es Omnipotente, para commutarla, y convertirla toda en bondad, de suerte, que nada le quedase de malicia? Bien pudo hacerlo. Finalmente, viendo que la tal materia era mala, por qué quiso valerse de ella para hacer algo? Quando con su misma Omnipotencia pudo haverla aniquilado: Podia existir sin voluntad suya? No; y caso que fuese eterna, por qué permitió que subsistiese por tantos espacios de antecedentes siglos, y quando quiso obrar, echó, para hacer, mano de ella? Mejor me parece que huviera sido, que si quiso de repente hacer algo, hu-

viera empleado su Poder en arruinar tal materia; y de esa suerte, Dios lo seria todo, el Bien Verdadero, Infinito, y Summo. Y si no era bien el que Dios Bueno dexase de comunicar exteriormente su bondad á las criaturas que hiciese, pues el bien naturalmente es comunicable; por qué destruyendo la materia mala, no crió otra buena, de quien formase las criaturas que havia determinado? Pues no fuera Omnipotente, si no pudiese fabricar algo bueno, sin valerse de aquella materia mala, la qual él no havia hecho. Estos, Señor, eran los embolismos, que turbaban mi corazon, cargado de cuidados mordaces, con el temor de la muerte; y no hallando la verdad, mantenía firme mi pecho en la Catholica Iglesia, la Fé de tu Christo, mi Señor, y mi Salvador, aunque mal informado de

ella en muchos Misterios, en que fluctuaba dudoso; pero siempre con animo de profesarla, y cada dia mas, y mas la iba embebiendo en mi alma.

CAPITULO VI.

Que los Pronosticos, ó Adivinaciones de los Astrologos son vanas.

YA havia yo, Señor, desechado las falsas adivinaciones, é impios delirios de los Matemáticos. Alabante de aqui, Dios mio, desde lo mas íntimo de mi alma, tus infinitas misericordias; porque tú solo fuiste, tú totalmente el que me libraste de aquellos desatinos; pues quién sino tú, es el que puede sacarnos de la muerte, de todo error? Siendo tú la vida immortal, que ilumina con su Sabiduría los entendimientos necesitados de la luz, quando tú no la

22 *Confesiones de S. Augustin.*

has menester , pues tu Providencia gobierna el mundo universo, hasta las hojas de los arboles, que buelan á qualquier viento. Tú me diste perspicacia tenáz, para oponerme al Viejo agudo Vindiciano, y á Nebridio, Joven de alma admirable; á aquel , que afirmaba con vehemencia; y á éste, que hablaba con alguna duda; pero repetia continuamente, que aquella arte no alcanzaba á poder saber los casos futuros; pero que sus congeturas en los Astrologos, muchas veces tenian fuerza de adivinacion : pues diciendo mucho, tambien decian algunas cosas por venir, aunque ellos no sabian lo que decian, sino incurriendo en los casos, y acertando en sus congeturas, por el mucho hablar á bulto. Procurasteme , pues , Señor , un cierto amigo , no perezoso , Consultor de los Matematicos : que

aunque no entendia mucho de aquella ciencia, tenia como dice, la curiosidad de consultar á los tales; y este decia, que havia oído á su padre algunas cosas: mas no sabia lo suficiente para poder arruinar aquella arte. Este, pues, llamado Firmino, bien instruído en las Artes Liberales, y buen Rhetorico, haviendome consultado, como á su Amigo íntimo, sobre ciertas esperanzas del siglo, con que vivia desvanecido, pidiendome que adivinase, segun sus constelaciones, qué lógro tendria en sus esperanzas? no obstante, que yo algo estaba inclinado á la opinion de Nebridio, con todo eso, le dixe: Que no dexaria de significarle lo que pudiese entender, acerca de sus pretensiones, y dudas; pero que tuviese entendido, que yo estaba yá muy cerca de persuadirme, á que tal Arte Judiciaria

24 *Confesiones de S. Augustin.*

era muy vana , y ridicula. Dixome él entonces, que su padre fué curiosísimo en los Libros Astrologicos; y que tuvo un amigo, igualmente aficionado de aquella Secta , que con igual estudio, y cotejo ardia con vehemencia en la aficion de semejantes locuras; de tal suerte, que observaba los oroscopos, ó instantes del nacimiento de sus animales caseros, quando las hembras parian : mirando con gran cuidado las disposiciones de los Astros, para inferir con estas experiencias la verdad de aquella arte. Sucedió, pues, que estando en cinta del mismo Firmino, que referia esto su madre, segun su padre le dixo, se hallaba con las mismas faltas una criada del tal amigo, lo qual no pudo ocultarsele, quando él con tanta diligencia andaba averiguando los instantes , y minutos de quanto nacia en su ca-

sa. Anduvieron, pues, uno, y otro, el padre de Firmino, y su amigo; aquel, observando días, horas, é instantes de su muger, y éste los de su criada, y sacaron por su cuenta, que las dos parieron tan á un tiempo mismo, que fué forzoso al Libre, y al Siervo darles las mismas Constelaciones, y Signo. Haviendo andado tan nimios en esta curiosidad, que por instantes se daban aviso uno á otro de lo que pasaba en sus casas, para no errar sobre el punto: para cuyo efecto havia criados puestos de una parte á otra, que diesen cuenta de los partos, lo qual pudieron conseguir facilmente, disponiendo como en cosas tan propias suyas: con que encontrandose en medio del camino unos mensageros con otros, no pudo haver engaño sobre los avisos verdaderos, de las horas, y los instantes; y así, á uno, y á

26 *Confesiones de S. Augustin.*

otro recién nacidos , les tocó un oroscopo mismo : mas con todo eso, Firmino, nacido entre los suyos, en lugar mas espacioso, pisó sendas mucho mas limpias en este siglo, aumentando en riquezas, sublime en honras; y el pobre Siervo, sin haver podido sacudir el yugo de su esclavitud, servia al mismo señor Astrologo, que observó tanto su nacimiento , y le tenia bien conocido. Haviendo, pues, oído, y creído á hombre tan veridico, toda aquella resistencia mia resueltamente dió en tierra; y lo primero que hice , fué procurar , que el mismo Firmino se apartase de curiosidad semejante , diciendole, que miradas sus constelaciones, para decir la verdad era preciso vér yo, que sus padres , entre los Caballeros , eran los mas principales, noble Familia de la misma Ciudad, que nació libre , y no esclavo, que

havia sido honrada su educacion, y havia sido bien instruído en las Artes liberales; y del mismo modo, si el Sier-vo que nació con él me pidiese, que atendiese á sus mismas constelacio-nes , tambien para decirle verdad, era forzoso el vér en ellas su humil-disima, y abatida Familia: en fin, de la vil condicion de esclavos, y otras circunstancias muy distantes, y muy diferentes de las que havia en Firmi-no; de donde venia á inferirse, que si viendo en uno, y en otro una propia constelacion , dixese suer-tes diversas, diria verdad; y si dixe-se la misma, mentiría, ó caería en falsedades. De aqui colegí ciertisi-mamente, que las verdades que se decian , del adivinar por las Es-trellas, no se decian porque el ar-te las alcanzaba , sino por acaso, ó por suerte; y del mismo modo sucedia en las mentiras , que no

28 *Confesiones de S. Augustin.*

debían atribuirse á ignorancia del arte , sino que tuvo mala suerte el vaticinio. Oído esto , y considerado dentro de mi mismo , porque alguno de los que hacian trato , y ganancia de semejantes delirios, (los quales queria yo invadir , y convencidos, reirme de ellos) no me dixese, que, ó Firmino me havia engañado, ó su padre á él, en lo referido ; traté de poner la consideracion en los gemelos, ó los hermanos , que nacen juntos , saliendo uno del maternal seno, inmediatamente al otro: tiempo brevisimo, por mas fuerza que intenten el darles á estos instantes, en la misma naturaleza, y que son casi imperceptibles à la observacion humana , y apenas pueden escribirse, ó apuntarse ; pero que debe considerar el Matematico para salir verdadero : con que haciendo esta observacion, y poniendo los

misimos Signos , lo mismo debe decir de Esaú, que de Jacob, hermanos gemelos; y en verdad, que sus suertes fueron totalmente distintas : luego si dixese lo propio de uno, que de otro, diria falso? Y si dixese verdad , no podia decir lo mismo, aunque fuese la constelacion una misma ? Infierese, pues, que el que adivina algun futuro, que salga verdadero , no es por arte, sino por dicha. Vos, pues, Señor Justisimo , Gobernador del Universo , disponeis ocultamente estas consultas de los Astrologos: para que ignorando estos lo que dicen, digan los que los consultan lo que les conviene , conforme á los meritos de sus almas , por el abysmo impenetrable de tu rectisimo Juicio , sin que pueda decir el hombre, qué es esto? O para qué es esto? No lo diga, no lo pronuncie, porque tú eres Dios, y él es hombre.

CAPITULO VII.

Insiste afligido Augustino sobre averiguar de dónde procede el mal.

YA, Señor, amparo mio, me havias librado de aquellas prisiones de los Juicios Astrologicos, y todo mi cuidado era andar inquiriendo, de dónde el mal se origina, para introducirse en los hombres; pero no hallaba salida á esta continuada duda; con todo eso, no me permitias, que saliese de aquella Fé, con la qual creía siempre, que tú eres quien eres, y que eres tu misma inmutable Substancia; y que tienes en tu Juicio cuidado especial de los racionales; y que en Jesu-Christo, tu Unico Hijo, Dios, y Señor nuestro, y en las Escrituras Santas, que autoriza, y encomienda tu Santa Iglesia Catholica, pusiste el

camino de nuestra salud, para aquella vida, que ha de seguirse eternamente á la muerte humana. Contra esta Fé, nada, Señor, podian en mí aquellas olas alborotadas de mis pensamientos varios. Con que asegurando este credito, y firmemente establecidas estas verdades en mi corazon, toda mi ansia se reducía à procurar entender, de dónde el mal tenia su origen? Y qué dolores? Qué gemidos de mi corazon, Dios, y Señor, sobre sacar á luz esta duda? Bien me atendian tus oídos, ignorandolo yo; y quando acá en mi silencio buscaba yo la averiguacion de este daño, las silenciosas contriciones de mi corazon eran unos gritos altísimos para tu infinita clemencia. Tú solo sabias el tormento mio, y le ignoraban los hombres: pues cuánto era lo que mis Amigos mas estrechos oían de mi lengua, en

orden à este punto? Acaso podian ellos oír el estruendoso tumulto del alma mia, á cuyas explicaciones, ni el tiempo era suficiente, ni menos bastaban las voces? No; pero todo este ruido bien le oías tú, pues yo bramaba á fuerza de los gemidos de mi corazon, y estaba delante de tí mi deseo, quando me faltaba á mí toda la luz de mis ojos. Dentro de mi estaba esta luz; pero yo andaba muy fuera de ella. Lo que yo buscaba no ocupa lugar; pero yo siempre insistia en que todo quanto subsiste, tenia su lugar determinado; y yo no hallaba lugar donde lograr mi descanso; porque en ninguno podia decir: Bien estoy aqui, y esto me basta; y lo peor era, que no me dexaban bolver á parte donde quedase yo satisfecho; porque tú me hiciste superior á todas estas cosas visibles, aunque mucho inf-

fe-

ferior que tú; siendo tú mi gozo verdadero, estando sujeto yo á tu obediencia, y poniendo debaxo de mis pies quanto hiciste inferior á mí; y esto me servia de un recto temperamento, y media region de mi salud, para permanecer en no borrar en mí la imagen tuya; y sirviendote rendido, tener dominio sobre todo lo corporeo. Mas haviendome amotinado contra tí soberbiamente, corriendo contra mi Señor, y Dios, en la cerviz dura, y grosera de mi escudo vano, y sin defensa, tambien se levantaron contra mí todas las criaturas inferiores, poniendose sobre mí, y oprimiendome, sin permitirme la menor respiracion, y descanso. Por todas partes me salian al encuentro las catervas amontonadas de estas criaturas, amotinadas contra mi vista, y contra mis pensamientos; y quando pensaba en

34 *Confesiones de S. Augustin.*

estas imagenes corporeas de mi fantasía , y queria apartarme de ellas, se me oponian, como diciendome: *Adónde vas, asqueroso, é indigno?* Y ellas tomaban mas fuerza de mi lastimosa herida , porque tú, Señor, humillaste al soberbio , como al que le dán una herida grande: y asi vivia separado de tí por mi soberbia , y mi rostro estaba tan hinchado, que me quitaba la vista.

CAPITULO VIII.

Como socorrió á Augustino la Divina Misericordia.

MAs tú , Señor , permaneces enteramente , y no es eterno con nosotros tu enojo , porque usas de tus piedades con el hombre , que es tierra , y ceniza , y asi fué agradable en tu presencia , el reformar mis deformidades ; y asi, con interiores impulsos , que he-

rian mi corazon , me estimulabas, para hacerme impaciente , hasta que te viese en mí por una interior presencia , de que pudiese estar cierto: Por lo qual , aquel tumor que tenia yo , y me dolia tanto , de la mano de tus medicamentos venia , para que aquella agudeza , turbada , y obscurecida de mis ojos intelectuales , con el acervo colirio de mis dolores , de dia en dia fuese sanando.

CAPITULO IX.

Que halló en los Libros Platonicos algunas verdades, conformes á la Religion Catholica.

Y Asi , primeramente , queriendo tú , Señor , manifestarme el que resistes á los soberbios , y que dás tu gracia á los humildes; y quán grande misericordia fué la tuya , en haver descubierto à los

36 *Confesiones de S. Augustin.*

hombres la senda de la humildad, haviendose hecho Hombre tu Verbo, y habitado entre los hombres, me dispusiste ciertos Libros Platonicos, traducidos de Lengua Griega en la Latina, los quales llegaron á mis manos por la de cierto hombre, hasta no mas, vano, y presumido; y leí en ellos, no con las mismas palabras, que lo escribió el Sagrado Evangelista, pero con el mismo sentido, persuadiendo, por muchas, y varias razones, el que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo: esto era en el Principio, en Dios; y todas las cosas fueron hechas por el Verbo; y sin él, nada se hizo; lo que se hizo en él, es Vida; y la Vida era Luz de los hombres; y la Luz, resplandece en las Tinieblas; y las Tinieblas, no la comprendieron; y que el Alma del Hombre, aunque dé testimonio de la*

Luz, no es la misma Luz, sino el mismo Verbo Dios es Luz verdadera, que ilumina à todo hombre, que viene al mundo: que estaba en este mundo, el qual fué hecho por él, y no le conoció el mundo. Esto leí; mas no hallé allí, lo que el Santo Evangelista prosigue: Que vino á los propios suyos, y que estos no le recibieron; y á quantos le recibieron, les dió potestad para hacerse hijos de Dios, y estos son los que creen en su Nombre; pero leí tambien allí, que Dios Verbo, no nació de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varon, ni de voluntad de carne, sino de Dios inmediatamente; pero que el Verbo se hizo Carne, y habitó en nosotros, tampoco lo hallé allí escrito. Averigué, pues, en aquellos Libros, dicho de varios modos, y en repetidas sentencias: Que el Hijo, teniendo la misma Esencia que el Padre, no tuvo por hurto el ser igual

88 *Confesiones de S. Augustin.*

á él, porque naturalmente es Dios como su mismo Padre; pero porque se anonadó, tomando la forma de Siervo, hecho á semejanza de los hombres; y apareciendo en la misma humana forma, se humilló, haciendose obediente hasta la muerte, la qual fué muerte de Cruz, por lo qual Dios le levantó de entre los muertos, y le dió un nombre, que es sobre todos los nombres, para que en el Nombre de Jhesus, Cielo, Tierra, é Infierno, hincen todos la rodilla, y confiesen todas las Lenguas, que el Señor, Jhesus, está en la Gloria de Dios su Padre. Esto no contenian los Libros; pero tambien hallé en ellos, que tu Hijo Unigenito es antes de todos los tiempos, coeterno á ti, permaneciendo immutable; y que de su plenitud reciben las almas, para ser Bienaventuradas; y el ser Sabias, lo consiguen, renovandose con aquella Divina

Sabiduría, que llega á participarseles. Allí está escrito ; pero no está, que murió el Verbo humanado por los malhechores al tiempo que su Divino Amor tenia determinado; ni que tú, Amantisimo Dios, no perdonaste á tu propio Hijo , sino le entregaste á la muerte por todos nosotros los pecadores. Esto no se halla allí, porque tus Mysterios tan altos, los escondiste de los sobervios, sabios miserables del mundo, y los revelaste á los parvulos , y humildes de corazon, para que se acercasen á tu amoroso Hijo todos los afanados, y cargados de ignorancia , y él los aliviase , porque es apacible, y humilde de corazon , y á los mansos los dirige en su juicio ; y á los apacibles los enseña sus caminos, viendo la baxeza nuestra , y nuestro trabajo , perdonando nuestros delitos: mas aquellos que entonados,

40 *Confesiones de S. Augustin.*

como los que calzan coturnos , ó zuecos altos , presumen de mas sublime doctrina, no oyen al que clama, diciendo: *Aprended de mí , que soy manso , y humilde de corazon , y hallareis descanso á vuestras almas.*

Aunque conocen á Dios, no le glorifican como á tal , ni le rinden las debidas gracias, antes se desvanecen en sus pensamientos, y se obscurece su corazon necio: con que diciendo, que son prudentes, y doctos, se hacen unos mentecatos; y asi, tambien leí en aquellos Libros, que la Gloria de tu incorruptibilidad la havian convertido los hombres en idolatrías, y varios simulacros de imagenes corruptibles de Hombres , de Aves, de Quadrupedos, y Serpientes, propia comida de los Egypcios, por la qual vendió á Jacob Esaú su Mayorazgo : pues tu Pueblo primogenito Israelita , adoró en Oreb , en

lugar de tí, á la Cabeza de un Bruto, bolviendose de corazon á Egypto, honde havia estado esclavo, doblando, y encorbando su alma, imagen, y semejanza tuya, á la imagen de un Becerro , que se alimenta de heno. Esto leí alli; mas no comí tal manjar, porque tú fuiste servido de quitar á Jacob el oprobrio de haver nacido menor, para que el mayor fuese siervo del que nació despues de él; y asi, llamaste la Gentilidad á tu Viña; y yo de los Gentiles vine á tí, con que me apliqué al oro, que quisiste que tu Pueblo le quitase á los Jitanos, porque tuyo era, en qualquiera parte donde estuviese ; y dixiste á los de Athenas , por boca de tu Apostol Pablo , que tú eres aquel por quien vivimos, nos movemos , y somos , como tambien lo havian dicho algunos de sus Poetas ; y sin duda , de Athenas

havian salido los tales Libros. Con que yo no atendí á los Idolos Egypcios, hechos de su oro, y que tú les diste, porque siempre te miré como á mi Dios Verdadero, y ellos transmutaron la verdad de Dios en una mentira, y antes que á su Creador, quisieron servir, y adorar á una bruta criatura.

CAPITULO X.

Como yá á Augustino se le hacian mas claras las Verdades Divinas.

DE aqui, amonestado á que bolbiese en mí, y guiandome tú, Señor, entré en lo mas intimo de mi corazon; y pude hacerlo asi, porque tú fuiste mi auxilio. Entré, pues, y con los ojos de mi alma (tales quales ellos son) ví sobre lo que puede alcanzar la humana vista, y sobre mi mismo entendimiento, una luz del Señor,

soberana, é incommutable; y no ésta, que es visible á todos los ojos corpóreos , ni aun semejante á ella, sino mucho mayor ; como si esta luz que vemos fuese creciendo, y haciéndose mucho mas resplandeciente, y ocupase todo el Orbe con su grandeza:mas aun quedo corto en explicarla, porque aun no era la que he dicho, sino otro resplandor muy diferente, y muy distante de todo esto que se percibe ; y no estaba esta luz sobre mi entendimiento , como el Oleo sobre el agua, ni como el Cielo sobre la tierra , sino superior, á mí, porque ella me hizo, y yo era inferior porque soy hechura suya:el que conoce la verdad, ese la conoce , y el que la conoce , conoce la eternidad, y la caridad es quien la conoce. O eterna Verdad ! Y eterna Caridad ! Y cara Eternidad! Vos sois mi Dios , á vos de dia , y

44 *Confessione de S. Augustin.*

de noche suspiro. Luego que os conocí : me ilustró vuestra luz , para que viese , que havia infinito que vér, y que yo no tenia ojos para poderlo alcanzar ; y fueron tantos , y tan claros los rayos de vuestra luz , que herian mis ojos , que la debilidad de mi vista no podia tolerarlos : y asi , temblé de amor , y de espanto. Halléme , pues , con esta luz muy lexos de tí , como en una region de desemejanza ; y como escuchando tu voz , que me decia desde su alto Solio : Manjar soy de Grandes , crece , Augustino , y me comerás , y tú no me mudarás en tí , como suele el alimento convertirse en substancia del que le come , sino tú te mudarás en mí. Conocí entonces , Señor , que por la maldad reprehendiste al hombre ; y como la araña se vá secando , asi lo hiciste con mi alma : esto oí , y no havia que dudar de

ello, y dixe: Acaso, la verdad es nada, porque no se difunde por espacios, ni infinitos, ni limitados? Y tú clamaste desde muy lexos: antes Yo soy el que soy. Esto que oí, fue dentro del corazon, y quedé sin la menor duda, pues primero dudaria sobre que no havia vida en mí, que el que no hay verdad, y esta se conoce, y se vé por las criaturas que hizo, el que es Verdad por Esencia.

CAPITULO XI.

En que brevemente dice, que las criaturas son, y no son.

VI, Señor, las demás cosas, que están debaxo de tí, y hallé, que ni del todo son ni dexan de ser: que tienen algun sér, porque tú se le das; pero nada son, porque fuera de tí, todo lo demás es nada; pues solo puede decirse que es, ó que tiene ser

propriamente, lo que permanece sin variacion, ni mudanza; pero á mí el unirme con Dios, es lo que me importa, porque si no permanezco en él, en mí no tendré consistencia, y Dios, estando en sí mismo, lo renueva todo; y en fin, Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes.

CAPITULO XII.

Que todas las cosas criadas son buenas.

FUeme manifestado entonces, que son buenas las criaturas corruptibles, pues á no estar sujetas á la corrupcion, tendrían una bondad summa; y pues se corrompen, es señal clara que tienen alguna bondad, aunque limitada, que si tuviesen bondad sin fin, no serían corruptibles, y pues lo son, lo que en ellas se corrompe, es lo

que tienen de buenas, pues la corrupcion es daño; y si no huviese bondad à quien se opusiese la corrupcion, lo cierto es, que no dañára: porque una de dos, ó la corrupcion de nada priva, lo qual no puede concederse; ó lo que es certisimo, quanto se corrompe, queda privado de algun bien, que antes tenia? Si se le quita todo bien, dexará de ser; si mantiene el sér, y no puede padecer la corrupcion, será mejor, porque permanecerá libre de aquel riesgo. Y que desatino mayor, que decir, que es mucho mejor lo que está privado de todo el bien que tenia? Luego lo que carece de toda bondad, precisamente no tiene algun sér? Luego todo quanto tiene sér es bueno? De aqui inferí, que aquel mal á quien yo buscaba el origen de su sér, no tiene substancia, ni sér alguno, porque á ser substancia, no sería, mal sino

48 *Confesiones de S. Augustin.*

bien, precisamente; porque, ó sería substancia incorruptible, que es un gran bien; ó substancia corruptible, la qual, sino fuese buena podria corromperse. Y así, ví, Señor, claramente, que tú hiciste todas las cosas buenas, y que carece de todo sér, y substancia, lo que tú no hiciste; y porque no hiciste iguales á todas las criaturas, por eso son, porque cada una singularmente tiene alguna bondad en sí; pero mirandolas todas juntas, son muy buenas, porque allí se vé en union toda la bondad que tú hiciste.

CAPITULO XIII.

Que toda esta fabrica del Universo alaba al Señor.

MUY lexos vives, Dios, y Señor, de todo mal, y aun el universo de tus criaturas está le-

xos de él, porque fuera de tí, no hay quien pueda atreverse, ni se halle con potestad de poder variar el orden, y concierto, que tú pusiste á todas las cosas. En quanto á sus partes algunas oposiciones se vén, que se juzgan males, pero no convienen unas cosas con otras; pero si alli no conciertan, á otras partes son convenientes, y son buenas para ellas; y asi, en sí mismas son buenas. Estas que parece que se oponen á las otras, son convenientes para la parte inferior del mundo que llamamos tierra, como el tener el Cielo con nubes, el ayre tempestuoso, todo lo qual le conviene, y se hizo á proposito. Dios me libre de presumir, que no tienen sér estas cosas; porque aunque no viese mas que estas criaturas visibles, ellas me llevarian el deseo á apetecer cosas mejores; y por solas ellas debia yo alabarte,

50 *Confesiones de S. Augustin.*

porque desde la tierra te manifiestan digno de toda alabanza los Dragones, y todos los Abysmos, el Fuego, el Granizo, la Nieve, el Hielo, y los Ayres tempestuosos, quando todos te obedecen; los Montes, y todos los Collados; los Arboles que llevan frutas diversas, y todos los Cedros; las Bestias, y todas las Reses; Pezes que nadan, y Abes que buelan; Reyes de la tierra, y todos los Pueblos; Principes, y todos los Jueces terrenos; los Jovenes, y las Virgines; los Ancianos con los Mozos. Todos, todos, alaben, Señor, tu Nombre; y subiendo á los Cielos, quando desde alli resuena tambien tu alabanza, alabente, Dios nuestro, en aquellas Alturas, todos tus Santos Angeles, todas las Virtudes tuyas, el Sol, la Luna, y las Estrellas, con el resplandor que les diste; los Cielos de los Cielos, y

las Aguas, que están sobre ellos, todos , Señor , alaben tu Nombre. Y á no deseaba cosas mejores, porque todas las consideraba , y que eran mejores las superiores, que las inferiores ; pero mirandolo con mas sano juicio , hallaba , que todo junto es mucho mejor, que consideradas solo por sí las criaturas superiores.

CAPITULO XIV.

Que al hombre cuerdo nada puede desagradarle entre quantas criaturas hizo el Altisimo.

NO tiene el juicio cabal quien se desagrade de qualquiera criatura tuya , como me sucedia á mí antiguamente , que muchas cosas de las que hiciste , me causaban notable enfado ; y por quanto á mi alma no podia desagradarle Dios , no queria que fuese hechu-

52 *Confesiones de S. Augustin.*

ra tuya la que me desagradaba , y asi presumía yo dos substancias; pero no se aquietaba mi espiritu, hablando conceptos muy fuera de la verdad ; y de aqui nacia el juzgar que Dios estaba derramado por los espacios infinitos de todo lugar , y que este tal Dios eras tú; y al colocarte en el corazon , era propiamente hacerse el alma un Templo de su Idolo imaginado, digno de que tú le abominases. Mas despues que fomentaste la cabeza fria de este ignorante , y cerraste mis ojos , para que no viesen la vanidad, dí algunas treguas á mi fantasía , y se adormeció mi locura , desvelandome ácia tí: con que descubrí, que eras infinito: muy diferentemente de lo que yo havia soñado ; y este conocimiento no me vino de la carne , ni de la sangre , sino de revelacion mas alta.

CAPITULO XV.

*De qué suerte se halla la verdad , y
falsedad en las criaturas.*

BOlviendo los ojos , ví otras cosas , las quales todas te deben el sér, y aunque limitadas, están en tí; pero muy diferentemente que están en los lugares que ocupan ; porque en tí están por manutencia, y verdad, siendo verdaderas en quanto tienen el sér que tú les mantienes: con que no hay en ellas falsedad alguna , sino quando se presume, que es lo que no es , en la realidad : y ví tambien, que todas las cosas no solo están coaptadas á los lugares que ocupan , sino tambien proporcionadas á los tiempos en que las haces , ó las hiciste ; porque tú solo , que eres eterno , sin estar ligado á espacios de tiempos , obras confor-

54 *Confesiones de S. Augustin.*

me á tu voluntad; pues quantos tiempos precedieron yá, y los que han de venir, ni pasaron, ni vendrán, sino obrando tú, y permaneciendo por los siglos de los siglos de tu Eternidad Immensa.

CAPITULO XVI.

Que todas las cosas son buenas; pero no convienen á todos.

SEntí, Señor, y experimenté, el que no debe causar admiracion, que el pan que es suave al paladar sano, sea penoso al enfermo; y que la luz, que estiman los ojos claros; sea aborrecida de los llorosos: pues tu Justicia no agrada á los diliquentes, como la vivora, y el gusano que tu criaste buenos, y convenientes á las partes inferiores de la tierra; y ellos en quanto pecadores, son como estas sabandijas, muy propios para colo-

carse en lo mas infimo, quanto por la culpa se hacen mas desemejantes á tí; como al contrario, los mas semejantes á tí, son mas á proposito para ser puestos en las mas altas soberanías. Busqué luego, qué cosa era la maldad? Y hallé, que no era substancia, sino una perversidad de la voluntad torcida, y apartada de tí, mi Dios, Substancia infinita: la qual voluntad abatida, hasta lo mas profundo, derrama todos sus bienes interiores, y ácia fuera es una incha-
zon tan vana, como soberbia.

CAPITULO XVII.

De los males que impiden el conocimiento Divino.

ADmirado estaba, mi Dios, de considerar, que ya te amaba, y que no instaba por llegar á gozar de tí, pues quando me lleva-

56 *Confesiones de S. Augustin.*

ba el corazon tu hermosura, mi peso me robaba de los brazos tuyos; y este mal peso, que era la costumbre de mi carne, me hacia caer en mil tibiezas, costandome tristes gemidos, y ansias. No obstante, siempre se conservaba en mí tu memoria; y de ningun modo dudaba yo, que eres tú á quien debia yo dedicar todo mi amor; pero via tambien, que aun no era yo digno de tanta dicha, porque el cuerpo corruptible hace peso al alma, y oprime esta terrena humana habitacion al espiritu en muchos pensamientos espirituales. Certisimo estaba yo, de que tus perfecciones invisibles se conocen por estas criaturas que vemos, desde que tú las echaste al mundo; y que tu Virtud, y tu Divinidad es eterna: pues inquirendo yo, qué principio, ó fundamento tendria, para dár por hermosos estos cuer-

pos que vemos, ó yá celestes, ó yá terrenos; y buscando alguna regla por donde poder decir con seguridad, y prontitud: esto debe ser así, y lo otro debe ser de otra suerte, (como solicitase esta regla para juzgar bien lo que juzgase) hallé sobre mi mudable entendimiento, la incommutable, é infalible eternidad de la Verdad; y así fui subiendo de grado en grado, desde los cuerpos, hasta el alma, que siente por ellos; y de allí, hasta la eficacia interior del espíritu, á quien los sentidos del cuerpo diesen noticia de estos exteriores objetos, como el instinto á las bestias; de allí despues á la potencia racional, á quien le toca hacer juicio de lo que los sentidos corporeos le hacen presente. Viéndose, pues, mudable en mí esta racional potencia, se elevó hasta su inteligencia; apartando el pensa-

miento de la costumbre , que antes tenia, se retrajo de aquella multitud de fantasmas, que la perturbaban, para poder hallar una luz que la bañase , quando ella , sin duda alguna, clamaba, que lo incommutable, debia preferirse á lo variable, y de aquí le viniese el conocer al que es immutable: pues si de algun modo no lo conociese, no pudiera con certeza anteponerlo á lo que se muda, y vendria á dár en solo un vislumbre , que pasa , y dexa trepidantes los ojos. Ví, pues , Señor , entonces tus invisibilidades, por estas hechuras tuyas; mas no pude fijar en tí mis perspicacias , porque recayendo en mi enfermedad , me bolví á lo acostumbrado , y solo conservaba una amante memoria tuya , como el que huele un manjar apetecido, y no llega su gusto à poder lograrle.

CAPITULO XVIII.

Que solo Christo es el camino para conseguir la salud eterna.

BUscaba yo un camino por donde pudiese adquirir fuerzas para poder gozar de tí, Dios, y Señor, y no le hallaba, hasta abrazar á mi Señor Jesu-Christo, Dios, y Hombre Verdadero, Mediador entre tí, y entre los Hombres, Dios Bendito sobre todas las cosas, por los siglos de los siglos, el qual llama, y dice: *Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida;* y como aquel manjar, que siendo comida de grandes, no tenia yo capacidad para poder recibirle, se unió á nuestra carne, haciendose Hombre el Verbo Divino, para que tu Sabiduría eterna, por quien criaste todas las cosas, se hiciese alimento de los mas pequeños, carecia yo de

él ; porque para lograr á mi Señor Jesu-Christo , havia de ser humilde, imitando su humildad; y no entendia mi vanidad, qué es lo que quiso enseñarnos con haverse abatido tanto; y es cierto , que tu Divino Verbo, eterna Verdad, eminente, y superior á todas las criaturas, levanta á sus subditos , y obedientes hasta sí misma; y en quanto hombre, acá en la tierra, se fabricó una casa humilde, labrada de nuestro barro, para abatir á los soberbios, y que cayesen de sí mismos , y llevarlos ácia sí, (sanando la hinchazon de su locura) y alimentando en ellos el amor, para que su necia confianza no los llevase mas lexos, sino que se pstrasen rendidos , viendo á sus pies humillada la Divinidad, vestida de las toscas pieles de nuestro sér , y asi abatidos ante Dios tan amante, los elevase hasta su Sér Divino.

CAPITULO. XIX.

Qué juicio hacia acerca de la Encarnacion del Verbo Divino.

MAS yo hacia muy diferente juicio acerca de la Encarnacion de mi Señor Jesu-Christo ; porque mi dictamen era, que merecia bien la grande autoridad que havia tenido , en quanto á ser Maestro de los hombres , por haver sido Varon de una excelente sabiduría, á quien ninguno pudo igualarse, especialmente habiendo nacido tan milagrosamente de una Madre siempre Virgen; y habiendo tenido tanto cuidado de nosotros, sirviendonos de exemplo, para despreciar los bienes terrenos, por conseguir immortalidades ; pero el mysterio profundisimo , que ocultavan las palabras del Evangelista , donde dice : *El Verbo se hizo*

62 *Confesiones de S. Augustin.*

Carne, ni aun á mi sospecha, ó imaginacion llegaba; solo conocia, por lo que hallaba escrito, que comió, bebió, durmió, anduvo, tuvo alegría, padeció tristeza, y predicó en el mundo, que aquella *Carne* no se unió al Verbo tuyo, sino con el Alma, y entendimiento humano. Esto lo conoce qualquiera que sabe la incommutabilidad de tu Verbo, lo qual tenia yo conocido, quanto podia alcanzar la cortedad de mi entendimiento, y sobre esta verdad no tenia la menor duda; porque tener ahora voluntad de mover el cuerpo, ú de dexarle estár quieto; tener un afecto ahora, y no tenerle despues; hablar ahora sentencias sabias, y luego quedarse en silencio, propiedades son de una alma, y un entendimiento variable; y á no ser verdad lo que está escrito de estas acciones de Christo, quanto de él se

dice, fuera mentira: con que á la Fé en tales escritos, no le quedaria la menor señal de la salvacion del Linage Humano. Mas por ser verdad quanto del Señor escribieron los Sagrados Evangelistas, yo creía toda la humanidad en Christo, no solo en quanto al Cuerpo, ó en quanto á tener Alma racional, sin humano entendimiento, sino que tenia toda la perfeccion humana; mas no como hombre verdadero, sino que se le havia comunicado una grande excelencia de la naturaleza humana; y que por mas perfecta participacion de la Divina Sabiduría, debia ser antepuesto á todos los hombres. Alipio juzba, que segun la Fé Catholica, el Verbo se havia vestido de nuestra carne; pero que no creían los Catholicos, que tuviese alma, ni entendimiento humano; y por quanto lo que está escrito

64 *Confesiones de S. Augustin.*

de aquel Señor, no podia hacerse sin que fuese Christo una racional, y viviente criatura, tomaba Alipio con pereza el reducirse á la Religion Catholica; pero conociendo despues, que lo que él juzgaba, era un error de los Hereges Apolinistas, alegre se conformó con lo que dicen en su verdad los Catholicos. Mas yo confieso, que algo despues llegué á entender el Mysterio de la Encarnacion del Verbo Divino; y como la Iglesia Catholica, en su verdadera Fé, se aparta de la falsedad que esparció el Herege Fotino; y es evidente, Señor, que la improbabilidad de las sentencias hereticas, hace sobresalir mas el sentir de tu Santa Iglesia, y su segura doctrina; porque importa, que haya heregías como escribe el Apostol Pablo, para que los fuertes, y constantes en la Fé, á vista de la contradic-

di-

dicion , sean probados , y asi su credito sobresalga.

CAPITULO XX.

De la variedad que hay entre los Libros Platonicos.

EN aquel tiempo, en que leí aquellos Libros Platonicos, despues de amonestado á buscar la verdad incorporea , llegué á entender, por estas hechuras visibles, las que tú, Dios, y Señor no permites á nuestros ojos; pero apartado de alli, sentí, que por las tinieblas, que tenian ofuscada mi alma , no se permitia á mi espiritu contemplar tan intensamente, que quedase cierto, de que tú eres infinito; pero que no te derramas por lugares infinitos ; ni limitados ; y que eres tú verdaderamente el mismo siempre , sin diferencia , y sin movimiento alguno , no

66 *Confesiones de S. Augustin.*

ahora uno, y luego otro; y que todo lo demás depende de tí, porque tú les diste el sér á todas las cosas; y es dogma firmisimo, que si tienen sér, por tí le tienen: cierto estaba yo de todo esto; pero muy enfermo, y sin virtud, para llegar á gozarte. Garlaba lisa, y llanamente, como si fuese sabio; y si no buscase en Christo nuestro Salvador el camino para hallarte, no seria sábio, sino infelice. Yá, à la verdad, comenzaba yo á desear parecer sábio estando, lleno de ansias: mas no lloraba el que la ciencia me tenia lleno de vanidades; pues para ser sábio perfecto, adónde estaba aquel fundamento de humildad sobre el qual la caridad edifica, que es Christo, Jesus, Dios, y Señor nuestro? O cuándo aquellos Libros, que tú quisiste que viniesen á mis manos, para que quedase impresa en mi

memoria la grande aficion que los tuve , quándo me enseñarian aquel camino que lleva á tí , si no huviese leído despues de tus Sagradas Escrituras? Leílas , y despues que por su doctrina comenzó á morigerarse mi soberbia , y tus divinos dedos fueron curando mis llagas yá desde entonces comencé á discernir , y á diferenciar entre la presumpcion , y la confesion ; entre los que vén por donde se ha de caminar , y los que ignoran las sendas ; y que el camino que lleva á la Bienaventuranza , no solo ha de verse , sino que ha de habitar-se. Providencia grande , y piedad fue tuya , el que primero leyese aquellos Libros Platonicos , y despues tus Escrituras Santas : pues si yá endulzado contigo en el estudio familiar de aquellas Sagradas Letras , leyese despues aquellos volumenes , quizá huviera caído , ó

me huvieran apartado del fundamento de la piedad, y religion verdadera; ó si persistiese en el afecto saludable, que estaba embebido en mí, juzgaria que el mismo efecto podian causar aquellos Libros, si solo se estudiase en ellos, que el que se concibe leyendo las Sagradas Escrituras.

CAPITULO XXI.

De lo que halló mas en los Libros Sagrados, que en los Platonicos.

Y asi, Señor, con grande ansia heché mano del venerable estylo de tu espiritu, que se contiene en las Escrituras Santas; y especialmente me entregué á leer á tu Apostol Pablo, y tuvieron fin en mí aquellas questiones, en que tal vez presumí, que se contradecia á sí mismo, y que el Texto de sus palabras no convenia con los

Testimonios de la Ley, y de los Profetas. Aparecióseme entonces un semblante hermoso de palabras castas, y puras, y aprendí á alegrarme con un temor reverente. Comencé, pues á leer con cuidado, y hallé, que quanto havia yo leído verdadero en otras partes, estaba en tus Libros; y aprendí, ayudandome tu gracia, que el que alcanza algo de sabiduría, no se gloríe, como si no lo huviera recibido de tu mano no solo por lo que alcanza entonces, sino por hacerse despues mas sábio : pues qué es lo que el hombre posee, que no lo haya recibido? Y que sea amonestado con esta humildad, y reconocimiento, no solo á que te atienda, que siempre eres el mismo, sino que procure su salud para tenerte; y el que estando lejos no puede ver el camino, procure dár pasos, para acercarse, y

70 *Confesiones de S. Augustin.*

poder vér por donde lograr el gozarte: pues aunque el hombre, segun su interior, viva gustoso con la Ley Divina, que hará de otra Ley, que está dentro de su cuerpo , haciendo oposicion continuada á la Ley de su entendimiento? Y que le lleva como cautivo en la ley del original delito, en sus miembros arraygado? Justo eres, Señor, y nosotros te ofendimos; perversamente hemos obrado , nos hemos portado con impiedad ; y asi , tu mano cargó sobre nosotros , y justamente fuimos entregados al pecador antiguo , al demonio , inventor de nuestra muerte, que persuadió á nuestra voluntad la imitacion de su soberbia, no habiendo sido constante en la verdad tuya: qué hará , pues , el miserable hombre? Quién le librará de la carcel de esta muerte ? Sino tu gracia , por Jesu-Christo , Se-

ñor nuestro , que tú engendraste coeterno á tí,y le hiciste principio de tus caminos, en quien el Principe de este mundo nada halló digno de muerte, y fue causa de que le quitasen la vida, con que quedó borrada la Escritura del Decreto de nuestra condenacion, que estaba contra nosotros. Nada de esto se halla escrito en aquellos Libros Platonicos: piedad semejante, ni señas de ella , no podrá leerse en aquellas hojas. Ninguno escribió alli lagrimas de confesion, sacrificio tuyo, espiritu contristado de dolor, corazon contrito, y humillado, salud del Pueblo, Ciudad de Dios , Esposa suya , Arras de Desposorio con el Divino Espiritu, ni la Bebida de nuestro Precio. No estará mi alma sujeta á Dios , porque de él procede mi salvacion? Porque él es mi Dios, y mi salud , que si me recibe , no

me mudaré mas. Nada de esto está escrito alli, ni alli se oye al que llama, y dice: Venid á mí los que os hallais en trabajos, porque se desdeñan de aprender de aquel, que es apacible, y humilde de corazon. Estas cosas, Dios y Señor, las escondiste de los sábios, y prudentes presumptuosos, y las revelaste solamente los humildes. Muy diferente cosa es vér desde la cumbre terrena la patria de la paz, y no hallar camino para ella, porfiando en vano por extravíos, poniendo estorvos, y asechanzas los fugitivos desertores del Cielo, con su principe leon, y dragon soberbio; y otra, poseer el camino que guia allá, fortalecido, y guardado por el cuidado del Emperador Celestial, donde los vanderizas diabolicos, que desampararon las Tropas Leales del Impyreo, no tienen licencia para usar sus latroci-

nios , porque huyen de los Angeles Buenos, como de su mayor castigo. Todo esto de admirable modo se me entraba á lo mas intimo de mi corazon , entrañandose conmigo , quando leía á tu Apostol Pablo (que se llama el Minimo de tus Apostoles) consideraba tus obras , y quedaba estremecido.

CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

En que confiesa ; que encendido en amor divino, determinó ir á consultar con San Simpliciano.






 Mpleese Dios mio,





 E mi memoria en tí, con





 accion de gracias, y





 confiese mi gratitud





 las misericordias, que
 en mí empleaste ; las delicias tu-
 yas bañen mis huesos , y digan:
 Quién hay semejante á tí ? Tú rom-
 piste mis prisiones : ofrezcate,
 pues , yo sacrificio de alabanza

tuya; y diré, como me librate de las cadenas , y dirán todos quantos te adoran, al oír piedad tan grande: *Bendito sea el Señor en el Cielo, y en la Tierra; grande, y admirable es su Nombre.* Havianse interiorado en mi corazon tus palabras , y por todas partes me hallaba cercado de tí : estaba yo cierto de tu vida eterna, aunque solo la havia visto , como en un enigma , ó en un espejo: aquellas dudas antiguas de la substancia incorruptible, yá havian cesado, con saber, que de tí dependia toda substancia criada ; y no deseaba ya tanto el estar mas cierto de tí quanto verme en tí mas constante. Sobre el estado de mi temporal vida, siempre me hallaba perplexo, y debia purificarse mi corazon de la corrupcion antigua. Agradabame caminar por el mismo Christo, Salvador nuestro ; pero reynaba en mí

la pereza de entrar por tales angustias, ó estrecheces de caminos. Embiasteme, pues, Señor , al discurso; y como inspiracion tuya; me pareció buen arbitrio el ir á buscar á Simpliciano, que tenia yo por buen Siervo tuyo, y resplandecia en él la gracia tuya; y havia yo oído, que desde su juventud havia vivido devotísimamente, y ya entonces era anciano, y experimentado , con el largo estudio de seguir el camino de tu vida: con que le tenia yo por muy docto en esta materia; y á la verdad, asi era, como yo lo presumia: con que deseaba yo , consultandole mis ansias , que me dixese , qué camino seria para mí mas á proposito, quando yo me hallaba con tan ardientes deseos para poder entrar á servirte; porque yo via tu Iglesia llena de Siervos tuyos ; pero unos vivian de un modo , y otros iban

por diferente senda; y á mí me desagradaba todo quanto hacia en el siglo, y me servia de carga muy pesada; no obstante, que ya no me asistian, como antes, ni la ambicion de la honra, ni la codicia del dinero; mas me faltaban las fuerzas para poder tolerar una servidumbre tan grave. Nacia esto, de que la dulzura tuya, y hermosura de tu casa, me tenían tan enamorado, que todo lo secular me parecia amargura, menos la muger, porque ésta tenazmente me apriionaba; y el Apostol Pablo no me prohibia el Matrimonio, aunque exortaba á la castidad, que es estado mas perfecto, deseando sumamente, que todos los hombres fuesen castos; como él lo era: mas yo, como enfermo, elegia estado mas suave; y por esto, flaco, y débil, me hallaba enbarazado en los otros puntos de espiritu; y cor-

rompido à fuerza de cuidados marchitos, como no queria yo padecer los trabajos que trae consigo el vivir batallando contra la tribulacion de la carne, me via forzado á pensar, que solo me convenia escoger el estado del Matrimonio, á que vivia por inclinacion obligado. Havia oído de boca de la verdad, que havia castrados, que se havian cortado à sì mismos, por el Reyno de los Cielos; pero añade tambien, que quien pudiere executar lo, que lo execute. Vanos son ciertamente todos los hombres, que no poseen la ciencia de Dios, y que no hallaron al que es, el que es, por estos bienes que vieron: mas yo no estaba ya entre el numero de aquellos necios; mas adelantado me hallaba: pues siendome testigo quanto criaste, te hallé, Señor, y Criador nuestro, y á tu Verbo en tí, y contigo Eter-

no Padre, y con el Divino Espiritu, un solo Dios Verdadero, por quien criaste todas las cosas. Hay tambien otro genero de gentes malvadas, que conociendo á Dios, no le glorifican como á Dios, ni le dán gracias. En esta maldad havia caído yo; pero tu Diestra me levantó, y apartado de alli, me llevaste adonde convaleciese; porque dixiste al hombre: Mira, que la piedad es la verdadera sabiduría, y no quieras ser tenido por sábio; porque los que dicen que son sábios; se hacen necios. Con que hallando ya una perla preciosa, vendiendo quanto tuviese, debia comprarla; pero aun no me hallaba con resolucion para executar lo.

CAPITULO II.

De la ida à Simpliciano , y la platica que tuvieron.

FUI, pues, á buscar á Simpliciano, Padre Espiritual de Ambrosio, Obispo entonces de Milán, y que veneraba verdaderamente al tal Simpliciano, como á Padre: referíle los rodéos, y rebueltas de mis errores; y haviendole dicho , como havia yo leído los Libros Platonicos, que Victorino, Maestro de Rhetorica en Roma, havia traducido en lengua latina, el qual Victorino havia yo oído, que havia muerto en la Religion Christiana se regocijó el Venerable Anciano conmigo , porque no me havia entregado á la leccion de otros Filósofos , llenos de falacias, y engaños , segun la doctrina de este mundo ; pues en fin en los
Pla-

Platonicos, ya hay algo escrito acerca de Dios, y su Verbo; y para exortarme despues á seguir la humildad de Christo, escondida á los soberbios, y revelada á los parvulos, me traxo por exemplar al mismo Victorino, á quien yo havia citado, y de quien él, estando en Roma, havia sido amigo estrecho del qual me refirió lo que no pasaré en silencio; porque el suceso contiene, Dios, y Señor, un grande elogio, que debemos confesar á tu Soberana Gracia. Dixome, pues, como aquel Doctissimo Anciano Victorino, sapientissimo en todas las Artes Liberales, muy versado en las doctrinas de los Filósofos; sobre los quales havia hecho varios Comentos, habiendo sido Maestro de muchos Senadores Romanos, y que havia merecido por su magisterio eximio, Estatua pública en la Plaza,

erigida á su gloria , y honra. Este mismo , pues , haviendo sido Idolatra hasta su edad mas crecida, y participante de todos los sacrilegios, que trahe consigo la Idolatría , á quien seguia casi toda la Nobleza de Roma ; causando soberbia en el Pueblo la misma esencia, y accidentes de infieles cultos , adorando por Dioses diverso Monstruos, como á Mercurio, en forma de Cán ladrador, llamado en lengua Egypciaca *Anubis*; y otros semejantes , de quienes fingian , que havian peleado contra Neptuno , Venus , y Minerva , y que Roma los havia vencido á todos , y despues de eso , Roma los adoraba, y rendia súplicas ; y que con voz sonora , y autorizada , el viejo Víctorino havia defendido, por muchos años semejantes desatinos ; y despues no se avergonzó de hacerse parvulo de nuestro

Señor Jesu-Christo, é Infante, Dios, y Señor del Sacro Bautismo tuyo, sujetando el cuello al yugo de la humildad, y el rostro domado al oprobrio de la Cruz, en que murió tu precioso Hijo. O Señor, Señor; que inclinaste los Cielos, y descendiste, tocaste los Montes, y á tu ardor exhalaron humos, y porqué modos te introduxiste á aquel pecho! Leía, como me insinuó Simpliciano, las Sagradas Escrituras, y con grande estudio, y aplicacion andaba escudriñando, y averiguando toda la Christiana Doctrina; y deciale á Simpliciano en secreto, y fiado en amistad: *Hagoté saber, que ya soy Christiano*; y él le respondia: No lo creo, ni te tendré por Catholico, hasta que te vea públicamente en la Iglesia. Reíase él, y decia pues qué? Las paredes hacen Christianos? Repetia muchas

84 *Confesiones de S. Augustin.*

veces él, que era Christiano, y Simpliciano le respondia siempre lo mismo; con que él tambien se reía, replicando, que la Christiandad no consistia en estár en éste, ó en el otro sitio. Esto consistia, en que temia Víctorino ofender á sus amigos soberbios, que adoraban á los demonitos, de quienes juzgaba, como los via en la cumbre de la dignidad mundana, que como de los Cedros del Líbano á quien el Señor aun no havia derribado, le havian de venir unas crueles enemistades; pero despues que leyendo, y anhelando mas á la verdad, halló la firmeza en la Fé, y temió, que Christo le negase delante de sus Angeles Santos, si temia el confesarle públicamente delante de los hombres, se le representó, que se havia hecho reo de un gran delito, avergonzandose de los Sacramentos de la humildad de

tu Verbo, y no haver tenido empa-
cho de haver sacrificado pública-
mente á los soberbios demonios, á
quienes soberbio tambien havia imi-
tado: con que se le quitó la verguen-
za, movida de la vanidad, y se le
introduxo la de la verdad; y de re-
pente, sin imaginarlo Simpliciano,
le buscó, segun me contó él y le di-
xo, *Vamos á la Iglesia, que quiero
hacerme Cbristiano*; y él, no cabien-
do en sí de gozo, le fue acompañan-
do á la Iglesia. Fue, pues, instruído
en los primeros Mystérios de nuestra
Fé, y poco despues dado el nombre;
fue reengendrado en las Aguas del
Bautismo, pasmandose Roma, y ale-
grandose la Santa Iglesia Catholica.
Vian este caso los soberbios; y
enojados, rechinaban con sus dien-
tes, y se consumian de sentimien-
to; pero á tu Siervo, el Señor Dios
era esperanza suya, y no reparaba

86 *Confesiones de S. Augustin.*

ya en locuras de vanidad, y falacia. Finalmente, quando llegó el tiempo de la Protestacion de la Fé, la qual es estylo, y ceremonia en Roma, que ha de publicarse desde un lugar alto, con palabras ciertas, premeditadas, y tenidas de memoria, delante del Pueblo fiel, por qualquiera que haya de acercarse á la gracia tuya, le dixo á Viótorino cierto Presbytero, que bastaria el que protestase la Fé en secreto, sin que lo entendiese el Pueblo, pues esto era concedido á muchos, que de vergüenza no se atrevian á confesarla en público; mas Viótorino quiso mas el hacer su Protestacion, y confesar su salud delante de todo el Pueblo Christiano, diciendo: Que si no havia salvacion en la Rhetorica, que él enseñaba, y con todo eso, la profesaba públicamente, cuánto menos debia avergonzarse de

publicar las Palabras Divinas, delante de tu apacible, y manso Rebaño, acostumbrado á hacer desprecio de tantas tropas de locos, quando rhetoricamente oraba? Subió, pues, al lugar alto, para confesar la Fé; y quando le víeron, quantos le conocian: (y quién havria que no le conociese?) comenzaron en voces ruídas de aclamacion á decir su nombre, resonando por las bocas de todos, regocijados, y festivos: *Victorino, Victorino*. Sonó por breve espacio el aplauso gozoso, por verle en aquel sitio; pero muy luego callaron con el deseo de oírle. Pronunció él con excelente confianza la Fé verdadera; y todos querian meterle en su corazon, y lo executaban, como podian, con el amor, y gozo, que son las manos, con que suelen hacerse tales hurtos amorosos.

CAPITULO III.

Que Dios , y los Angeles tienen mayor regocijo en la conversion de un pecador.

Dios todo bondad , qué es esto que le sucede al hombre? Que se regocija mas de la salvacion de de un alma, que estando desauiciada, se libró del mayor peligro, que si tal riesgo no la huviera contrastado? Y tú tambien, Padre Misericordioso, te alegras mas con un pecador penitente, que con noventa y nueve Justos, que no necesitan de penitencia? Y nosotros con gran gozo oímos en que se nos diga, que el Pastor alegre conduce sobre sus ombros á la ovejuela errante; y que la drachma, ó moneda de plata de poco precio se reduzca á tus tesoros , dando la enhorabuena las vecinas á la

muger que la halló; y saca lagrimas de placer la solemnidad de las fiestas, que hace tu casa, quando se lee en ella del Pródigo, hijo menor tuyo, que havia perecido, y fue restaurado, havia muerto, y logró nueva vida. Alegraste, pues, Dios, y Señor, en nosotros, y con tus Angeles Santos, que arden en caridad, y amor tuyo, y de los hombres; porque tú siempre eres el mismo, que aquellas cosas, que no siempre son del mismo modo, por ser variable: tú siempre las conoces del mismo modo. Que sucede, pues, señor, en el alma? Que tiene mas gozo en lo que halló, despues de perdido, que si lo huviera poseído siempre, en el amor con que lo mira por suyo? todos contestan en esta verdad, y todo está lleno de testimonios, que publican ser asi lo que digo. Triumphá un Emperador, que

venció una batalla , y no huviera vencido , si no huviese peleado ; y quanto mayor fue el peligro en los encuentros , tanto mayor llega á ser el gozo del triumpho. Fatiga una tempestad á los Navegantes , vense amenazados de un infeliz naufragio, ponense pálidos á la triste expectacion de la muerte, que están temiendo, serenanse el Cielo, y el Mar, y su gozo es excesivo, al paso que su temor fue mas grande. Hallase enfermo un amigo, el pulso avisa que está en gran riesgo; quantos desean su salud , enferman con él en los sentimientos del alma : sucede el que convalece , y apenas le vén levantado de la enfermedad , aunque con débiles fuerzas , que todos los amigos no caben en sí de tal gozo, que no le tuvieron semejante, quando estaba sano , y fuerte. Tales deleytes de la humana vida,

suelen conseguir los hombres, no solo de las molestias, y frangentes, que les vienen acaso, sino aun de aquellas miserias, que voluntarios se buscan ellos por sus antojos. Ningun deleyte traen consigo la comida, y la bebida, si no precede la molestia de la sed, y de la hambre; y voluntariamente los aficionados al vino, comen cosas saladas para excitar mas la ansia, y ardor de beber; y quando aquella sed se apaga, alli tienen su delicia. Hase hecho estylo en el mundo, que la muger que está tratada de casar, no se entregue luego al varon que la está esperando, porque éste no la desprecie por facil, sino que suspire por ella, y por la dilacion en conseguirla, sea mucho mas estimada. Asi sucede comunmente en la torpe, y execrable alegria, en la que es licita, y se concede en la sincerisima honestidad

de una amistad verdadera, y en el que murió, y resucitó, se havia perdido, y fue hallado. En todas partes, el mayor pesar, precede al mas excesivo gozo. Qué es esto, pues, Señor, y Dios mio? Quando tú eres para tí eternamente tu gozo? Y quanto está cerca de tí, de tí siempre, y sin el menor susto, está bebiendo contentos? Qué viene á ser el que esta parte del mundo, ya goza utilidades, y ya padece defectos? Ya en enemistades, y ya en reconciliaciones? Es acaso este su modo? Y lo que vos le concedisteis, solamente quando desde el summo Cielo, hasta lo mas infimo de la tierra; desde el principio, hasta el fin de todos los siglos; desde el Angel supremo, hasta el gusanillo abatido; desde el primer movimiento, hasta el ultimo, dispusisteis todos los generos de bienes, y todas vuestras obras

justas, para colocarlas en sus lugares correspondientes ? Y fuesen executadas en los prevenidos tiempos? Ay de mí! Y cuán excelso eres, Señor, en las Alturas! Y cuán profundo en las profundidades! Nunca te apartas de nosotros, y apenas bolvemos á tí la vista.

CAPITULO IV.

En que se dá la razon, por qué es mayor el gozo en la conversion de un pecador grande.

EA, Señor, daos priesa , y haced; despertadnos, y reducidnos, pegad fuego á los corazones; robadlos. Dios mio; ardan en vuestro Amor ; y comunicandoles vuestras dulzuras , acabemos ya de armarnos , y corramos trás vuestras fragancias divinas. Por ventura, no han salido muchos desde lo mas

profundo del infierno de su ceguedad, como Víctorino ? Y bolviéndose á Vos, los alumbráis , y restituís la vista ; acercandose á las piedades de vuestro amoroso abrigo ? Los que os reciben, reciben de vos potestad para hacerse hijos adoptivos vuestros; y si el pueblo no los conoce, tiene menor gozo en su conversion, aun aquellos pocos que los conocen; porque quando hay muchos que se regocijen , es en cada uno mucho mas crecido el contento, porque unos á otros se inflaman, para aumentar sus placeres; y asi, los conocidos de muchos, llevan consigo la autoridad de mover á otros para su salvacion , y sirven de exemplo para que los sigan otros: con que es la alegria mucho mayor, asi por los que preceden, como por los que los siguen, siendo el gozo, no de uno solo , sino de muchos. Vaya fuera el que se presu-

ma , que en tu casa son primero admitidos los Poderosos , que los Pobres , los Nobles , antes que los Plebeyos , quando antes escogiste lo mas humilde , para confundir lo mas fuerte , valiendote de lo mas abatido, y mas despreciable de este mundo, y aun de aquello que parecia no tener sér, para echar fuera los que se tenian por mucho, castigando sus vanidades. Sirva de exemplo aquel mismo , que se llama Minimo de tus Apostoles, (por cuya boca resonaste estas palabras que he dicho) quando por su Santa Milicia, abatida su soberbia Paulo, Proconsul, se sujetó al suave jugo de tu Christo, y hecho vasallo del Gran Rey, estimó el que antes se llama Saulo, llamarse Paulo, en memoria de tan insigne, y glorioso triumpho : pues mas vencido queda el enemigo en aquel á quien mas tenia por suyo , y por

quien tenia más esclavos , y Sata-
nás posee mas hombres, por el vano
titulo de nobleza , y de estos á mu-
chos, por lo que se llama autoridad
en el mundo ; quanto era , pues, mas
apreciada el alma de Víctorino , á
quien tenia el demonio inexpugna-
ble habitacion suya , siendo cada pa-
labra de su boca una flecha grande,
y aguda , con que quitaba la vida
á muchos. Importa, Señor , que tus
hijos se alegren mas , porque nues-
tro Rey aprisionó al fuerte ; y yá se
estaba viendo , que los vasos de su
immundicia se purificaban, havien-
dole despojado de ellos , para que
sirviesen à la honra tuya , hacien-
dose utiles, y à proposito para qual-
quiera obra buena.

CAPITULO V.

De lo que estorbaba su conversion.

Quando tu Siervo Simpliciano me refirió la reduccion de Victorino, me entró un gran deseo de imitarle; pues á este fin se reducía lo que me havia expresado. Pero despues que añidió, que en tiempo del emperador Juliano se havia promulgado una Ley, que prohibia á los Christianos el que enseñasen las buenas Letras, y la Rhetorica; que Victorino, obedeciendo la dicha Ley, havia querido mas dexar de ser Maestro de la Arte de bien hablar, que abandornar el Verbo tuyo, con que haces discretas las lenguas de los Infantes, me pareció, ó Señor! dicho Victorino, mas dichoso que fuerte; pues, en fin, halló la ocasion de entregarse todo á tu obse-

quío, á cuya dicha anhelaba yo, oprimido, no de yerro ageno, sino de mi voluntad obstinada. Havia asido el demonio mi voluntad, y de ella havia labrado una cadena durisima, con que me tenia atado; porque de una voluntad perversa havia nacido la lascibia; y quando se sirve á este vicio torpe, se hace costumbre; y quando á tal costumbre no se opone la resistencia, se hace necesario lo que era libre. Con tales eslabones, encadenados entre sí mismos (por lo qual yo la llamé cadena) me tenia aprisionado mi misera servidumbre: mas aquella nueva voluntad, que comenzaba en mí, para servirte, sin merito, deseando gozar de tí, que eres mi Dios, el gozo seguro, y cierto, aun no era capáz de poder vencer á aquella aficion primera, tan fortalecida en sus raíces antiguas. Asi, pues, dos afectos opuestos en mí,

uno antiguo, y otro nuevo, uno carnal, y otro espiritual, batallaban entre sí, y discordando, destruían á mi alma. Asi experimentaba en mí, ser verdad lo que havia leído, que la carne batalla contra el espíritu, y el espíritu contra la carne en uno, y en otro me vía; pero mas estaba yo en lo que tenia el gusto, que en lo que me desagradaba; y á la verdad, por la mayor parte no era yo el que queria esto, pues lo mismo que queria, lo hacia como forzado. Con todo eso, la costumbre de mí mismo havia tomado la mayor fuerza para pelear contra mí, pues ya iba como voluntario á lo que no querria, si la razon me asistiese; y quién se opondria justamente á una pena, que era tan debida á la culpa? Ya no hallaba yo aquellas excusas; que tal vez me parecian serle para no entregarme, Señor, y

Dios , al obsequio tuyo , dando por razon , para no dexar el siglo , el que no havia hallado la verdad con certidumbre , porque ya la via bien cierta , y clara ; pero yo , asido á la tierra , aun rehusaba entrar en tu Sagrada Milicia , y era tanta mi pereza en desembarazarme de rales impedimentos , quanto debia haver sido mi temor de entrar en sus laberiyntos. Oprimiame la carga de los cuidados seculares , qual suele ocupar el corazon la pesadilla de un sueño ; pero esta carga era para mí gustosa , y los pensamientos que se me ofrecian de médirar en tí , eran como aquellos conatos , que suele poner para velar , el que desea deexar el sueño , y sumergidos en su pesadéz somnolienta , buelven á quedarse dormidos ; y del mismo modo que ninguno desea estár durmiendo perpetuamente , y en sano juicio de

todos, es mucho mejor el estar despiertos, y con todo eso, dilata el hombre el sacudir el sueño, de que se vé oprimido; y aunque haya llegado la hora de despertar (entonces se duerme con mayor gusto) del mismo modo, Dios, y Señor, tenia yo la certeza de que era mucho mejor entregarme al amor tuyo, que rendirme á mis deseos, pero aquel letargo me agradaba, ó me vencía, erame gustoso, y me aprisionaba; y á la verdad, no tenia que responderte, quando me clamabas, diciendo: Levantate, ó tú! que duermes; levántate de entre los muertos, y tendrás la luz de Christo. Conocia, que por todas partes era verdad lo que me decias, y convencido de ella, no hallaba con que replicarte, sino con unas palabras tan frias, como soñodas: *Ahora, ahora, pues: dexame un poco*; y este

ahora , ahora , no tenia modo , ni execucion ; y aquel dexame un poco , tenia largas distancias de tiempo. En vano , mi Dios , me deleytaba tu Ley , segun el hombre interior , quando otra ley en mi carne , y sangre hacia oposicion , y contradecia á la ley que estaba en el alma , llevandome cautivo en los lazos de la culpa , que desde Adán se hallan en la carne humana. Ley del pecado , es la violencia de una mala costumbre , que trae , y posee el alma como , con violencia , en pena de que antes se dexó caer en las culpas voluntaria. Pues quién me libraria , misero de mí , de la carcel de esta muerte ? sino tu gracia , mi Dios , por nuestro Señor Jesu-Christo?

CAPITULO VI.

Refiere Poticiano la Vida de San Antonio.

DIos, Auxiliador, y Redemptor mio, como me libraste tú de aquellos ardientisimos deseos, que me tenian asido, acerca de la lascivia, y como me sacaste de la servidumbre de los negocios seculares, lo referiré en presencia tuya, alabando tu Nombre Santo. Obraba yo con aquella acostumbrada ansia, que padecia mi corazon, aumentandose cada dia, y todo era suspirar á tí; frequentaba tu Iglesia, quanto me lo permitia la expedicion de aquellas ocupaciones, debaxo de cuyo peso gemia; acompañabame Alipio, ocioso entonces en su Jurisprudencian, despues de haver sido Asesor tres veces, esperando nego-

cientes que le pagasen sus pareceres, como yo tambien hacia mi grangeria de enseñar la Rhetorica, si con enseñar tal Arte puede lograrse algun fruto. Nebridrio havia dexado nuestra compania, por ir a ayudar á nuestro amigo estrecho Virecundo, Ciudadano de Milán, y Maestro de Gramatica, porque deseaba mucho, y aun lo pedia por derecho de nuestra amistad, el tener consigo vno de los nuestros, que fuese su ayudante fiel en su exercicio Literario, porque solo no podia. Fue, pues, Nebridrio á socorrerle, no movido de interés, alguno, porque wayores conveniencias podia lograr, si pusiese Escuela, sino que siendo amigo dulcisimo, y de suavisima condicion, no quiso despreciar nuestras súplicas, sino cumplirlas con benevolencia. Obraba, pues, en este exercicio, con prudencia grande,

y cautela, por no darse à conocer à personrs poderosas del siglo, por tener sosiego en su alma, el qual deseaba conservar libre, para emplearle muchas horas, que se ofreciesen de ociosidad, en leer, ó oír materias pertenecientes à la sabiduria. Sucedió, pues, cierto dia, (no hago bien memoria de la causa) estando ausente Nebridio, que vino à nuestra casa (estanda conmigo Alipio) Poticiano, cierto paysano nuestro, Africano, hombre esclarecido en el Real Palacio; y qué fin le traxo, no lo percibo. Sentamonos para hablar, y estando acaso sobre una mesa de juego, que estaba delante de nosotros. un cierso libro, le tomó, y le abrió, y halló, quando tal no presumia, contener dicho libro las Epistolas de San Pablo. Juzgaba él, que sería algun libro perteneciente à mi exercicio de los preceptos Rhetor-

106 *Confesiones de S. Augustin.*
ricos; y viendo, que era de la Doctrina Apostolica, me miró con algun sorriso, dandome, admirado, la enhorabuena de haver hallado, tan sin pensarlo, tan solo aquel libro à mi vista, porque él era Christiano fiel, y frequentaba con humildad profunda la oracion en tu Santa Iglesia; y manifestandole yo, que con gran cuidado, y estudio me entregaba à la leccion de aquella Sagrada Escritura, comenzó á hablarnos de la vida de Antonio, Monje de Egypto, cuyo nombre era muy celebrado entre tus Siervos, y para nosotros, hasta aquella hora havia estado escondido. Con que viendo él nuestra ignorancia acerca de un Varon tan insigne, se detuvo mas en la platica, dandonos noticia de sus heroycas virtudes, admirado de que fama tan digna no huviese llegado á nuestros oídos. Estabamos

aturdidos, oyendo tan nuevo exemplar, y casi en nuestros tiempos, con testimonios tan ciertos en las maravillas de tu Fé verdadera, y de tu Santa Iglesia Catholica. La admiracion era de todos; en nosotros, por haver oído acciones tan grandes; y en Poticiano, porque tales grandezas se nos havian ocultado. Prosiguió, pues, su relacion, con la gran copia de Monasterios, en que vivian tantos racionales Rebaños de Monges Santos, que exhalaban la suave fragancia tuya, y quán abundantes se vían los desiertos Yermos de tan Religiosos Frutos: materia hasta entonces de nosotros muy ignorada. Un Monasterio havia en Milán bien poblado de buenos Monges, el qual estaba fuera de los muros de la Ciudad, y era asistido por el Obispo Ambrosio, y aun tampoco lo sabiamos. Alargabase Poticiano,

sus noticias, y nosotoos atentos, con silencio lo escuchabamos : con que añadió , que él , y tres compañeros suyos , no sé en qué tiempo , acompo, acompañando al Emperador en el País de Trévis , asistiendo el Cesar despues de medio dia à los Juegos Circenses, ellos tres fueron à pasearse à unas Huertas, que esiaban cerca de las murallas de la Ciudad, y esparciendose los dos juntos, el tercero se fué alexando , y los dos tambien: aiargandose, llegaron vagando à eierta casilla, donde habitaban, Señor , unos Siervos tuyos, pobres de espiritu, de los quales es el Reyno de los Cielos, y hallaron alli un librito, en que estaba escrita la vida del Monge Antonio : comenzó à leerla uno de ellos ; y al tiempo mismo, à admirarse, y encenderse, para desear seguir semejante vida , y dexando la Milicia humana , solo

militar para tí, en tu celestial servicio. Era este tal de los que se llaman Agentes , con que de repente , lleno de santo amor , y de un empacho discreto , enojado consigo mismo, y poniendo los ojos en el amigo , le dixo : Dime, por tu vida, con todos estos trabajos , que pasamos en servicio del Emperador , hasta dónde presumimos poder llegar? Qué es lo que buscamos? Por qué causa somos Soldados? Podrá en Palacio llegar á mas fortuna nuestra ambicion, que á conseguir la amistad del Cesar? No; pero qué constancia tiene esto? Qué peligros no amenazan en el valimiento de un Principe ? Y por cuántos riesgos es necesario pasar para llegar al mayor peligro? Y esto para conseguirse , cuánto tiempo necesita ? Pues en verdad , que como yo quiera lograr la amistad de Dios , que al inetante será muy

110 *Confesiones de S. Augustin.*
mio. Dixo esto, y turbado con los dolores de parto, para dár à luz una nueva vida, bolvió los ojos al libro, y prosiguiendo en su leccion, se iba, Señor, mudando allá en su interior, donde tú lo veías, y se desnudaba del mundo, como despues la misma experiencia lo dixo. Mientras leía, y rebolevia las olas de su corazon, bramó su espiritu, y haciendo discrecion entre el Cielo, y entre la Tierra, determinó seguir lo mejor; y yá determinadamente tuyo, le dixo à su amigo: Yo he roto yá con mis necias esperanzas, y estoy resuelto á servir á Dios, y será ahora, luego, luego, y en este sitio, donde me hallo, y tú, si no quieres imitarme, no pretendas contradecirme. Respondió el amigo, que no queria apartarse de ser compañero suyo en Milicia tan soberana, y que tenia pagas tan ventajosas; con

que ambos yá tuyos, comenzaron à levantar el espiritual edificio, con tan seguros cimientos, como renunciar todas las cosas terrenas, é ir en seguimiento tuyo. Entonces, pues, Poticiano, y sus compañeros, que baxaban por las Huertas, andando à buscarlos, llegaron al proprio sitio, y hallandolos, les dixeron: que era yá hora de bolver, porque venia la noche; pero ellos, diciendoles su resolucion, y proposito, y de qué modo les havia sobrevenido aquella voluntad firme, les pidieron, que si no querian quedarse con ellos que no les fuesen molestos; pero esotros, nada mudados de sus costumbres antiguas, lloraron, como el mismo Poticiano referia, y les dieron la enhorabuena de su santa resolucion, encomendandose á sus oraciones: con que llevando el corazon asido siempre à la tierra, bol-

112 *Confesiones de S. Augustin.*
vieron al Real Palacio, quedandose
los convertidos en la casilla, fixando
su corazon en el Cielo. eran los dos
casados; y sabiendo sus mugeres la
resolucion de sus maridos, te consa-
graron despues su pureza; y esto fue
lo que nos refirió Poticiano.

CAPITULO VII.

*Haviendo oido á Poticiano Augus-
tino , se desagreda á si mismo.*

ENtre las pelabras de Poticia-
no , tú, Señor me bolvias
coutra mí proprio , quitandome de
las espaldas , donde yo me havia
puesto , por no querer atenderme,
y me ponias á mis mismos ojos,
para que considerase, quán torpe
era , quán torcido , y sucio , quán
manchado , y lleno de llagas; veía-
me , y me causaba horror , y no
hallaba adonde huir de mí mismo.

Si pretendia apartar de mí los ojos, Poticiano me ponía delante aquellos espejos de santidad, con que tú, mi Dios, me bolvias á poner á mi vista, y me compeliás á que considerase, para que viese claramente mi maldad, y la aborreciese. Bien la conocia yo, pero disimulaba, y conviniendo en ella, me olvidaba de su aborrecimiento; y á la verdad entonces, quanto con amor mas ardiente amaba á aquellos, de quienes oía los saludables afectos, viendo que se te havian entregado del todo, para que los sanases, tanto mas execrablemente me aborrecia á mi proprio, comparandome con ellos. Yá se havian pasado en mí muchos años (presumo que doce) en cuyo tiempo, habiendo leído á los diez y nueve años de mi edad el libro de Ciceron, intitulado *Hortensio*, me encendí al amor, y estudio de la ver-

dadera saviduría; pero dilataba despreciar la felicidad terrena, para poder vacar á tan digna sollicitud, cuya inquisicion, no digo invencion, que es lo mas, havia de anteponerse á los mayores tesoros, y Reynos de la Gentilidad, y á quantos gustosos deleytes puede desear el cuerpo: bien que todos caducos, breves, y perecederos, mas yo, Joven muy miserable, é infeliz, aun en los principios de mi adolescencia, te havia, Señor, pedido la castidad, diciendote: Dame, Dios mio, castidad, y continencia, pero no quieras darmela ahora; porque como eres tan piadoso, temia que luego me oyeses, y que luego me sanases de la enfermedad de la lascivia, de la qual queria yo mas gozarla de lleno, que mirarla en mi extinguida: con que caminaba por caminos perversos, con una supersticion sacrilega, no como cierto en

ella, sino anteponiendola á las cosas ciertas , y seguras , que no buscaba yo religiosamente , antes me oponia á ellas con enemistad , y ojeriza, y por esto juzgaba yo, que la causa de no seguirte á tí solo, y dilatar de dia en dia el despreciar la felicidad terrena, consistia , en que no hallaba norte cierto adonde poder dirigir los pasos mios. Havía venido el dia en que para mí quedase desnudo, y me reprehendiese mi conciencia misma; y sino , adónde estás, lengua? No solias tú decir, que por una verdad incierta , no havias de dexar tú la carga de la vanidad terrena? Pues véa aquí , que la verdad ya para tí es cierta , y con todo eso, la carga misma te oprime , quando con hombros mas libres han tomado alas aquellos , que ni se fatigaron como tú en buscar esta verdad , ni gastaron diez años , y mas

en meditar su importancia. Asi me estaba royendo el gusano de la conciencia, y me confundia una verguenza espantosa, mientras Poticiano hablaba en los referidos casos. Acabóse la conversacion, y ausentóse, habiendo dicho la causa, por qué havia venido á verme; y yo en mí, qué no me dixe? Con qué azotes de sentencias no llegué á castigar mi alma, para que tratase de seguirte, como yo lo deseaba? Pero se obstinaba, lo rehusaba, sin dár escusa alguna para dexar de hacerlo: con que acabados, y convencidos todos los argumentos, solo me quedó un temblor mudo; pero siempre el alma recelaba, como la muerte, el verse reprimida en aquella corriente de su perversa costumbre, la qual la tenia ya casi consumida.

CAPITULO VIII.

*De lo que sucedió á Augustino en un
buelto de su casa.*

ENtonces, pues, en aquella gran batalla de mi interior, la qual havia yo movido en el alma, dentro del retrete de mi corazon, turbado todo, asi en el rostro, como en el animo, me bolví á Alipio, y con voz alta le dixe: Qué es esto que padecemos? Qué es esto que hemos oído? Levantanse los ignorantes, y roban el Cielo, y nosotros con toda nuestra ciencia, sin corazon; andamos bolteando en la carne, y en la sangre? Acaso, porque nos precedieron, tenemos empacho de ir en su seguimiento? Y no tenemos verguenza de no procurar imitarlos? Dixe no sé si unas palabras semejantes á estas; y arrebatando-

me mi ardor de la presencia de Alipio, el qual, silencioso, y atonito, tenia puestos en mí los ojos, porque yo hablaba fuera de mi modo de hablar usado, y antes explicaban mi corazon, la frente, las mexillas, los ojos, el color, y el modo alterado de la voz, que no las voces que pronunciaba: con que en un huerto de la misma casa, que solia servirnos de recreo, no habitando el dueño en la casa propria, me introduxo á él el tumulto de mi pecho, porque nadie embarazase aquella lid, que yo mismo havia trabado en mis consideraciones, hasta salir por la parte que tú, Señor, sabias, y yo ignoraba en mi frenesí saludable. Vivía muriendo, ignorando, qué genero de mal era el mio, y qué bien me esperaba, despues de muy breve espacio. Retiréme, pues, á aquel huerto, y Alipio fue siguiendo

mis pasos, porque para él no havia secreto en mí reservado; y como un amigo tal havia de dexarme solo, viendome en congojas semejantes? Sentamonos, pues; lo mas lexos que pudimos de la casa, y bramaba yo en mi espiritu, indignado con una colera turbulenta, por no haver seguido, Dios, y Señor, el beneplacito tuyo, y ni haver cumplido el pacto, que contigo tenia hecho, clamando todos mis huesos, que siempre es el mismo, alabandole, hasta poner la voz en el Cielo, y que para llegar á él no se necesitaba de Naves, ni de Carrozas, ni aun de dár pasos, como los que yo havia de dár desde el huerto, para bolver á la casa, y havia dado hasta llegar á aquel sitio donde estabamos sentados; porque no solo el ir, sino aun el llegar á tí, solo tenia de costa un querer ir con fortaleza, é integri-

dad, y no con una voluntad enferma, y fria, que balanceando, ya á una parte, y ya á otra, la parte que se levanta, anda opuesta con la otra que cae, Finalmente, en estos ardores de mi dilacion, hacia yo en mi cuerpo todos aquellos movimientos, que quieren hacer los hombres, y no pueden, ó por hallarse valdados, ó por tener los miembros aprisionados, ó sin fuerzas, por alguna dolencia, sea qual fuere el impedimento; mas yo; si me quité algun cabello, si me di algun golpe en la frente, si cruzando las manos, abracé alguna pierna mia, todo lo hice, porque quise hacerlo: pude querer executar-lo, y no poder, si me faltase la expedicion de los miembros; y muchas cosas hice, donde no era lo mismo querer, que poder hacerlas; y con todo esto, no hacia aquello, que me agradaba mas con incom-

parable afecto, y que el mismo querer sería poder ponerlo por obra; porque la execucion pendia de la voluntad solamente, y el querer mismo, es hacer, y con todo eso no lo hacia; y mas facilmente obedecia el cuerpo á la mas leve insinuacion del alma, que la alma misma á su voluntad grande, que en solo su querer podia perficionarse.

CAPITULO IX.

Por qué el alma es perezosa para su bien propio?

DE dónde, pues, Dios, y Señor, puede proceder monstruosidad semejante? Por qué el alma rehusa tanto lo que mas la importa? Resplandezca tu misericordia, y pregunte yo, si acaso pueden responderme los ocultos senos de las penas humanas, y los obscu-

risimos quebrantos de los hijos de Adán ; de dónde este Monstruo ? Y por qué tan grande pereza á su utilidad en el alma ? Manda el alma al cuerpo , y al instante obedece ; mandase el alma á sí misma , y se resiste con pertinacia ; ordena el alma que se mueva una mano , y no hay distincion entre la execucion , y el mandato ; y el alma es alma , y la mano es cuerpo ; mandase el alma , para querer ella misma , que no es diferente de sí , y no hace lo que ella á sí propia se ha mandado. Pues , Señor , de dónde esta monstruosidad ? Y de dónde puede nacer desatino semejante ? Manda el alma , para querer hacer lo que ella misma se ordena ; pues si no quisiera , no se mandára , y con todo eso no cumple con su mandato. Esto es señal , que no quiere totalmente : luego tampoco manda con

todo su imperio? Porque en tanto manda, en quanto quiere, y en tanto no se hace lo que manda, en quanto no quiere que se execute; pues la voluntad manda, para que se vea, que es voluntad propriamente, y no otra, sino ella misma: con que infiero, que este modo de mandar, no es voluntad plenaria, y asi no hace lo que se manda; porque si fuese plenaria la voluntad, no mandaria que se hiciese, porque ya estaria hecho. No es, pues, monstruosidad el querer en parte, y en parte no querer, sino enfermedad del alma misma, porque no la levanta de su dolencia la verdad, quando la mala costumbre la tiene postrada, y sin brio; y asi el alma tiene dos afectos; uno, que no està inclinado del todo; y otro, que aun no tiene la inclinacion, que al otro le asiste.

CAPITULO X.

De cuán variable es la voluntad de los hombres.

Perezcan á vuestra vista , Dios, y Señor , como perecen los habladores vanos, y los que engañan las almas , aquellos que advirtiendo en la voluntad humana dos contrarios afectos , aseguran , que hay dos naturalezas de almas distintas, una buena, y otra mala; ellos son los malos quando tal juzan, y serán buenos, sintiendo, y consintiendo en lo que es verdad, para que pueda decirles tu Apostol Pablo : Erais algun tiempo todo tinieblas , y ahora en el Señor sois luz clara. Ellos, mientras quieren lucir, no quieren ser luz en el Señor , sino en si mismos , juzgando que la naturaleza del alma es lo mismo, que lo que es Dios; con

que así se hacen mas oscuros, y tenebrosos, apartandose de ti muy le-
jos, con una horrible soberbia, quan-
do eres tú, mí Dios, y Señor, la luz
que ilumina á todo hombre, que vie-
ne à vivir en este miserable mundo.
Miseros engañados, y engañadores,
atended á lo que decís, y avergon-
zaos: llegaos á la luz divina, y la lo-
grareis, no teniendo de que confun-
diros. Yo, quando deliberaba el ser-
vir à mi Dios, y mi Señor, (como mu-
cho antes lo tenia prevenido) yo mis-
mo era el que queria, y el que no que-
ria; yo, yo mismo era, que no era
otro diferente; ni plenariamente que-
ria, ni plenariamente no queria: con
que la contienda era conmigo pro-
prio, y destruyendome á mí mismo;
y este desperdicio, ó ruina se ha-
cia contra mi voluntad; mas con
todo, no manifestaba otra natura-
leza de alma, sino una pena muy

126 *Confesiones de S. Augustin.*
mia. Yo, pues no era el que la hacia,
sino el pecado: que habitaba en mí,
en castigo de otro pecado mas libre,
como fue el de Adàn, y yo le contra-
je, como hijo suyo. Pues si hay tantas
naturalezas, como voluntades que se
resisten, no serán dos, sino muchas.
Pongase, si no, uno á deliberar,
qual será mejor, ir á la Congrega-
cion, ó al Theatro? Dirán á este
los engañadores, que bien se vén
aqui dos naturalezas, una buena,
que lleva á la Congregacion, ó Jun-
ta, y otra mala, que guia á los es-
pectaculos; pues si no, de dónde
proviene esta duda, de dos volun-
tades contrarias? Y diré yo, que
ambas voluntades son malas, asi
lo que lleva á sus maliciosas gabi-
llas, ó conciliabulos, como la que
reduce á los pasatiempos munda-
nos; pero ellos no quieren que sea
mala, sino muy buena la volun-

tad que los sigue. Mas si alguno de los Catholicos se halláre perplexo, y altercando los dos afectos, padezca la duda, de si será mejor ir al Theatro, ó à nuestra Iglesia? por ventura, este tambien no fluctuarà, sobre qué respuesta deba dár à su controversia? Porque una de dos, ó ha de confesar lo que no quiere, esto es, que es buena la voluntad, con que se vá á nuestra Iglesia, como la que tienen los que están instruídos, y ligados con los Santos Sacramentos; ó han de juzgar, que en el hombre hay dos malas naturalezas, y dos almas tambien malas; y no será verdad lo que dicen, que de estas dos almas, una es mala, y otra buena; ó han de reducirse à lo que es verdad, y consiste en no negar, que quando uno está dudoso, la misma alma es la que dificulta, con dos distintos afectos. No pronuncien, pues,

de aqui adelante, que quando en un hombre hay dos contrarios afectos, que se oponen el uno al otro, nace esta contradiccion de dos almas diferentes, producidas de dos substancias opuestas, que como tienen contrapuestos los principios, contienen, por ser de las dos, la una mala, y la otra buena; porque tú, Dios verdadero, los repruebas, y los redarguyes, convenciendolos con el exemplo de los afectos, ambos malos, como quando uno anda deliberando, si dará la muerte á un hombre con veneno, ó con cuchillo? Si destruirá esta, ó otra heredad de su proximo, quando no puede talarlas ambas? Si comprará la lascivia con el dinero, ó le guardará por avaricia? Si irá á los juegos circulares, ó á las representaciones, concurriendo estas dos diversiones en un dia? Añado: si se propone á un tiempo el hurto de

de cosa agena , si hay ocasion ; y el adulterio , haviendo facilidad, concurriendo lo uno , y lo otro, en el mismo articulo de una hora, quando es imposible , que todos estos males puedan cometerse juntamente. Aqui , bien se vé , que tantos afectos , y apetitos contrarios , se oponen unos á otros en tal multitud de objetos , y con todo eso , no dicen los tales hereges, que aqui hay multitud de substancias distintas ; con que lo mismo deben confesar en dos afectos buenos del alma , porqué yo les pregunto , si es bueno deleytarse en la leccion del Apostol Pablo? Y si es bueno tambien deleytarse en un cantico decente ? Y si es bueno hablar con discrecion , sobre el Evangelio? A todo esto, responderán , que es bueno; y qué será , si al mismo tiempo , y todo

junto , causa el deleyte ? Por ventura , estas aficiones diversas esparcen el corazon humano , hasta que determine qual será lo mas provechoso ? Todos estos afectos eran buenos , y con todo eso lidiaban , hasta que haciendo eleccion del deleyte mas apreciable , toda la aficion se entregase à él , y fuese una sola , quando antes se estendia à tantas partes. Asi , pues , sucede , que siendo la eternidad de la Gloria deleyte tan soberano , quando llegan á tentar al alma estas terrenas delicias , la misma alma es ; pero alma , que no entrega totalmente su voluntad , ni à lo verdadero , ni á lo aparente ; y por esta neutralidad la aflige , y destroza tanta molestia ; pues conociendo que aquello es mejor , y verdadero , no dexa estas mentiras vistas , porque las trata , y maneja.

CAPITULO XI.

*Lucha de Augustino entre la carne,
y entre el espiritu.*

ESta era mi enfermedad, y padecia mucho mas de lo acostumbrado, acusandome á mí mismo, rebolviendome, y dando bueltas en mis cadenas, hasta que quedasen rotas del todo, que ya poco era lo que faltaba para acabar de romperse; pero este poco aun me tenia en prisiones; y tú, con sebera misericordia, instabas allá en lo oculto de mi corazon, duplicandome los azotes del temor, y del empacho, para que no bolviese à cesar en las diligencias de romper aquello poco, y débil, que me detenia; y no sucediese acaso, que se hiciese mas fuerte, y me aprisionase mas apretadamente. Decia yo, la verdad, á dentro de mi

interior: hagase ahora, acabemos con esto; y diciendo, iba à cumplir el proposito; y apenas lo determinaba, quando dexaba de hacerlo. No bolveria yo á caer en los delitos antiguos; pero estaba cerca de bolver á cometerlos; respiraba, é intentaba romper de una vez con todo; y poco mas, ó menos, ya me ponía en estado de ejecutarlo; y asimismo, ya, ya lo tocaba, y llegaba á asirlo; pero ni estaba allí, ni lo tocaba, ni lo tenía, siempre dudoso entre la muerte, y la vida; y mas fuerza tenía en mí lo acostumbrado, dañoso, que lo mejor, no experimentado; y aquel mismo punto de tiempo, en que havia de mejorarme, quanto mas se me llegaba, me causaba mayor espanto; pero no me bolveria atras, ni me apartaba del proposito; pero me tenía suspenso aquellas locuras desvariadas, y va-

nidades de vanidades de mi antigua amiga; me retenian, y sacudian el vestido de mi carne, y como entre dientes me reñian, diciendo: Pues qué, nos dexas? Y desde este instante no estaremos mas eternamente contigo? Y desde este momento nunca mas te será licito esto, y aquello? Ah, Señor, aparte tu misericordia del alma de tu siervo lo que me representaba debaxo de tales palabras. Porque, qué suciedades, qué indecencias eran, Dios mio, las que me sugerian? Yo las oía como de lejos, poco menos que en la mitad del camino, no como contradiciendome, y poniendose á mi frente, sino como murmurandome à las espaldas, viendo, que me ausentaba, dandome de codo, como à hurtadillas, para que bolviese á mirarlas. Ellas, en fin, retardaban dudoso à apartarme, y sacu-

dirme de ellas, y llegar donde era mi vocacion, diciendome la costumbre violenta: Juzgas, que has de poder vivir sin éstas? Mas estas voces ya eran muy tibias, porque claramente se me ponía á la vista, por aquella parte que yo debia atender mas, y antes temblaba yo de ir, la casta dignidad de la continencia con rostro sereno, y alegre, sin disolucion, li-songeandome con dulzura, y honestidad, para que llegase á abrazarla, y que no temiese, estendiendo ella sus piadosas manos para recibirme, llenas de buenos, y de copiosos exemplos. Alli estaban muchos niños, y niñas virgines; alli multitud de juvenes, y de todas edades, autorizadas viudas, ancianas, que perseveraron en castidad; y en todos la misma continencia, nunca estéril, sino madre fecunda de muchos gozos, hijos de tal madre,

siendo tú, Señor, su Esposo. Sonreíase conmigo con una risa amonestadora, como diciendome: Dime, Augustino, no podrás tú lo que pudieron estos, y éstas? Por ventura, lo que lograron consistió en sus fuerzas mismas, y no en su Dios, y Señor? Pues tén entendido, que el Dios, y Señor fue quien hizo, que me consiguiesen. Qué perplexidad es ésta, que estás, y no estás en tí? Arroja-te á Dios, no temas, que quando te arrojes á él, no se apartará para que caygas; determinate seguro que él te recibirá en sus brazos, y te salvará. Mucho era, Señor, mi empacho, porque aun me sonaban en los oídos aquellos desvaríos antiguos, y dudoso, no me resolvía, pero bolvía la continencia á decirme: Ea, hazte sordo para no acabar de oponerte á aquellos ascos de tierra, para que tengan mas

136 *Confesiones de S. Augustin.*
mortificacion tus sentidos; cuentante
deleytes vanos , pero no son como
los verdaderos , que causa el obser-
var la Ley de tu Señor , y tu Dios.
Esta era la contienda , que havia en
mi corazon, y solo era de mí propio,
contra mí mismo; y Alipio, que no
se apartaba de mi lado, estaba silen-
cioso, esperando qué fin tendrian es-
tos mis movimientos estraños.

CAPITULO XII.

*Conviertese Augustino á una voz
que oyó del Cielo.*

PERO despues que la alta con-
sideracion del profundo se-
creto de mi interior contrajo , y
juntó en presencia del corazon mio
toda mi miseria , se levantó una
tempestad horrible , que prorrumpió
en copiosa lluvia de lagrimas;
y para poder verterla toda, con el

ruido de sus voces, me levanté para apartarme de Alipio ; pareciame que la soledad era el sitio mas à proposito para derramar el llanto. Retiréme, pues, lo mas lexos que pude, porque la presencia de aquel amigo no me sirviese de estorvo. Asi estaba yo, y no sé lo que él sentia ; presumo que dixe algo , en que podia haverse oído mi voz, cargada ya con los sollozos del llanto, y de esta suerte me levanté para retirarme. Quedóse, pues, Alipio excesivamente pasmado en el mismo sitio donde los dos estabamos sentados antes ; yo me arrojé debajo de una Higuera (no sé de qué suerte) , y soltando la rienda á mis lagrimas oprimidas, corrieron rios mis ojos ; aceptable sacrificio tuyo, Dios , y Señor piadosísimo , y no con estas mismas voces , pero en el mismo sentido, te dixe muchas palabras : Y tú, Se-

ñor, hasta cuándo ? Hasta cuándo ha de durar , finalmente, ese enojo tuyo ? Han de durar siempre estas irás ? No te acuerdes , Benignísimo Dueño, de nuestras maldades antiguas: sentíame yo preso de ellas , y así voceaba como infelíz : quando, cuándo romperémos estas prisiones ? Mañana, mañana ? Pues por qué no ahora ? Por qué en esta hora no perecerá , y tendrá fin mi torpeza ? Esto decia, y lloraba con una amarguísima contricion del corazon mio. Estando, pues , de este modo , oí una voz, no sé si es de niño, ó niña, que como en la casa vecina cantaba repetidamente : *Toma , y lee , toma , y lee* , é inmediatamente , mudado el semblante , me puse á considerar muy atentamente , si acaso en alguno de sus juegos solian los niños entonar semejante cantico ? Pero no se me ofrecia, que tal huviese ja-

mas escuchado. Reprimiendo, pues, las lagrimas, me levante, y interpretando, que nada mas me mandaba Dios, que el que abriese el libro, y leyese el primer capitulo que se viese á los ojos, porque havia yo oído del Abad Antonio, que unas palabras que oyó del Santo Evangelio, haviendolas oído acaso, como si fuese por advertencia, las tomó por suyas, y siendo éstas: Anda, y vende quanto posees, y dalo á los pobres, y tendrás un thesoro indeficiente en los Cielos, y luego sigue-me teniendolo por oráculo, se convirtió á tí inmediatamente; y con este exemplo bolví apresuradamente al mismo sitio donde Alipio, y yo haviamos estado juntos, y donde yo havia dexado el libro de San Pablo Apostol quando me levanté para ir á llorar libremente. Tomé, pues el libro arrebatadamen-

te; abríle, y púseme á leer en silencio el primer capitulo que se ofreció à mi vista, ví que decia: No en comidas, y bebidas demasiadas, no en lecho, y deshonestidades, no en contiendas, ni emulaciones, sino vestíos de nuestro Señor Jesu-Christo, sin cumplir los apetitos carnales. No leí mas, ni era necesario, porque al instante que acabé de leer esta sentencia, como con una luz de seguridad infusa á mi corazon, todas las tinieblas de mis dudas se ahuyentaron. Poniendo, pues, el dedo, no sé que otra señal, en la leccion que havia visto, cerré el libro, y con sereno rostro le dixé á Alipio lo que havia sucedido; y él entonces me manifestó lo que pasaba en su interior, y yo ignoraba; con que me pidió, que le dixese lo que havia leído, y haciendolo, y él atendió á las clausulas siguientes, las

quales yo no havia visto, y decian: *Recibid al que está enfermo en la Fé;* lo qual tomó él para sí, y me lo dixo: Pero con tal amonestacion, quedó firme; y con un proposito gustoso, bueno, y muy proporcionado à sus costumbres, que eran mejores, y muy diferentes de las mias; se juntó conmigo, sin la menor duda, ni padecer turbulencia. Fuimos de alli à buscar á mi madre, y diximosle lo que pasaba; alegróse, referimosla todas las circuntancias del suceso, y no cabia en sí de gozo, viendo tal triunfo, por el qual te llenó de bendiciones á tí, que puedes mas, que lo que pedimos, y entendemos en las acciones nuestras; porque ella veía en mí aun mucho mas de lo concedido, que lo que te havia rogado con tantas lagrimas, sollozos, y tristes gemidos; porque á la verdad, de tal suerte me conver-

tiste à tí, que ya, ni buscaba mu-
ger, ni ponía mi esperanza en co-
sa del siglo, estando firme en
aquella regla de Fé, que tantos
años antes la havias tu revelado; y
asi convertiste su llanto en mu-
cho mayor gozo, que el que ella
solicitaba, y para ella mucho mas
amable, y mas casto, que el que
pudiera tener, si tuviese nietos,
nacidos de mi matrimonio ami-
gable.

CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

*En que alaba la bondad divina,
conociendo su miseria.*






 O, Señor, soy Siervo





 Y tuyo ; yo soy tu sier-





 vo, é hijo de la sylaba





 tuya ; rompisteme las
 prisiones, y por tan
 gran beneficio te sacrificaré, Hos-
 tia de alabanza. Loente, Señor,
 mi corazon ; y mi lengua, y todos
 mis huesos digan: Señor, dónde
 hay otro Dios, que se te parezca?
 Diganlo, y respodeme tú ; dile,

Dios mio, á mi alma: Yo solo soy salud tuya. Pues quién soy yo? Y qual soy yo? Pues yo, qué mal no tuve? Qué perversidad faltó á mis obras? Y si no á mis obras, á lo menos á mis palabras? Y si no á mis palabras, á mi voluntad perdida? Pero tú, Señor, Bueno, y Misericordioso, viendo tu Diestra la profundidad de mi muerte, apuraste de lo mas hondo de mi corazon los ascos de mis miserias, siendo en mí todo esto un no querer lo que tú querias, y un querer lo que abominabas. Pero adónde estaba en tan largo tiempo mi libre alvedrío? Y de qué alto, quanto profundo secreto, fue llamado en un momento, para sujetar mi dura cervíz al yugo suave tuyo? Y mis hombros á tu levisima carga? Christo Jesus, mi Auxilio, y mi Redemptor, ó quán dulce se me hizo luego el carecer de las fabu-

las suavidades de los pasatiempos, y burlas siendo, ya para mi gozo, y deleyte el haver abandonado lo que antes temia perder mi mal empleado deseo? Eras tú, Señor, quien arrojaba estas inmundicias de mí, siendo tú la verdadera, y suma delicia; desechabas de mi corazon tales vanidades, y entrabas tú en su lugar, mas dulce que los deleytes todos, mas no á la carne, ni á la sangre, entrabas con claridad mayor que toda la luz, pero allá en lo mas interior, con el mas profundo secreto; mas sublime, que la mayor honra, pero despreciando soberbios. Ya estaba libre mi alma de los cuidados mordaces, de la ambicion, y avaricia, y de bolver á refrescar memorias de las pesadas lascivias, y asi solo hablaba contigo, Dios, y Señor mio, mi luz, mis riquezas, y toda la salud mia.

CAPITULO II.

Dexa Augustino la enseñanza de la Rhetorica.

EN tu presencia, Señor, hice dictamen de no retirarme, haciendo ruido con la novedad , sino con pasos lentos del ministerio de enseñar la Rhetorica; porque los juvenes, meditando, no tu Ley, ni tu Paz, sino locuras mentirosas, y pleytos civiles, no tomasen armas de mi doctrina, para exercitar sus genios , naturalmente furiosos. Ofrecióse la oportunidad de faltar muy pocos dias para llegar las vacaciones del tiempo de las vendimias, y determiné dexarlos pasar para retirarme solemnemente , y no bolver á venderme , quando tú me havias redimido con tu preciosissima Sangre , tú sabias mi determinacion ; y en quanto à los

hombres , solamente lo sabian mis
parciales, y haviamos convenido en
que no se publicase, aunque tú á los
que ascendiamos del valle de los so-
llozos, cantando los Canticos Gra-
duales, nos haviades dado unas agu-
das flechas, y unas asquas abrasado-
ras contra la lengua engañosa, que
contradice, como aconsejando, y co-
mo el estomago , que abrazando la
vianda, la deshace. Havias tú, Dios
mio, fijado las saetas de tu amor en
nuestros pechos, y tus divinas voces
havian atravesado nuestras entra-
ñas; y nos abrasaban los exemplos
de aquellos Siervos tuyos , que de
oscuros, los havias hecho lucientes,
y de muertos los havias vivificado,
que juntos en nuestro corazon , y
en el seno de nuestra meditacion,
nos hacian sacudir la grave pereza,
para no caer al profundo, infla-
mandonos contra toda lengua de

contradiccion, cuyos ayres, en vez de apagarle, avivasen mas nuestros incendios. Mas con todo eso, como por tu Nombre, que santificaste por el mundo, podia haver algunos, que alabasen nuestra voluntad, y proposito, lo qual podia parecerse à algun genero de jaçtancia, no esperando que pasase tiempo tan cercano à las Férias, sino atropellar por todo, y retirarnos al punto de una profesion tan pública, y puestas á la vista de todos determiné el dexar pasar aquel tiempo, porque no dixesen, puestas en mí las lenguas de los que lo veían, que por semejante resolution pretendia el credito de grande hombre. Mas qué me importaba á mí el que se juzgase, ó disputase sobre mi alma, blasfemando el bien que abrazaba? Añadiase á esto, que por el Estío, con el trabajo excesivo de los estudios,

el pulmon se me havia herido, y tenia trabajosa la respiracion, y el pecho daba testimonio de su enfermedad, no pudiendo hablar alto, y claro, con que á los principios estuve perturbado, viendome casi compelido de necesidad, á dexar la carga del Magisterio, ó á lo menos interrumpir el exercicio, hasta vér, si con algunos medicamentos sanaba ; pero ya que tuve la plenaria voluntad de dexarlo todo, y reconocí, que tú eres el Señor absoluto, estuve firme, y arraygado en mi resolucion. Tú lo sabes, y que comencé á alegrarme, de que se ofreciese ocasion, no mentirosa, ni fingida, para templar el enojo de los hombres, que por la enseñanza de sus hijos, no querian verme libre de semejante trabajo. Ya, pues, con mas gusto sufria aquel espacio de tiempo, que faltaba para las Férias, (no sé

150 *Confesiones de S. Augustin.*
si era de veinte dias) y le toleraba con mas constancia, porque me faltaba la codicia, que solia tener gran mano conmigo. Costabame gran trabajo el esperar estos dias; mas la paciencia me acompañaba. Quizá alguno de tus Siervos, y Hermanos mios, dirá, que pequé en esto, pues alistado entre tus soldados, ni una hora debí estar sentado en la cathedra de la mentira. No porfiaré sobre esto; mas sé, que tú, Señor Misericordiosísimo, me purificaste, y perdonaste este pecado, con todos los demás horrendos, y mortales, en el agua del Sacrosanto Bautismo.

CAPITULO III.

Dale Verecundo á San Augustin una heredad donde habite.

MUY fatigado de ansias se veía Verecundo con este

nuestro buen proposito, porque siendo tan estrecho amigo nuestro, veia, que haviamos de dexarle, rompiendolazos tan estrechos, como le tenian vinculado á nuestro consorcio: no era Christiano, aun siendo Christiana su esposa; y esta prision de tener muger, era para él el mas fuerte impedimento, para no seguir el mismo camino, que haviamos abrazado. Decia, que no queria seguir la Religion Christiana de otro modo, que el que no podia conseguir, viendose casado. Ofreciéonos, pues, con benignidad una heredad suya, para que viviesemos en ella el tiempo que alli estuviesemos. Darásle, Señor, la retribucion en la resurreccion de los Justos, pues yà le diste la dicha de haverse hecho de tu Gremio; pues aun estando ausentes nosotros, y viviendo en Roma, habiendole sobrevenido una

muy grave enfermedad corporal, murió Christiano, y fiel Catholico. De este modo, Dios, y Señor, te apiadaste de él, y de nosotros, para que nos viesemos atormentados con el fuerte dolor de vér morir un Bienhechor nuestro , sin la marca de tu piadoso Rebaño. Gracias te rindo, Dios, y Señor nuestro: tuyos somos, y confio en tus palabras, y promesas, como de quien es tan fiel en cumplir lo que promete, que le darás á Verecundo , en premio del Campo de Casisiaco , adonde descansamos en tí, fugitivos de los ardores del siglo , la amenidad sempiterna de tu Paraíso , siempre florido , pues le perdonaste sus culpas en el Monte quaxado , Monte tuyo , Monte que mána leche , y miel con abundancia. Verecundo vivia congojado ; pero Nebridio estaba alegre: pues aunque èl , antes de ser Chris-

tiano, havia caído en el error, de que la Carne verdadera de tu Hijo era fantastica, haviendo salido de este desacierto, aun no haviendo recibido Sacramento alguno de tu Santa Iglesia, con todo eso, se hizo un ansiosísimo inquisidor de la verdad sólida; de donde provino, que poco despues de nuestra conversion, y Regeneracion por tu Sagrado Bautismo, hecho Christiano, y por él toda su casa, y familia, haviendo vivido en continencia, le libraste de la carcel de esta mortal carne, y ahora vive en el Seno de Abrahan. Dichoso, y Bienaventurado, haviendote servido con castidad perfecta, y fidelidad entre los suyos, en Africa. En quanto à lo que significa el Seno de Abrahan, que es tu Gloria, alli vive mi Nebridio, dulce amigo mio, é hijo adoptivo tuyo, desde tu Siervo: alli, Señor, creo

piadosamente , que vive: pues qué otro lugar podia tener aquella alma? Allí vive, acerca de cuyas delicias solia preguntarme muchas veces, siendo yo un triste hombrecillo, que nada sabía de lo que me preguntaba; y ya no me escucha à mí, sino pone ya sus espirituales labios á la Fuente perenne tuya , y bebe feliz , sin termino, por sus ansias, quanta sabiduría puede caber en su alma; y aun asi juzgo, que no se sacia de suerte, que pierda la memoria de este amado suyo, quando tú, Señor, de quien él bebe, no te olvidas de estos miserables. Asi, pues, estabamos consolando á Verecundo triste, quedando en salvo nuestra amistad, acerca de su trato , y exortandole á que permaneciese en su matrimonio , que era el grado en que se hallaba. Esperabamos à Nebridio , quando nos seguia, pues podia hacerlo tan de

cerca , y estaba determinado á ejecutarlo, quando en fin, pasaron aquellos dias tan largos, y á nuestro parecer tan muchos, por el gran deseo que teniamos de una libertad ociosa, en que poder cantarte, Dios mio: *Mi corazon te dixo: busqué tu Rostro, busquéle , y le buscaré , y solicitaré eternamente.*

CAPITULO IV.

De lo que escribiò con Nebridio acerca de los Psalmos, y un gran dolor que padeciò de los dientes.

VIno, en fin, el dia, en que de hecho havia de desatarme de la Profesion Rhetorica, quando ya lo tenia resuelto en mi pensamiento. Hizose, pues; y tú, Señor , libraste mi lengua de donde havias librado mi corazon , y alegre te bendecia, habiendome ausentado con los mios á

156 *Confesiones de S. Augustin.*

Casisiaco. Lo que yo executé allí en quanto á las letras, que ya se empleaban en servicio tuyo, aunque con algunos visos, que en medio de aquel sosiego, anhelaban á la escuela soberbia, testigos son los libros que tratan de las disputas, que tuve con los que allí estaban presentes, y conmigo solo, en presencia tuya, y pueden dár testimonio de ello las cartas que escribí á Nebridio, ausente; y quando yo tenga bastante tiempo, haré comemoracion de los grandes beneficios, que en aquel lugar nos hiciste, porque ahora me llevan apresurado cosas mayores, recibidas de tu Soberana Mano. Llamame, Señor, la memoria, y sirvame, mi Dios, de deleyte el confesarte, con qué interiores compunciones me domastes, cómo allanaste los montes, y collados de mis vanos pensamientos, cómo enderezaste lo torcido de mis sen-

das, cómo suavizaste mis asperezas, y con qué sujetaste á Alipio, hermano de mi corazón, al Sagrado Nombre de tu Unigenito, nuestro Señor, y Salvador Jesu-Christo, el qual antes desdeñaba se ingiriese en nuestros Escritos; porque mas queria que oliesen à la soberbia de los cedros encumbrados, que á las yerbas humildes de la Iglesia Santa, contrarias á las serpientes; mas tu voz, Señor, quebranta los cedros. O, qué voces te dí, Dios mio! quando me puse á leer los Psalmos de David, cánticos fieles, y tonos de piedad, que excluyen todo espiritu soberbio, aunque cathecumeno tuyo, y muy rudo en el amor, que se te debe, estando en este dicho village entretenido con Alipio, cathecumeno tambien, acompañandonos mi madre, muger fiel, y aunque mu-

ger en el trage , muy varonil el la Fé , segura por sus muchos años, y amorosa como madre , y de una piedad christiana. Qué voces te daba en aquellos Psalmos! Y cómo ellos me hacian arder en amor tuyo , y me venian ansias de predicarlos por todo el mundo contra la soberbia y vanidad del Linage Humano! Con todo esto , en todo el Orbe se cantan , y no hay quien se esconda de tu calor ; y aqui era donde me indignaba con mas vehemente , y agrio dolor contra los Manichéos , y aun me causaban lastima ; porque ignoraban estos Sacramentos , y medicinas , siendo locos en despreciar los medicamentos con que podian ser sanos. Quisiera yo , que en alguna parte estuviesen cerca de mí , sin saber yo que me oían , y que sin verlos á ellos vieses mi rostro , y oyesen las

voces mías , quando en aquel ocio hizo tanto en mí el leer el quarto Psalmo , que comienza: *Como te llamáse, me oíste, Dios de mi Justicia,* y fuiste dilatado, y liberalísimo conmigo, quando me viste afligido, consolando mi corazon triste: *Tén piedad de mí, Señor, y oye mis humildes súplicas.* Oyeranme, pues, dichos Manichéos, sin saber yo que me oían; porque no juzgasen , que yo decia por ellos lo que entre estas palabras añadian mis sentimientos; porque à la verdad , si juzgáse yo, que me atendian , y miraban , ni yo pronunciaria tales palabras , ni las diria entonces del modo que las decia , quando ellos no havian de entenderlas , como yo las sentia , en ocasion que conmigo , y para mí (ó Padre amoroso mio!) hablando en presencia tuya , con el familiar afecto de mi alma , tuve

horror, y miedo, y al tiempo mismo un amor ardiente, esperando, y alegrandome en tu clemencia infinita. Todo esto salia por mis ojos, y por mi voz, quando mirandonos tu Espiritu bueno, nos decia: *Hijos de los hombres, hasta cuándo sereis pesados de corazón, amando la vanidad, y buscando la mentira?* Era yo aquel, que havia incurrido en estos yerros, amando la vanidad, y buscando lo mentiroso; y tú, Señor, yá havias magnificado à tu Santo, à Christo tu Hijo, resucitandole, de entre los muertos, y colocandole à tu diestra, para que nos embiase desde lo alto, cumpliendo su promesa, al Espiritu Santo Consolador, Espiritu de verdad, el qual yá havia venido, y yo totalmente lo ignoraba. Haviale enbiado, porque yá estaba engrandecido, resucitando de entre

tre

tre los muertos, y subiendo à los Cielos; y antes no le havia comunicado á los hombres, porque Jesus aun no estaba glorificado; y clama el Profeta: Hasta quàndo esta dureza de corazon? Este amar la vanidad, y solicitar la mentira? Porque haveis de saber, que el Señor engrandeciò à su Santo: á voces lo dice, que sepamos esta verdad: y yo, en tanto tiempo ignorante, amé la vanidad, y busqué la falacia, y por eso al oírlo, me estremecí; porque las palabras de David, hablan con tales sugetos, como yo me acordaba de haver sido; pues en aquellas fantasías, que yo tenía en algun tiempo por verdad, estaba la vanidad, y la mentira; y acordandome de que seguí desatinos semejantes; el fuerte dolor de mi corazon me obligó á dár muchos, y graves

suspiros, los quales, ojalá fuesen escuchados de los que hasta ahora son secuaces de tan vano , y tan engañoso camino; quizá , si me oyesen, temblarian, y arrojarían el veneno, y clamando á tí, los oirías; porque en carne verdadera padeció verdadera muerte el Hijo tuyo, que ahora está rogandote en el Cielo por nosotros. Leía tambien: *Enojaos, y no pequeis*. Y cuánta mocion causaban en mí estas palabras! quando ya, Dios mio, para no pecar mas, me enojaba contra mí propio por los delitos pasados! Y con razon me irritaba contra mí solo ; porque no otra gente de naturaleza obscura era la que pecaba en mí, como dicen los que quieren atribuir sus culpas á otros , y no se enojan consigo mismo por lo mal obrado , quando estos ván atesorando ira en el dia terrible ; que

se revele tu justo, y severo juicio. Yo era el pecador solamente ; y si entonces hacia algunas obras buenas, no las publicaba , ni solicitaba que los hombres las registrasen delante del Sol, que todo lo manifiesta; porque los que buscan glorias exteriores, con facilidad se desvanecen , y se derraman en estos objetos visibiles, que son temporales; con que no hacen otra cosa que lamer, con una imaginacion hambrienta , unas figuras que pasan. O ! si tú quisieses , Señor , que los fatigase la hambre , viendo que solo pacen viento , y dixesen : Quién nos mostrará los verdaderos bienes ? Respondamos , y oygan lo que el Profeta dice : *La luz de tu rostro, Señor , está sellada con nosotros;* porque no somos nosotros aquella luz , que ilumina á todo hombre , que entra en este mundo;

sino que tú, Dios mio, eres el que nos alumbras para que seamos luz en tí los que eramos antes todo tinieblas obscuras. O, si vieses en su interior la luz eterna ! que yo , haviendola gustado , bramaba de sentimiento, porque no podia mostrarsela; si ellos, fuera de tí, me traxesen el corazon en sus ojos , y me dixesen : Quién nos descubrirà los bienes ? Alli, Señor , donde yo estaba enojado conmigo proprio : alli , en mi interior, donde estaba yo compungido , y donde te havia sacrificado la muerte de mi humanidad antigua, y esperando en tí , havia comenzado á meditar mi renovacion : alli mismo comenzaste á ser para mí dulcísimo , dando á mi corazon alegria ; con que daba voces , leyendo los Psalmos ácia fuera ; pero sintiendo en mi interior la eficacia de sus verdades , ya los

bienes temporales no me movian, devorando mis vanas esperanzas los tiempos, y devorado yo de ellos mismos, porque tenia yo en la Eterna Verdad otro Pan, otro Vino, y Oleo, alimentos de mas substancia; y clamaba en el siguiente verso, con voz alta de mi corazon: O! en paz! O! solamente al mismo Dios! O! qué es lo que dixo? Dormiré: no me acordaré mas de los bienes de la tierra, y asi descansaré en aquel, que es el unico, y verdadero descanso. Pues quién havrá, que se nos oponga, llegando á verificarse lo que està escrito? La muerte se pasmó en la victoria de Christo; y no hay duda en que eres tú, Señor, el mismo; porque no te mudas, y en tí está el descanso, que hace olvidar todos los trabajos; porque ninguno hay que te iguale, ni puede conducir para lo-

grar otras muchas cosas, que no sean tú; y tú, Señor, me constituiste singularmente en una firme esperanza. Leía, pues, y ardía, y no hallaba que hacer con aquellos sordos muertos, de quienes yo havia sido un perro ladrador, y voceador de su peste, amargo, y ciego contra las letras dulcisimas, bañadas de la miel del Cielo, lustrosas de tu luz Divina, y me consumia el que hubiese enemigos opuestos á las Sagradas Letras, quando venian á mi memoria los sucesos todos de aquellos dias de vacaciones. Mas tampoco estoy olvidado, ni callaré la aspereza de tu castigo, ni la admirable celeridad de tu clemencia. Disteme, Señor, entonces un terrible dolor de dientes, y llegando el dolor á tanto, que me privaba de poder hablar, se le ofreció à mi corazon el pedir á to-

dos los que asistian conmigo , que rogasen por mí al Dios de toda la salud , lo qual hice por escrito , y se lo dí , para que pudiesen leerlo en las tablillas de cera , donde entonces se escribía; pero apenas pusimos las rodillas en tierra para hacerte la súplica , quando el dolor se quitó inmediatamente. Y qué color tan cruel ! Y cómo faltó tan luego ? Confieso , Dios , y Señor , que quedé pasmado , porque tal no havia experimentado en toda mi vida. Conocí entonces claramente quàn profundas son las señas de tu poder en la voluntad , ó el permiso , y con fé alabé tu nombre : mas esta fé no me dexaba estar seguro de mis pecados pasados , los quales aun no me estaban perdonados por el Sagrado Bautismo.

CAPITULO V.

Pide consejo San Augustin à San Ambrosio sobre què libro leerá mas útil para él en la Sagrada Escritura.

A Cabadas las vendimias, renuncié la Cathedra de Rhetorica, diciendo à los de Milán, que buscasen Maestro de Eloquencia, que enseñase à sus Estudiantes; porque yo havia determinado servirte, y no podia asistir à la dicha enseñanza, por la falta de respiracion , y dolor continuo del pecho. Escribí entonces á tu Santo Prelado Ambrosio mis errores antiguos, y el proposito presente , para que me aconsejase, qué libro de tus Escrituras Santas me sería mas conveniente para leerle, y con su leccion hacerme mas bien prevenido , y prompto para

poder recibir tanta gracia , como se comunica en el Bautismo Sagrado. Y él me mandó , que leyese al Santo Profeta Isaías ; creo, que porque es el que habla mas claramente del Evangelio , y vocacion de las gentes , entre los demás Profetas ; pero obedeciendo yo , y no entendiendo sus primeras clausulas ; juzgando que todo lo demás sería del mismo modo, dexé la lectura , hasta estar mas exercitado en las divinas palabras.

CAPITULO VI.

Del Bautismo de San Augustin en la Ciudad de Milàn.

VEnido , pues , el tiempo en que ya importaba , que sentase yo plaza en las Milicias de nuestro Señor Jesu-Christo , dexando el campo , bolvimos á Milán. Quiso tambien Alipio rena-

cer para tí conmigo, estando él vestido ya de la humildad competente para recibir tus Sacramentos, pues domó tan fuertemente su cuerpo, que tuvo brio para pisar la Italia con los pies desnudos, estando elada la tierra (accion para él jamás usada) Juntamos á nuestra compañía al muchacho Adeodato, hijo natural mio, nacido de mi pecado: tú le hiciste bien; era de edad de cerca de quince años, y excedia en ingenio á muchos Varones doctos, y graves. Confiesote tu liberalidad, y tus dones, Dios, y Señor mio, Criador de todas las cosas, y Omnipotente Reformador de todas nuestras fealdades, porque yo en aquel muchacho nada tenia mas que el pecado; porque el educarle en nuestras letras á la enseñanza tuya, tú lo havias inspirado, ninguno otro nos

lo havia dicho ; y asi te confieso tus dádivas. Hay un libro mio, que se intitula : *Del Maestro*. El Adeodato habla alli conmigo , y tú sabes , Señor , que son sentencias tuyas quantas alli están escritas en nombre de mi interlocutor , teniendo él entonces diez y seis años. Yo experimenté en él otras cosas mucho mas maravillosas, y me causaba horror tal ingenio. Y quién, sino tú, Señor, sería el Autor de semejantes portentos ? Presto , mi Dios, le sacaste de la tierra ; y ya muerto , con mas seguridad me acuerdo de él, no temiendo de él fealdad alguna , ni en la puericia , ni en la adolescencia , ni se llegase á ser hombre. Hicimosle igual á nosotros , y de nuestra misma edad , en quanto al segundo nacimiento en tu gracia , para criar-

le en tu disciplina. Fuimos , en fin , bautizados , y huyó de nosotros el cuidado , y afán de toda la vida pasada ; y no me saciaba yo aquellos dias , con una admirable dulzura , de considerar lo soberano de tu consejo , sobre la salud del Linage humano. O ! quàn- to lloré , oyendo los Hymnos , y Cánticos tuyos , commovido eficazmente á las voces suaves, y sonóras de tu Iglesia Santa ! Influxan ; pues, aquellas voces en mis oídos : ibase tu verdad esparciendo por todo mi corazon : encendianse de aqui unos afectos piadosos : corria el llanto, y con él estaba yo bien hallado.

CAPITULO VII.

De lo que vió en Milán.

POco tiempo havia , que en Milán havia comenzado este genero de consuelo , y exhortacion á las almas , moviendolas con gran fervor à celebrar los Oficios Divinos con voces , y concordias de corazones devotos ; y conviene saber , que en aquel año , poco mas , ó menos , Justina , madre del Emperador Valentiniano , que era entonces niño , comenzó á perseguir al Obispo Ambrosio , por causa de ser ella Herege , engañada miserablemente de la Secta de los Arrianos. La Plebe Catholica velaba en la Iglesia , prevenida , y determinada á morir con su Prelado , siervo tuyo ; y alli asistia tambien mi madre esclava tuya , la qual vivia de la ora-

cion continua, siendo la primera en el cuidado, y vigiliass. Nosotross, frios aun en el calor de tu espiritu, con todo eso no dexabamos de estár cuidadosos, viendo á la Ciudad aturrida, y perturbada. Entonces, pues, se instituyó, y hasta ahora se conserva el cantar Hymnos, y Psalmos, segun la costumbre de los Ecclesiasticos del Oriente; porque el Pueblo de Milán no se consumiese al tedio de su tristeza. Y es costumbre la de estos Cánticos, introducida ya en toda la Iglesia Catholica, ó casi en todos sus ambitos. Entonces, Señor, manifestaste á tu Siervo Ambrosio, en una vision, donde yacian los Cuerpos de tus Santos Martyres Gervasio, y Protasio, los quales havias tú ocultado en lugar secreto, y havias conservado incorruptos, para manifestarlos en el tiem-

po conveniente, para reprimir la rabia, aunque de una Reyna, de una muger, en fin, cuya ira es sobre todas las iras; pues descubiertos dichos Cuerpos, y trasladados á la Cathedral de Ambrosio, con la honra correspondiente no solo se veían libres, confesando la eficacia de los Santos Martyres, los que estaban poseídos de los demonios; sino que un ciego de muchos años, y muy conocido de la Ciudad toda, habiendo preguntado la causa de la ruidosa alegría, que mostraba el Pueblo en tumultos, y habiendola percibido, saltó, y pidió á su guia que le llevase á los Santos Cuerpos, donde llevado, rogó, que se le permitiese el tocar con un pañuelo el feretro donde eran llevados aquellos, cuya muerte fue preciosa en tu presencia. Consiguiólo, y poniendo dicho paño

176 *Confesiones de S. Augustin.*
sobre sus ojos , logró inmediata-
mente la vista ; con que corrien-
do la fama , y luciendo con el fer-
vor las alabanzas tuyas , de aqui
nació , el que aquella Reyna ene-
miga , aunque no sanó de su en-
fermedad heretica , à lo menos se
aplacó en el furor de perseguir à
tu Obispo , Gracias , Dios mio,
te sean dadadas ; pues de dónde , y
adónde sacaste mi recordacion,
para que tan bien te confesase
estas grandezas tuyas ? quando yo
las tenia tan olvidadas ? Y es ver-
dad , con todo esto , que exhalan-
do tú entonces tantas fragancias
de tus aromas , no corriamos tràs
tí , y por esto lloraba yo mas en-
tre los Cànticos de tus Himnos,
suspirando á tí en algun tiempo ;
y finalmente , respirando con aquel
poco de ayre que entra , y sale por
una casa de heno.

CAPITULO VIII.

De la conversion de Evodio.

TU, Señor, que haces habitar en una casa misma à los que tienen un proprio genio, nos hiciste compañero à Evodio, jóven de nuestro Lugar, el qual siendo Militar, se convirtió primero que nosotros, y bautizado, haviendo dexado la secular Milicia, se hizo Soldado tuyo. Estabamos juntos, y habitabamos unidos con una voluntad buena, y solicitabamos un sitio mas á proposito para servirte, y al tiempo mismo caminabamos ácia la Africa; y estando en el Lugar llamado Ostia-Tyberina, murió mi piadosa madre. Dexo, Señor, muchas cosas, porque camino de prisa. Recibe, mi Dios, mis confesiones, y gratitudes, aun de todo aquello que dexo en-

tregado al silencio; pero no callaré lo que mi alma dió á luz acerca de aquella sierva tuya , que me parió, asi carnalmente á este mundo, como espiritualmente ácia la eterna vida. Referiré, no lo que ella fue de su cosecha propia, sino las gracias, que tú la hiciste; porque ella no se hizo á sí, ni á sí se havia educado; tú fuiste quien la criaste , no sabiendo, ni su padre , ni su madre , de qué modo , ni en que forma se havia formado de ellos. Tú la educaste en tu temor santo con la vara de la direccion de tu Unico Hijo Jesu-Christo , cuyo régimen la hizo miembro bueno de tu Iglesia Santa en una casa fiel , y bien gobernada; y ella , no tanto aplaudia, acerca de su enseñanza , la diligente disciplina de su madre quanto la de una buena anciana, criada de sus padres , decrépita ya,

porque havia trahido à andar á su padre, y le havia llevado en brazos, como suelen llevar á otros niños las muchachas algo mas grandes. Y esta buena vieja, por sus loables costumbres, y ancianidad, era honrada, y estimada de los señores, y de la familia, como en casa en fin de fieles Christianos. Cuidaba, pues, de las hijas de sus señores con gran diligencia, y cuidado, siendo muy severa en reprehenderlas los vicios, y muy prudente en enseñarlas buenas costumbres. Era tal la educacion de esta honrada anciana, que si despues de haver comido, y bebido parcamente en la mesa de sus padres, querian beber aunque se ardiesen de sed, no las permitia que bebiesen un poco de agua, cautelando la mala costumbre, y diciendolas: Ahora queris beber agua, porque no tenis vino á

vuestra disposicion, y en casandoos, y siendo señoras de las despensas, y de las bodegas, os sabrá mal el agua, y os entrará la infame costumbre de beber vino. Con esta enseñanza, y autoridad de imperio, refrenaba los malos deseos de aquella edad tierna, y reducía la sed de las niñas á un modo de beber honesto; de suerte, que no deseaban aquello, que no era licito; y á la verdad, á mi madre (segun ella me referia) se le iba introduciendo poco á poco la gana de beber vino; pues mandandola sus padres, como á niña templada en beber, el que de la cuba del vino echase en la vasi-ja, gustaba un sorbo antes de echarlo, y no bebia mas por no perder los sentidos. No hacia esto por codiciar el vino, sino por el natural exceso de una edad por sí deleznable, que comunmente

es llevada de movimientos ligeros, y tiene mas fuerza, y mas eficacia en los niños. Añadiendo , pues, cada dia un poquito á otro poquito, hizo tal costumbre , que ya bebia vasos enteros; porque quien desprecia lo poco , viene à caer en lo mucho. Pero adónde estaba entonces la prudente anciana? Y aquella vehemente prohibicion de la bebida superflua? Mas qué remedio podia haver contra una enfermedad oculta, si tu medicina, Señor, no velase sobre nosotros? Estando ausentes padre, madre, y Maestros, tú estabas presente , como Criador , como el que nos llama , y el que por medio de los hombres , que nos rigen , dispones lo bueno para la salud de las almas. Y qué hiciste , Dios , y Señor , entonces? cómo la curaste á mi madre? cómo la sanaste? No sacaste de otra

alma, como lanceta aguda, una palabra afrentosa, con la qual, segun tus ocultas disposiciones, de un golpe rompiste aquella postema, y la hiciste arrojar la podre? Sí; pues una criada con la qual solia ir á la cuba, riñendo con ella, qual suele acontecer entre señores, y criados, la dió en rostro, estando á solas, con que se entregaba al vino: arrojó á la verdad amarguisimo; pero tan eficaz en picarla, que la hizo vér su fealdad, condenarla y dexarla al punto. Como los amigos aduladores pervierten, asi suelen edificar, litigando los enemigos; y tu retribucion, Señor, no corresponde á la buena obra que executas por ellos, sino á la mala intencion que tuvieron de afrentar á su proximo; porque aquella criada, lo que intentó fue injuriar á su señora menor, no sa-

narla ; y asi el oprobrio fue á so-
las ; ó quizá porque el lugar , y
el tiempo las cogió asi , ó aca-
so , porque quiso la tal criada li-
brarse del riesgo de que la culpa-
sen de no haverlo avisado á tiem-
po , si llegasen à averiguarlo. Mas
tú , Señor , que riges el Cielo , y
la tierra , trayendo en circulos las
profundidades de las corrientes,
poniendo en orden la turbulen-
ta precipitada carrera de los si-
glos , con la locura , ó cólera de
un alma , sanaste otra. Y el que
esto leyere , advierta , que si pre-
tende que alguno se corrija con
su palabra , no lo atribuya á su
poder , sino á la Divina eficácia.

CAPITULO IX.

Como se portó Monica con su marido.

EDucada, pues, casta, y sobria-mente, y por causa tuya, mas rendida à sus padres, que sujeta á tí por ellos , haviendo llegado á cumplir los años en que una muger es capáz de contraher matrimonio, casandola con un varon, le sirvió como à señor, y procuró grangearle para tí , hablando tú con él por las buenas costumbres de su esposa, las quales tomaste por medios , haciendola á su vista , y estimacion hermosa, amable, respetosa, y digna de admiracion ; y asi toleró los zelos , ó injurias de la lealtad debida al santo consorcio ; porque sobre tal agravio , jamás riñó con su esposo , esperando que tú , Dios , y Señor , te apiadases

de él, y que profesando tu Fé Catholica, fuese casto juntamente. Era el tal hombre, al paso que muy benevolo, en irritandose excesivamente furioso; pero en viendole Monica enojado, no se le oponia, ni con obra ni con palabra; y en viendole pacificado, y quieto, al tiempo oportuno, le daba razon de su hecho, si la cólera havia nacido de la inconsideracion, y no haver cargado el juicio sobre el motivo, ó el fundamento. Sucedia, que algunas Matronas, cuyos maridos eran de mejor condicion, y aun con todo eso las maltrataban, monstrando á Monica muchas veces los cardenales de sus rostros en la conversacion de las visitas amigables, solian murmurar de sus esposos; y Monica, por modo de recreacion, les decia: *Amigas los contratos matrimoniales, si haceis*

186 *Confesiones de S. Augustin.*
memoria de ellos, os hicieron cria-
das de vuestros maridos, y una cria-
da debe sufrir, y no murmurar de
su dueño. Con que admiradas ellas,
que sabian bien la condicion del ma-
rido de su amiga, jamás oyeron, ni
se vió por seña alguna, que Patricio,
(asi se llamaba el marido de Mo-
nica) huviese puesto las manos en
su muger, ni que un dia solo huvie-
sen tenido alguna disension domes-
tica. Con que preguntandola ami-
gablemente, cómo lograba esta
paz? respondia (lo que antes di-
xe) que se consideraba criada de
su marido, y que asi no le repli-
caba; con que las que tomaban
esta leccion, con la experiencia,
vivian alegres, y las que no, te-
nian que llorar siempre. A su sue-
gra, que à los principios de su
matrimonio, por chismes de ma-
las criadas, la tenia enojada, la

venció con tales obsequios , perseverando en paciencia, y mansedumbre, que la misma madre, diciendo à su hijo, que aquellas malas hembras eran causa de inquietudes en la familia , pidió , que la castigase; y él , despues que obedeciendo á su madre, y cuidando del buen orden, y concordia de los suyos , reprimió à dichas criadas con el merecido castigo , dixo la tal suegra á todos los de casa , que lo mismo pasaria á qualquiera , que le fuese à murmurar la mas leve accion de su nuera ; con que tratando todas de reprimirse, vivieron de alli adelante con una admirable suavidad de benevolencia. Este gran beneficio , y dadiva havias tú concedido, Dios , y Señor mio , á aquella Esclava tuya, en cuyas entrañas me criaste , misericordia mia , que con su paz , entre qualesquiera

animos discordes , introducía la union; siendo su prudencia tanta, que oyendo de una, y otra parte palabras amarguisimas , quales suelen proceder de una indignacion hinchada, y soberbia, quando la crueldad de los aborrecimientos se desenconan entre las amigas , estando la enemiga ausente , con coloquios enojosos, nada ofensivo descubria Monica, ni á una , ni à otra de las encontradas, sino solamente les decia aquello , que podia reconciliarlas. Este dón grande tuyo me pareceria pequeño , si no experimentase triste tantas tropas de pecadores , que inficionados de la horrenda peste , que ha cundido tanto en el mundo , no solo trahen , y llevan de un enemigo à otro lo que han oido decir en realidad el uno contra el otro , enojados , sino que añaden lo que no

han dicho. Quando al contrario , lo mas racional , y conforme á un animo humano, es, no irritar mas, ni enconar los corazones con venenosas lenguas, sino el procurar con buenas palabras el apagar los rencores, como lo executaba aquella madre mia, siendo tú el Maestro íntimo , que la alicionabas en lo interior de su pecho. Finalmente, Dios, y Señor, ella logró para tí á su marido en el extremo de su temporal vida , y no lloró en él , viendole ya Fiel, lo que antes , siendo Infiel, havia tolerado. Era tambien Monica sierva de tus siervos ; y qualquiera de ellos , que la conocia, te alabó , Señor mucho en ella, te honraba , y amaba por sus virtudes, ó porque sentia tu presencia en su corazon , siendo testigos los frutos de su santa conversacion , y palabras. Fue muger

190 *Confesiones de S. Augustin.*
de un solo varon ; muy obedien-
te à sus padres ; en su casa muy
piadosa , y sus buenas obras da-
ban testimonio de la bondad de
su alma. Educó en virtud á sus
hijos , padeciendo nuevamente tan-
tos dolores de parto , quantas ve-
ces veía , que se apartaban de tu
temor santo. Y ultimamente , á
todos nosotros , Señor , quantos
hablamos , por favor tuyo , sier-
vos tuyos , que antes de su muer-
te viviamos compañeros , recibi-
da la gracia de tu Sagrado Bau-
tismo , de todos cuidó , como
si todos fuesemos hijos suyos , y
á todos sirvió , como si fuese hi-
ja de cada uno.

CAPITULO X.

*Del coloquio , que Augustino tuvo
con su madre del Reyno de
los Cielos.*

A Cercandose ya el dia en que mi madre Monica havia de salir de esta vida (dia, Señor, que sabias tú, é ignorabamos nosotros) sucedió, segun creo, que , disponiendolo tu providencia por admirables modos, quedamos ella, y yo solos, recostados sobre una ventana , desde la qual se registraba un huerto dentro de la casa, donde estabamos hospedados en Hostia-Tyberina ; y alli, apartados del concurso, descansando un poco de las molestias de nuestro largo viage , nos preveniamos para navegar al Africa. Hablábamos , pues , los dos en esta soledad con grande dulzura ; y olvi-

dando todo lo pasado, dilatandonos á solo lo presente, buscabamos entre nosotros la verdad, que ya veíamos, que eres tú, Dios, y Señor, y cómo sería la vida eterna, que gozan los Santos; gloria, que ni cabe en los ojos, ni en los humanos oídos, ni el corazon es capáz de percibirla. Anhelabamos con los labios del pecho enamorado, y sediento á los manantiales de tu Fuente vital, Fuente propriamente, que dá la vida, que està en tí mismo, de donde rociados, segun nuestra capacidad, del modo que pudiesemos, discurriesemos, qué tanta sería aquella gloria, quán grande. Y reduciendose nuestra platica á aquel fin, que era decir, que respecto de aquellos eternos gozos, no eran comparables, ni dignos de venir á la memoria quantos recreos, y deleytes pueden caber en los senti-

ti-

tidos corporeos , elevandonos con afecto mas ardiente al objeto en que pensabamos, fuimos pasando de grado en grado todas estas criaturas visibles , hasta llegar al Cielo, donde resplandecen el Sol, la Luna , y los Astros , iluminando la tierra; y aun subimos hasta tí con el interior , y con las palabras , diciendo de tí , y admirando tus obras. Tratamos de nuestras almas; y bolando mas arriba , tocamos en la religion de aquellas abundancias indeficientes , donde apacientas eternamente , con el pasto de tu verdad , à aquellos que te vén el rostro , donde la vida es sabiduría , por quien se hacen todas estas cosas presentes , y las que antes fueron , y las que han de ser , no siendo ella hecha, sino siendo eterna , como fué , es, y será por los siglos de los siglos, no haviendo en ella sucesion de

tiempos, pues su sér siempre es eterno , y lo que fué, y será , yá se vé, que es dependiente del tiempo ; y no se puede decir que logra eternidades perpetuas. Mientras hablabamos , pues , y anhelabamos à esta gloria , tocamos con todo el golpe del corazon un poco de estos deleytes , y suspirando , dexamos atadas alli las primicias de nuestro espiritu, y pasamos al ruido de nuestra boca , donde la palabra tiene su fin , y principio. Pero qué palabra puede ser semejante á tí , Palabra Eterna , Dios , y Señor nuestro, sin principio , ni fin , que siempre subsistes , y permaneces en tí, sin vejéz alguna , renovando todas las cosas ? Deciamos, pues : Si huviese alguna alma tan dichosa , que no le hiciese ruido el cuerpo , ni estorvasen su quietud interior estruendos de tierra , bramidos del

mar, ráfagas del viento, el rechin-
nar de los Polos, ni aun locuciones
vanas del alma misma, sino que lo-
grase un reposado silencio, libre de
imaginaciones, de sueños, y visiones
imaginarias, callando toda la lengua,
y toda señal, con quanto es transi-
torio, y puede hablarla, oyendo ella
solamente lo que le dicen todas las
criaturas: *No nos hicimos nosotras,
que nos fabricó el que permanece eter-
namente*: Si dicho esto, callasen to-
das, porque levantaron el oído à
aquel que las hizo, y hablase so-
lo por sí, para oír su Verbo, no
por carnal lengua, ni por voz
de algun Angel, ni por ruido de
nubes, ni por algun simil enig-
matico, sino él mismo, él por sí,
aquel á quien amamos; si le oye-
semos independiente de criaturas,
como ahora los dos, madre, y
señora, nos hemos dilatado, y

con un velóz pensamiento hemos tocado la Eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas, continuandose esto, y apartandose todo otro genero de visiones muy desiguales á lo sucedido; si esto solo arrebatase, embebiese, y interiorase en los gozos del alma á aquel á quien espera gozar eternamente, siendo asi la interminable vida, como ha sido este momento de inteligencia á que hemos suspirado, no es esto, señora propriamente lo que el Señor dice: *Entra en el gozo de tu Señor?* No hay duda. Mas quando será? será quando todos resucitémos? mas no todos hemos de ser mudados. Tales eran nuestros coloquios; y si no con las palabras que llevo dichas, tú sabes, Señor, que aquel dia, hablando sobre la materia propuesta, mientras tal punto tratabamos, este mundo se

nos hacia vil con sus deleytes , y vanidades ; y entonces me dixo mi madre : Hijo en quanto á mí pertenece , nada en esta vida me gusta , porque estoy aquí ; y para qué fin me mantiene aquí Dios , lo ignoro , acabada yá quanta esperanza podia tener en este siglo. Una sola cosa era la que me movia á desear vivir , y era el verte Christiano Catholico antes que llegase mi muerte : mi Dios me lo ha concedido con mas colmo , pues no solo te veo Catholico Christiano , sino siervo de Dios , y despreciador de las felicidades terrenas : pues para qué me detengo ?

CAPITULO XI.

Del éxtasis , y muerte de Monica.

NO me acuerdo suficientemente , Señor , de lo que res-

pondí á las palabras ultimas de mi madre. Mas en este tiempo , dentro de cinco dias , ó poco despues, cayó en el lecho con unas calenturas ; y durante la enfermedad, padeció un delirio, ó éxtasis , abstrahida de los objetos visibles. Concurrimos todos á este accidente; pero bolvió luego á sus sentidos , y nos miró á mi hermano , y á mí , que la asistiamos ; y como preguntando , nos dixo : Adónde estaba yo? y atendiendo á que la tristeza nos tenia atonitos , nos dixo : Aqui pondreis en la sepultura el cuerpo de vuestra madre. Yo callaba , y reprimia el llanto; mas mi hermano la dixo : Yo deseo , señora , que no en tierra estraña , sino en vuestra patria misma, sea vuestra sepultura. Mas ella, con rostro ansioso , mirandole con ojos de reprehension por semejante deseo , bolviendo ácia mí la

vista, me dixo : Repara en lo que éste dice ; y hablando con ambos , repitió : Poned mi cuerpo en qualquiera parte , y de su tûmulo no os perturbe el menor cuidado ; solamente os pido , que en todo lugar donde os halleis , ante el Altar del Señor, os acordeis de mi alma ; y haviendonos dicho esto del modo que le permitieron sus pocas fuerzas , calló ; y agravandose la enfermedad , la iba mas , y mas maltratando. Mas yo pensando en tus dones , Dios mio inexcrutable , los quales comunicas à los corazones de tus Fieles, de donde proceden admirables aprovechamientos , me regocijaba, y te daba gracias, recorriendo en mi memoria aquel cuidado , y ansia , que ella tenia cerca de su sepulcro , haviendole prevenido cerca del de su marido ; pues como havian vivido en este mun-

do con tal concordia , queria tambien , segun el animo humano , poco , ó nada capáz de los secretos Divinos , tener despues de difunta aquella felicidad , de que una misma tierra cubriese los dos cuerpos de marido , y muger , despues que se acabase su navegacion , y huviese llegado á su patria. Quando , llena ella de la plenitud de tu bondad , desechó de su corazon este vano deseo , yo no lo sé : solo me alegraba , y admiraba de verla , con tal desengaño ; bien que en aquella plastica , que á la ventana tuvimos , quando dixo : Para qué me detengo en esta vida ? discurri , que yá no deseaba morir en su propria patria.. Supe despues , que en cierto coloquio que tuvo , estando en Ostia , con algunos amigos mios , con la maternal confianza , (estando yo ausente) hablando del

VI

desprecio de esta vida, y de la bondad de la muerte, admirados ellos de la virtud que havias dado à una muger, y preguntandola, si no sentia el que fuese sepultado su cuerpo tan lexos de su misma Ciudad? havia respondido, que para Dios no havia lugar distante; y que así, estaba muy segura de que para resucitarla en el fin del mundo, no se olvidaria el Señor del sitio donde estuviese su cuerpo depositado. En fin, Señor, aquella alma religiosa, y piadosa salió de su cuerpo el dia nono de su enfermedad, à los cinquenta y seis años de su vida, y à los treinta y tres que me havia dado à la luz pública de este mundo.

CAPITULO XII.

De lo que lloró Augustino la muerte de su santa madre.

CErró sus ojos; y al mismo tiempo se introduxo à mi corazon una intolerable tristeza, la qual me movia à lagrimas; mas reprimiendo aquel ímpetu natural el imperio del alma, revocaba el llanto, para que no prorrumpiese el exterior, sino que se viesen secos mis ojos; mas esta lucha me maltrataba demasiado. Mas el muchacho Adeodato, apenas vió muerta à su abuela, quando comenzó à llorar à gritos; mas calló, mandándole todos nosotros el que se refrenase. Del mismo modo mi puerilidad, inclinada al llanto, reprimida á las voces alentadas del corazon, se corregia, y callaba; porque juzgábamos,

con razon, que aquella muerte no era digna de lagrimas, ni gemidos, quando solos deben ser llorados aquellos, que mueren para Dios, y para el mundo; mas mi madre, ni murió miseramente, ni moria del todo; pues asi lo creíamos por sus costumbres, y su fé verdadera: razones ciertas, y seguras para presumir el que se havia salvado. Qué era, pues, Señor, aquello, cuyo dolor tanto me oprimia? sino aquella herida reciente, que me havia hecho en el corazon, el ver que me faltaba repentinamente una madre tan dulce, y tan amada mia, estando yo acostumbrado à vivir en su compañía? Tenia algun consuelo, y me complacia de que me havia dicho en su ultima enfermedad, lisonjeando mis obsequios, el que havia sido con ella hijo piadoso, y que jamás havia oído de mi bo-

ca palabra que le injuriase. (gran señal, Señor, del amor grande que me tenia) Pero mi Dios, ó tú, que nos hiciste, qué comparacion pudo haver entre lo que yo le debí à ella, à la honra que pude darla, fuese la mayor que fuese? Faltabame, pues, aquel gran consuelo, enfermaba mi alma, y se destrozaba mi vida, siendo una la mia, y la suya. Reprimido, pues, el llanto pueril, abrió Evodio el Salterio, y comenzó á cantar el Salmo, que dice: Cantaréte, Señor, la misericordia, y juicio, y respondiendo toda la casa. Oída la muerte de mi madre, concurrieron muchos hermanos, y mugeres religiosas; y cuidando, segun costumbre aquellas personas à quienes pertenecia el amortaljar el cuerpo, yo con algunos, á quienes pareció, que no era razon el dexarme solo en un lugar re-

tirado , disputaba con ellos algunas cuestiones del caso ; y con aquel fomento de la verdad , mitigaba en parte el dolor , que tú solo , Señor , sabias , ignorandole los que me escuchaban con atencion , y creyendo que yo no padecia pena alguna. Mas yo en tus oídos , donde no lo entendian ellos , reprehendia la blandura de mi afecto , y estrechaba el ímpetu de mi tristeza , con que se templaba un poco ; mas luego se dexaba arrastrar de su grave impulso , no hasta el llanto , ni mudanza de rostro , mas sabiendo yo muy bien lo que al corazon oprimia. Y por quanto me desagradaba mucho el que pudiesen tanto en mí estos afectos humanos , que por el natural orden , y suerte de nuestra naturaleza , es necesario que nos sucedan , con otro mas alto dolor me dolia del

dolor mio; con que dos tristezas me molestaban à un tiempo. Llevóse, pues, el cuerpo al sepulcro, y no lloramos, ni à la ida, ni á la venida: pues ni en aquellas oraciones, que te hizimos mientras se ofrecia por ella el sacrificio de nuestro rescate, yá puesto el cadaver junto á la sepultura, antes de echarle tierra, como es costumbre, ni en el Oficio de sepultura, vertí una lagrima; pero todo aquel dia mi corazon estaba oprimido de una pesada tristeza, y con el alma turbada, te suplicaba, Señor, que sanases el dolor mio; y creo que no lo hacías, por fixar en mi memoria, con solo este documento, cuánta eficácia trae consigo la estrechez de una costumbre, aun contra una alma, que yá no vive de las mentiras. Parecióme bien el ir á labarme en un baño, porque ha-

via oído decir, que el baño en Griego se llama quita pesares, porque los arroja del alma. (1) Esto te confieso á tu misericordia, Padre de los huérfanos, que me bañé; pero quedé del mismo modo, que si no me hubiese bañado, pues no salió de mi corazón aquella tristeza amarga. Dormí después, y me desvelé, y hallé mi dolor un poco templado; y como estaba en la cama solo, se me vinieron á la memoria unos versos verdaderos del Obispo Ambrosio, que decían:

*Dios, Criador de todo,
Que gobiernas el Cielo,
Vistiendo el día con la luz hermosa,
Dando á la noche, por tu gracia el
sueño,
Para que del cansancio reparados,
Buelvan á trabajar los lasos miembros,*

(1) Balanion.

208 *Confesiones de S. Augstin.*

*Aliviando las almas fatigadas,
Y templando la angustia sus lamentos.*
De aqui , poco à poco se me venia á la imaginacion aquella sierva tuya , su conversacion piadosa , y santa en orden á tí , Dios , y Señor mio ; y en orden à nosotros suave , y templada , y que todo esto me havia faltado ya ; con que fue preciso el llorar de ella , y por ella , de mi , y por mi en tu presencia ; con que soltando todo aquel llanto , que tennia reprimido , dexé llorar á mis ojos quanto ellos quisieron , y bañando mi corazon con tan copiosas lagrimas , descansó en ellas , porque tus oídos estaban alli , no los de hombre alguno vano , y soberbio , que interpretase á disonancia mi llanto. Ahora , Señor , lo escribo aquí , confesandome á tu presencia ; lealo el que
qui-

quisiere, y interpretelo á su antojo; y si halláre, que fue delito en mí el llorar la muerte de mi madre la poca parte de una hora, una madre ya difunta, una madre à quien costé la-
grimastan repetidas por espacio de muchos años , para que yo viviese, mi Dios, alagrado tuyo , no haga burla de mi sentimiento; antes, si es grande su caridad, llore por mis culpas ante tí , ó Eterno Dios, Padre de todos los hermanos de Christo , tu precioso Hijo.

CAPITULO XIII.

En que hace Augustino oracion por su madre difunta.

YO , pues , sano ya el corazon de aquella herida , en que podia reprehenderse el carnal afecto , derramo ante tí , Dios nuestro , otro genero de lagrimas muy

diferente (por aquella sierva tuya) reconociendo, y considerando cuánto peligro lleva á la otra vida qualquier alma, que contrajo el original delito; aunque es verdad, que Monica, vivificada en Christo por el Bautismo, mientras vivió procedió de suerte, que de sus virtudes es digno de alabanza tu Santo Nombre, por su fé, y buenas costumbres; y aun con todo eso, no me atreveré á decir, que despues de bautizada no interrumpió la gracia del Divino Espiritu, á lo menos con alguna palabra contra precepto tuyo; pues la misma Verdad por esencia, tu Hijo Jesus, dixo: *Que si alguno llamase necio á su hermano se haria reo de las infernales llamas*; y hay de la vida mas loable de los hombres, si la llegas á juzgar, apartando tu infinita misericordia! Mas como por

tu piedad no miras con todo rigor nuestras faltas, por eso confiadamente esperamos hallar en tí algun lugar al perdon de nuestras culpas; pues quando alguno llegue à numerar sus meritos, qué contará, sino solo dadivas tuyas? O! si acabasen de conocerse los hombres! Y si tienen alguna gloria en lo bien obrado, atribuyan á Dios la gloria. Y así yo, Dios de mi corazon, alabanza mia, y vida mia, dexando à parte por un poco de tiempo las buenas obras de mi madre, por las quales te rindo alegre las debidas gracias, ahora te ruego por sus pecados. Oye-me, Dios mio, por la preciosissima Sangre de tu Hijo, derramada en la Cruz para medicina de nuestras llagas, que ahora sentado á tu diestra, es nuestro perpetuo Abogado. Sé, Señor, que fue mi madre misericordiosa; sè, que perdo-

nó de corazon á sus deudores; perdónala, pues, Dios, y Señor, sus deudas, si contrajo algunas en tanto tiempo como vivió despues de ser bautizada. Perdonala , Señor , perdonala, humildemente te ruego; no entres en juicio con ella; venza tu misericordia á tu juicio, porque no puede faltar la verdad en lo que prometes, y tú has ofrecido misericordia à los misericordiosos ; virtud , que tú les diste , teniendo piedad de aquellos con quienes la usares , y dando la clemencia tuya á aquellos con quienes fueres clemente. Creo , mi Dios, que ya habrás hecho lo que te pido ; pero aprueba , Señor estas palabras de mi boca , en que se explica mi afecto ; porque mi madre , viendo que se le acababa la vida , no cuidó de entierro sumptuoso , ni de que su cuerpo se embalsamase , ni codició sepul-

cro sumptuoso , ni que la llevasen á sepultar en su patria. Nada de esto nos encomendó, sino su deseo, que fue el que nos acordasemos de ella en tus Altares sagrados, á quienes no hubo dia en que no sirviese, porque sabia , que alli se ofrecia aquella Víctima Santa , con cuya Sangre se borró la Escritura , que teniamos contra nosotros en poder de Satanás , quedando vencido aquel capital enemigo nuestro, que apunta nuestros pecados , buscando con que poder darnos en rostro, y no habiendo hallado el mas leve defecto en aquel por quien le pisamos. O! quién tuviera una sangre inocente , que poder verter en recompensa ! O! quién pudiera ser capáz de pagarle el precio con que nos redimió, y quitó de la potestad diabolica ! Al Sacramento, pues, de este precio ató su alma aquella

sierva tuya con el lazo de la Fé. Nadie, pues, le rompa para apartarla del amparo tuyo: no se entrometa el Leon, ni con su fuerza, ni con sus asechanzas, ni el Dragon sañado con sus argumentos; porque ella no podrá responder, que nada debe, para no ser convencida, y redarguida del acusador astuto; mas sola será su respuesta, que le perdonó sus deudas aquel á quien nadie podrá pagar lo que pagó por nosotros, no siendo suya la deuda. Descanse, pues, en paz con su marido, con quien fue unicamente casada, y á quien sirvió siendo para tí sus frutos, con tal paciencia, que le ganó tambien para tí. Y inspira (Dios, y Señor mio) inspira á tus siervos, mis hermanos, hijos tuyos, y señores míos, à quienes sirvo con la voz, con el corazon, y con los escritos; que quantos leye-

ren esto, se acuerden en tus Altares de Monica, tu sierva, y de Patricio, que fue esposo, por cuya carne me introduxiste á esta vida. Cómo, no lo sé. Hagan memoria de mis padres en esta luz transitoria, y de mis hermanos, debaxo de tí, ó Eterno Padre, en la Santa Madre Iglesia Catolica; y no olviden à mis Ciudadanos en la Eterna Jerusalén, á quien suspira la peregrinacion del Pueblo tuyo, desde el nacimiento, hasta la muerte, para que aquello ultimo que ella me pidió en su agonía, lo consiga con abundancia por las oraciones de muchos, como por mis Confesiones, y peticiones humildes.

CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

LIBRO DECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Confesion del Corazon.


 Onozcate yo ; Cono-
 cedor mio : conoz-
 cate yo , como tú á
 mi me conoces : Vir-
 tud de mi alma , en-
 tra en ella , y hazla capáz , y
 proporcionada para tí , para que
 la tengas , y poseas sin la menor
 mancha ni ruga. Esta es mi es-
 peranza , y por eso hablo , y me

gozo en tal esperanza , siendo esta alegría sana , quando á la verdad, las demás cosas de esta vida, tanto deben llorarse menos , quanto se lloran mas ; y tanto mas son dignas de llanto , quanto menos se llora en ellas. Veo, Señor, que tú amaste la verdad ; pues el que la executa , ese es el que tiene luz ; y así , quiero hacerla delante de tí , confesandome de todo corazón , y escribir mis maldades delante de muchos testigos.

CAPITULO II.

Que para Dios nada ha de haver oculto.

Aunque yo , Señor , no quisiese confesarme delante de tí , que havria secreto en mí , que se ocultase á tus ojos , á cuya vista està patente el abys-

mo de toda humana conciencia? Si tal hiciese , te escondiera para mí; pero para tí, fuera imposible esconderme. Ahora pues, que mi gemido dá testimonio de quán desagradado estoy de mí mismo , tú resplandesces, tú me agradas, yo te amo , y te deseo , para avergonzarme de mí, y despreciarme á mí, y elegirte á tí, y ni á tí, ni á mí me agrada , sino solamente en tí, y por tí mismo. De qualquier modo , Señor , que soy yo , estoy manifesto à tí , y ya he dicho con que utilidad te confieso mis delitos ; porque no hago estas Confesiones con palabras, ni con voces carnales , sino con voces del alma, y gritos muy interiores , los quales tus oídos escuchan , pues siendo yo malo , no es otra cosa confesar mis maldades , que desagradarme de mí mismo ; y si soy bueno , el confesar-

me, nada es mas, que no atribuirme á mi bondad, porque de tu bendicion viene lo justo, quando tú primero justificas al pecador, que te tenia ofendido. Y asi, Dios mio, mi Confesion en tu presencia es tácita, y es expresa : tácita, porque no hace exterior ruido : expresa porque dà voces con el afecto ; y nada digo rectamente á los hombres, que tú no lo hayas oído antes; ni tu Señor, oirás de mí cosa, que tú no me hayas piadosamente dictado.

CAPITULO III.

Para qué conduce la confesion de los males.

Y Qué tengo yo con los hombres, para que oygan mis Confesiones? como si ellos huviesen de sanar mis enfermedades? Quando son ellos muy curiosos

en averiguar las vidas ajenas, y muy perezosos para corregir sus conciencias propias? Para qué será el buscar ellos lo que yo soy, quando no quieren oír de tí lo que son ellos? Y de dónde pueden saber, quando oyen lo que yo de mí les digo, si hablo verdad en lo que confieso? quando ningun hombre puede penetrar el interior ageno, y solo lo sabe el alma del mismo hombre. Mas si tú, Señor, les dices lo que ellos son, en verdad, que no podrán decir, que el Señor se engaña: pues qué es decirles tú lo que son, sino obligarlos à su proprio conocimiento? Pues si alguno conoce, que es verdad lo que tú le dices, y con todo eso el tal hombre se atreve à decir, que es falso, bien se conocerá que miente. Mas porque la caridad todo lo cree entre aquellos que tiene unidos, yo

tambien, Señor, me confieso á tí, para que lo oygan los hombres, que no pudiendo yo manifestarles si es verdad lo que confieso, lo creen por caridad, siendo ésta la que les abre el oído. Mas tú, Medico íntimo mio, dime claro; con qué fruto hago yo estas Confesiones? Pues quando se oygan, y se lean mis pecados, que tú perdonaste ; y cubriste, para beatificarme en tí, mudando mi alma con tu Fé, y tu Sacro Bautismo, excitarán el corazon, para que no duerma en la desesperacion, y diga: no puedo; antes véle en el amor de tu infinita misericordia, y en la dulzura de tu gracia, que es poderosa para sanar á qualquiera enfermo, que por ella misma conozca el achaque de que adolece; y no puede dexar de servir de gusto à los buenos el oír, que los

malos desecharon ya sus dolencias; siendo su deleyte, no el que haya males, sino que los hubo, y ya se ausentaron: pues que fruto mas seguro puede sacar la conciencia mia, que cada dia se confiesa à tí, que el verse inocente, por la esperanza de tu infinita clemencia? Dios, y Señor mio, dime te ruego, con qué fruto para los hombres me confieso por estas letras, delante de tí, diciendo ahora lo que soy, y no lo que fui? porque aquella utilidad ya la ví, y la traje à la memoria: pero muchos, aun ahora desean saber, haviendome conocido antes, cómo soy; y muchos tambien, que no me conocieron, mas que por algunas noticias, que les dieron de mí, desean saber lo mismo; pero ellos dentro de mi corazon, donde yo soy, lo que soy no pueden llegar á entenderlo;

con que quieren por mis Confesiones saber mi interior , quando alli, ni sus ojos, ni sus oídos, ni su entendimiento tienen jurisdiccion alguna; con que me creerán, no me conocerán; porque la caridad les dice, siendo ellos buenos , que no miento en lo que confieso , y la misma caridad es la que á mí me acredita.

CAPITULO IV.

En que declara los frutos de las Confesiones.

MAS qué fruto sacaràn de saber lo que confieso ? querràn , por ventura , darme la enhorabuena de que me reduxe á tí, Señor , por tu gracia ? y rogar por mí , quando oyeren , quàn to tardé en acercarme á tí por el peso de mis culpas ? De buena gana manifestaré mis delitos á estos ta-

les ; porque no es corta utilidad, Señor , y Dios mio , que muchos te rindan gracias por mí , y que tambien ruegen por mi alma. Ame en mí mi hermano lo que enseñas tú, que en el proximo se ame, y duela-se en mí, por lo que tu mandas, que cause sentimiento:practíque esta doctrina el alma de mi hermano , no la del extraño , no la de los hijos agenos , cuya boca se emplea solo en hablar vanidades , y cuya diestra está diestra en executar obras malas ; sino aquel amor fraternal, que quando aprueba en mí lo bien hecho , se goza de que te sirva; y quando vé lo contrario en mí, se contrista de mi perdicion : pues, ó yá apruebe , ó yá repruebe mis obras , da señas de que me ama. Descubriré , pues , mi pecho á estos tales , para que respiren en mi salud , y suspiren en mis enfermeda-

dades. Mis bienes , Señor , institutos son , y dadivas de tu mano ; mis males , delitos son míos , y justos juicios tuyos. Respiren , pues , en mis bienes , y suspiren en mis males ; y así los canticos de alabanza , como los llantos vertidos , asciendan á tu presencia de los amantes corazones , como de incensarios tuyos , que te embian sus fragancias. Y tú , mi Dios , agradado con el buen olor de tu Templo Santo , tén misericordia de mí , según tu grande misericordia ; y por tu Nombre Santísimo te pido rendidamente , que no desampares esta obra , que he comenzado , y que consumas , y borres todas las imperfecciones mías. Este es el fruto de mis Confesiones , no como he sido sino como soy , para confesar , no solo delante de tí , con una oculta alegría , mezclada con miedo , tris-

teza , y esperanza del corazon, sino tambien delante de los hijos de los hombres , compañeros de mi gozo, y mortales, como yo no lo soy, Ciudadanos míos , y que andan peregrinando, como yo , en este mundo , asi presentes , como venideros , y que me acompañan en esta vida. Estos, Señor , son mis hermanos , y siervos tuyos , á quienes adoptaste por hijos , y son mis señores , á quienes me mandaste, que sirviese , si quiero vivir contigo con la vida que me permites. Mandasteme los sirviese ; y no cumpliera con tu precepto , si su obsequio se quedase en palabras , y no les diese el exemplo de mis buenas obras. Sirvo , pues, Señor, enseñando, y haciendo ; y aunque debo de tus alas, con demasiado peligro: porque sabes mi grande fragilidad, y sola tu proteccion es la que man-

tiene mi espíritu. Pequeño soy; pero siempre vive mi Padre, y mi Tutor es para mí quanto necesito: pues él es el mismo que me crió, y que me ampara, y este eres tú, Dios, y Señor, y todos los bienes míos. Tú el Omnipotente, que me asistes, y no me dexaste, aun antes de estar yo contigo. Descubriré, pues; aquellos de quienes me mandas, que sea siervo, no qual fui, sino qual soy ahora, y qual deseo ser, suponiendo, que no soy el Juez de mí mismo; y en este supuesto, escuchen.

CAPITULO. V.

Como el hombre solo conoce á Dios confusamente, y á sí mismo no se conoce del todo.

TU, Señor, eres el que me disciernes con penetrante sa-

biduría : pues quando ninguno de los hombres sabe el interior ageno, sino sola el alma propria , aun esta alma misma no penetra todo su interior ; y tú solo , Señor , lo sabes, como quien llegó á criarla ; y yo, aunque respecto de tu presencia me desprecie , considerandome tierra , y ceniza , con todo eso sé algo de tí, lo qual de mí totalmente ignoro : y ciertamente ahora vémos, como en un espejo , ó enigma, tus perfecciones , y no rostro á rostro, como esperamos verte en la Bienaventuranza ; y por esto , mientras ando peregrinando sin gozar tu rostro , mas presente estoy á mí , que á ti ; mas con todo eso , sé muy bien, que tú de ningún modo puedes ser violentado ; pero yo no sé , ni á que tentaciones puedo resistir , ni quales pueden vencerme. Mas tú eres nuestra esperan-

za , porque eres fiel , y no consientes , que seamos tentados sobre todas nuestras fuerzas, y con la misma tentacion dás el buen fin , para que podamos sufrirla. Confesaré, pues , lo que sé de mí , y confesaré lo que de mí ignoro : pues lo que sé de mí , es porque tú me das luz para saberlo; y lo que no sé, dura hasta que las tinieblas, y obscuridades de mi conciencia se hagan dia claro con la ilustracion de tu rostro.

CAPITULO VI.

Qué cosa sea Dios , y cómo es conocido.

SEñor , yo te amo ; heriste mi corazon con tu palabra , y entreguete mi amor ; Cielo tierra , y quanto hay en ellos , por todas partes me están diciendo, que te ame ; y no solo á mí , si-

no á todos , no cesan de estarselo predicando , para que no tengan excusa en cumplir una obligacion tan grande. Mas tú, mas altamente tendrás misericordia de los que fueren objetos de piedad , usando con ellos de tu clemencia : pues de otra suerte , Cielo , y Tierra , por mas que clamen tus alabanzas , hablarán á sordos , que no lo entienden. Mas qué es lo que yo amo quando te amo? No la hermosura de un cuerpo ; no un bien temporal ; no el candor ilustre de la luz tan imaginable á los ojos corporales ; no las suaves melodías de una musica concertada ; no la fragancia de las flores , ni de confecciones aromaticas ; no el dulce maná , ni la miel suave ; no una proporcion de miembros corporeos , que puedan abrazar con gusto los carnales brazos. Nada de esto amo,

quando amo al Dios mio; y con todo eso , lo amo todo con mas divina eminencia, porque amo cierta luz, cierta voz, cierto olor, cierta comida, cierto objeto digno de ser abrazado, siendo mi Dios amado luz, voz, fragancia, alimento, y abrazo estrecho del alma, y corazon mio, donde resplandece, á mi interior, el que no cabe en lugar alguno, y donde resuena lo que no puede robar el tiempo, y donde huele lo que no esparce el viento, y donde sabe lo que no puede consumir la hambre, uniendose de suerte, que el mas activo calor no puede disiparle. Esto es lo que amo, quando amo á mi Dios. Pero qué es esto? Preguntéselo á la letra, y dixo: No soy yo ese; y lo mismo confiesa quanto en mí se halla. Pregunté al mar, á los abysmos; y á quantos ani-

males viven ellos, y me dixerón: No somos tu Dios; y así, pregunta á lo que esta mas arriba de nosotros. Pregunté á los vientos, y respondió todo el ayre con su ligera volatería: Anaximenes se engaña, en decir, que en mí hay Deidad, porque no soy yo el Dios tuyo. Pregunté al Cielo, al Sol, á la Luna, á las Estrellas, y me dixerón: No somos tu Dios. Pregunté, en fin, á quantas criaturas están fuera de mí, y les dixe: Pues supongo que no sois mi Dios, decidme algo de este Señor Supremo; y levantando todas la voz, dixerón unánimes, y conformes: Ese es nuestro Criador. Mi pregunta era mi intencion, y su respuesta lo mismo que veía yo en ellas: pues quién, sino mi Dios Omnipotentísimo, podia haver hecho tantas hermosuras diversas? Bolvíme,

pues , á mí mismo , y preguntéme: Quién soy yo? à que respondí: Soy un hombre; aqui están mi cuerpo, y mi alma , uno exterior , y otro interior: por qualquiera de estas dos porciones debí preguntar por mi Dios, quando ya havia preguntado por el cuerpo, estendiendo los ojos, desde la tierra hasta el Cielo, hasta donde pudo llegar la virtud visual de ellos. Mas mejor pude hacer la pregunta por parte del alma : pues à èsta que preside el cuerpo, y juzga de todos los objetos exteriores , todos los avisos corporales le decian, quando respondian Cielo, y tierra, y quanto está en ellos: No somos Dios , sino criaturas tuyas, y él es quien nos hizo ; y así , el hombre interior es quien conoce esto por el exterior, que es su ministro , y yo interiormente conocí esto ; yo , y mi alma

por los exteriores sentidos. Pregunté tambien á la gran máquina del mundo de mi Dios , y respondiíme: No soy yo , que solo soy obra suya. Esto no lo vén claramente quantos tienen enteros, y perfectos sus sentidos? pues cómo no habla con todos? Quantas especies hay de brutos, todas ven esta hermosura del Universo ; mas no pueden preguntar por su Dios : porque aunque tienen sentidos , les falta el juicio , y discurso ; mas los hombres , á quienes asiste el uso de la razon , pueden preguntar , para conocer lo invisible de mi Dios, por estas obras visibles ; pero se enamoran de ellas, y siendo ciegos subditos de su amor , no pueden juzgar de colores ; y estas hermosuras aparentes no responden á los que preguntan solamente , sino à los que preguntan , y pueden hacer jui-

cio; ni mudan su voz, que es su belleza ; pero unos se contentan con verlas solamente, y otros viendolas, preguntan: con que siendo unas mismas en la apariencia para todos, con los que preguntan hablan , con los que pàran solo en su embeleso, son mudas. Pero lo cierto es, que con todos hablan ; mas solo perciben sus voces los que las entienden, para conferir la voz exterior con la verdad interior del alma ; porque la verdad me dice : No es tu Dios el Cielo , ni la tierra , ni cosa alguna corporea ; esto publica su misma naturaleza. Y si no, atiende : La cantidad es menor en su parte, que en su todo; pues tú , ó alma , (contigo hablo) mejor eres que tu cuerpo ; porque tú mantienes toda su cantidad, dandole vida , lo qual no puede hacer cuerpo alguno ; pues saca

236 *Confesiones de S. Augustin.*
ahora la consecuencia : Dios te dá
la vida á tí : luego ese Señor es
precisamente incorporeo.

CAPITULO VII.

*Que no hay virtud alguna corporea
con que pueda hallarse á Dios.*

QUÉ es, pues, lo que amo yo,
quando amo á mi Dios? Quién
es el que pongo yo sobre la ca-
beza de mi alma? por ella misma hare
escala para ascender à él. Pasaré to-
da la virtud corporea, con que el
aliento vital llena su organizacion;
mas en verdad, que con esta virtud
no hallo á mi Dios; porque si fuer-
zas materiales fuesen suficientes á
poder hallarle, tambien le hallarian
los brutos, que no tienen enten-
dimiento, pues tambien tienen
virtud animal corporea. Hay otra
virtud vital sensitiva, con que no

solo respiro, sino que siento, y esta me la dió el Señor, comunicando su oficio diferente à cada sentido del cuerpo: pues los ojos vén y no oyen; los oídos oyen ; y no vén , y todo esto es mediante el alma: mas tampoco con los sentidos se halla á Dios; con que es necesario dexarlos tambien , pues los brutos tienen sensibilidad , y con todo eso no son capázes de hallar á aquel Señor Soberano.

CAPITULO VIII.

De la virtud , y eficácia de la memoria.

PAsaré , pues , toda esta fuerza de mi naturaleza en quanto á lo material , y por grados iré subiendo à mi Criador; con que es preciso introducirme á los campos espaciosos , y al palacio dila-

tado, y rico de mi memoria, donde se hallan los thesoros de innumerables imagenes, copias propriamente introducidas al interior de estos objetos, que exteriormente tratamos. Alli està escondido, y guardado todo quanto pasa en el pensamiento, ya añadiendo, y ya quitando, ú de qualquier modo variando lo que los sentidos tocan, y no se ha entregado al olvido, porque se fió de la memoria, para que cuidase de retenerlo, y guardarlo en fiel deposito. Estando, pues, dentro de este palacio, pido, que se me represente lo que se me antoja, y unas imagenes salen luego, y otras mas tarde; porque están en aposentos mas lejanos, y mas ocultos, que han menester tiempo para sacarse. Alhajas hay, que salen amontonadas, y no pidiéndose éstas, salen al paso, como di-

ciendo: Somos nosotras las que buscas? con que es preciso con la mano del corazon apartarlas , y reñir su entrometimiento, à vista de la recordacion , mientras sale á luz , y se acuerda lo que se pretende. Especies hay , que con facilidad , y sin perturbacion se ofrecen luego; y á vista de éstas, se retiran las otras, hasta el tiempo que yo pretendo que salgan, y entonces las hallo promptas: sucediendo esto propriamente, quando refiero alguna Historia , ó Sermón , que encomendé á la memoria. Esta, pues, es una como arca , donde están con distincion, y orden guardados los objetos todos , que allá fueron introducidos. Alli está la luz , todos los colores, todas las formas corpóreas ; ya entrasen por medio de los ojos , ya por medio de los oídos. Alli están los tonos , que

se oyeron, las fragancias que llegaron al olfato, los sabores que gustó la boca; y en quanto al sentido corporeo, alli se conserva lo que es duro, lo que es suave, lo que es frio, lo que es caliente, lo que es tratable, lo que es aspero, lo que es pesado, lo que es ligero, asi en orden al interior, como al exterior del cuerpo. Todo esto se halla en el gran retiro de la memoria, y lo recibe para recorrerlo quando conviene, ó para olvidarlo quando no importa; y no sé, cierto, qué secretos, y qué inefables son los senos de esta potencia, quando por sus puertas entran diferencias tantas, y se depositan en ella; siendo asi, que no entran en ella las mismas realidades, sino solamente unas imagenes de estos objetos sensibles, y se ofrecen promptas al que quiere traerlas á su pensamiento.

Quién dirà, Señor, quando se vé, que entraron en la memoria por los sentidos corporeos, y que están adentro escondidas, de qué modo pudo hacerse esta fabrica tan recondita? Porque quando yo estoy á obscuras, y en mi silencio, si se me antoja el vér los colores, alli los veo, y diferencia entre lo negro, y lo blanco, y entre otros qualesquiera que quiero. Los sonos, aunque se ofrezcan, no me perturban el silencio, y parece que los oygo. Lo que mis ojos vieron, alli se me representa como si actualmente lo estuviese mirando; y aunque la vista esté separada de tales objetos, si pido que se me pongan delante, alli inmediatamente los logro: si quiero cantar, canto tambien callando la lengua, y estando mi garganta sin movimiento; y no obstante que los tonos, que entra-

ron por los oídos, se estén escuchando, con todo eso, no los perturban, ni interrumpen las imagenes de los colores, que entonces se hallan presentes. De este mismo modo, todas quantas especies entraron por los demás sentidos à engerirse, y juntarse en la memoria, las tengo promptas, quando quiero acordarme de ellas. Sin oler alguna flor, distingo el olor de la azucena del de la violeta. Desfruto el sabor de la miel, y diferencio lo suave de lo aspero, sin que el paladar obre alli, sino solamente la recordacion, por haverlos gustado antes. Todo esto, pues, executo en el gran palacio de mi memoria; porque alli tengo presentes el Cielo, la tierra, el mar, con todo quanto sentí en ellos, menos lo que se me ha olvidado. Alli tambien me hallo, yo presente, y me registro à

mí mismo, acordandome de qué es lo que hice, cuándo, y en qué parte lo executé, fuese yo qual fuese en semejantes acciones. Alli se hallan todas las cosas, que llegué à saber, ó por experiencia, ó por credito. Todas las diversidades de imagenes, que se parecen unas à otras, ò ya las haya yo tocado por experiencia, ó por relacion, quando se me representan, las voy yo enlazando con otras especies, que pasaron ya; y de aquí infiero lo que será despues, ó en sucesos, ò en esperanzas; y todo junto lo estoy meditando, como si lo tuviera delante. Haga yo esto, ò haga aquello, digo acá dentro de mí mismo, en el grande espacio de mi memoria, lleno de tantas, y tan diversas imagenes: Lo que ha de seguirse de esta accion mia, será esto, ó aquello. Mas, ó si fuese lo que yo

deseo! no lo quiera Dios, si se reduce mi deseo à algo prohibido. Esto digo yo interiormente, y al instante mismo salen del thesoro de mi memoria las imagenes de todo aquello, que digo; y nada diria, si faltasen tales representaciones. Dios mio, grande es la eficácia de la memoria humana: grande, Señor, demasiadamente espacioso, é infinito su seno. Quién pudo llegar à su fondo? y esta eficácia tiene mi alma, y pertenece à mi naturaleza, aunque yo no soy capáz de entender todo quanto diste á mi esencia: luego el alma, aún está estrecha para contenerse à sí misma? Pues aun no se entiende adónde habita á sí propria? Está fuera de sí? ó está en sí? si en sí, cómo no se conoce? Mucha admiracion me causa este caso. Tieneme embargado el asombro, y se entretienen los

hombres en admirar las alturas de los montes , las olas impetuosas de los mares , las espaciosas corrientes de los rios , el ambito del Oceano , los gyros de las Estrellas , y no se admiran de sí , llegando á considerarse ; y aun diciendo yo esto , nada veía con mis ojos de todo quanto decia , ni lo diria tampoco , si no hubiese visto antes montes , olas , rios , Estrellas , y el Oceano , que creí representandoseme en los dilatados espacios de mi memoria todas estas imagenes , como si entonces actualmente lo viese todo : pues quando lo ví , lo apuré con mi vista ; ni las realidades suyas están en mí , solo se quedaron sus especies en mi memoria , y conocí , porque en el sentido exterior se me quedaron ímpresas.

CAPITULO IX.

De la memoria de las Ciencias.

MAS no solo la memoria mia contiene todo lo dicho en su capacidad inmensa; sino que aún retiene en sí quanto percibió de las Artes liberales, apartadas allá en un lugar interior, que esta retencion consista en lugares, ni figuras, sino que alli se conserva quanto estudié en su sér mismo; pues sé lo que es Grammatica, lo que es Logica, quantas son las questionnes, y del mismo modo que lo aprendí, así está en mi memoria; no como dexada fuera de la realidad, y conservando interiormente la imagen; ni como sonido, que ya pasó, á modo de la voz, que se imprimió en los oídos, y dexò una como huella para acordarse de ella,

sonando , aun quando no suena ; ni como el olor , que se percibe , y exhala por el viento , dando de-
licia al olfato , y dexando en la memoria una como imagen , pa-
ra acordarse , y repetir tal fra-
gancia ; ni como la comida , que
ya en el estomago no tiene sa-
bor alguno , y con todo eso , en
la memoria se mantiene el sabor
pasado ; ni como lo que sucede
en el tacto , que lo que se tocó
queda en la memoria , si fue aspe-
ro , ó fue suave. Como nada de es-
to se conservan las ciencias en la
memoria ; porque quanto pertene-
ce á lo sensitivo , entra à la memo-
ria , y se representa por sus image-
nes por admirable presteza , y se
deposita en unos admirables , quan-
to ocultos aposentos ; y tambien
con admirable modo se acuerda , y
se refiere en público.

CAPITULO X.

*Que los sentidos entregan las cosas
à la memoria.*

MAS quando oygo, que hay tres generos de questiones, estas son: Si una cosa es? qual es? y qué cosa es? las imagenes de los sonidos, con que las escuché, retengo acá interiormente, si sé, que haviendo hecho ruido en mis oídos, ya no subsisten; pero las cosas mismas, que por aquellos sonidos se me significaron, no las tocaron mis sentidos corporeos, el alma sí llegó á percibir las; y asi quedaron en mi memoria, no en sus imagenes, sino realmente ellas mismas. Por dónde entraron en mí, lo explicaré, si puedo; pero recurriendo á todas las puertas del cuerpo mio, no hallo alguna por donde entrasen; pues los ojos di-

cen: Si tienen color, nosotros dimos noticia de ellas solamente. Dicen los oídos: Si tuvieron sonido, nosotros las manifestamos. Dice el olfato: Si fueron olorosas, por nuestro conducto pasaron. Dice el gusto: Si es alguna especie insipida, no hay que preguntarme. El tacto responde: Lo que no es corpulento, ni tiene cantidad, no es de mi jurisdicción, y así no puedo dár noticia. Pues por dónde, ó cómo estas especies entraron en mi memoria? Yo no lo sé. Pues quando lo aprendí, no lo fié de corazón ageno: en el mio propio lo reconocí, y lo aprobé por verdadero, y se lo encomendé á mi memoria, para tenerlo presente quando quisiese; con que allí estaba, mas no en mi memoria antes de aprenderlo. Pues adónde, ó por qué, quando lo escuché, dixe, así

250 *Confesiones de S. Augustin.*
es, y es verdad, sino porque aquellas
especies estaban en la memoria tan
lexanas, y tan ocultas, como en unas
cuebas tan hondas, que si alguno no
me las acordase, quizá jamás me
ocurrirían al pensamiento?

CAPITULO XI.

*Cómo están en el alma las especies
de las cosas.*

DE suerte, que venimos á ha-
llar, que estas cosas, que sa-
bemos, las quales entraron por
los sentidos en sus imagenes, si-
no solamente por sí mismas, y es-
tán en nuestro interior, antes se
hallaban como confusas, y espar-
cidas, sin orden, en el retrete de
la memoria; y despues, pensando,
y haciendo reflexion sobre ellas
con el cuidado, se representaron
juntas, y se ofrecieron, como si

alli se huviesen puesto á la mano. Estaban como despreciadas, y ocultas en la memoria, y pensando en ellas, se ocurrieron á la intencion facilmente. Y cuántas cosas de este genero se hallan en mi memoria, que como antes dixe, se ofrecieron, y se vinieron como à la mano, las quales se dice, que fueron aprendidas, y conocidas; y si por espacio de algun tiempo dexàre de recorrerlas, se bolveràn á hundir, y olvidar, deslizandose otra vez à lo mas oculto; de suerte, que será necesaria nueva diligencia para bolver à adquirirlas? Es cierto, que no se ausentan á otra region; alli se quedan; pero es preciosa nueva reflexion, y cuidado para bolver á coger sus noticias, y como forzarlas, para que buelvan; y de aqui se dixo el verbo *cogito*; porque *cogo*, que signifi-

252 *Confesiones de S. Augustin*
ca forzar, es lo mismo que *cogito*, pensar, ó violentar la memoria; y este es un verbo, que tomó el alma solo para sí, pues lo que se piensa, es lo que está dentro del interior, y no en otra parte.

CAPITULO XII.

De la memoria de los Mathematicos.

ASimismo contiene la memoria innumerables razones, y leyes acerca de los numeros, y medidas de las quantidades; y nada de esto entró por los corporales sentidos, porque estas mensiones, y cómputos, ni tienen color, ni sonido, ni olor, ni gusto, ni tacto. Yo oí hablar sobre estas materias; pero una cosa son las voces, con que se trata de ellas, y otra muy diferente ellas mismas. Las voces en Latin son unas, y en Griego son otras; mas

lo que se explica por ellas, es muy distinto de lo que suenan las voces, porque no consiste en ellas. VÍ las líneas de los Artífices, mas sutiles que el hilo que suele texer la araña; mas son muy distintas de aquellas imagenes, que se introduxeron al alma por los rayos visuales; y alli en el interior conoce cada uno, que no tiene noticia de ellas, qué cosa son, sin que los sentidos tengan en esto la menor parte. Sentimos tambien los numeros con todos los sentidos del cuerpo; pero los cómputos son muy distintos de aquellos, que exteriormente se tocan, y aun no son imagines tuyas, con que son mas dignos de apreçio. Ríanse los que me oyeren decir esto, que yo tendré lastima de su risa.

CAPITULO XIII.

De la memoria de las aficiones.

Todo esto retengo en mi memoria, y tambien me acuerdo del modo con que lo aprendí. Tambien muchos argumentos falsos, que se hacen contra sus verdades, no me he olvidado de ellos; y aunque ellos contengan falsedad, el que yo me acuerdo de ellos no es falso, como tampoco lo es la discrecion, y diferencia que hice yo entre lo falso y lo verdadero, á vista de las contradicciones. Y tambien tengo en mi memoria, el que distintamente formé entonces la discrecion, que la executo ahora, y executé muchas veces, quando me puse á pensar sobre ello, repitiendo sus especies: luego me acuerdo de que muchas veces lo llegue á entender, y lo

que ahora entiendo , y diferencio, lo voy escondiendo en mi memoria para acordarme despues de lo que pude entender entonces : luego hago memoria de mi memoria, para quando quiera acordarme , y traher á mi recordacion lo que alli ocultè á fuerza de la memoria propria. Tambien contiene dentro de sí esta potencia todos los afectos del alma , no del mismo modo que están en el espiritu, quando los padece , sino de otro modo diverso ; porque yo , estando triste , me acuerdo de que tal vez estuve alegre ; y al contrario, estando festivo , hago memoria de quando padecí la tristeza. Acuerdome sin temor alguno de la ocasion en que tuve miedo ; y tambien, sin deseo alguno , me acuerdo de lo que deseé en algun tiempo. Y al contrario , la memoria

de que yá pasó la tristeza , me dá alegría ; y el que se ausentó lo alegre viene à ocasionarme tristeza.

CAPITULO XIV.

Como estando tristes, nos acordamos de lo alegre.

MAS esto no debe admirar en orden al cuerpo , en orden al alma sí ; porque una cosa es el cuerpo, y otra es el alma; y así, quando alegre me acuerdo del dolor pasado del cuerpo, este es afecto del alma misma, y es de admirar, que el alma esté alegre, quando se acuerda de una cosa triste, siendo la memoria una potencia del alma, que informa al cuerpo. Vése claro, en que quando encargamos à uno, que conserve una cosa en la memoria, le decimos : Tén cuidado de retenerla en el alma ; y quando la olvida-

da-

damos , es comun estilo decir : Salióse del alma , ausentóse ; con que à la memoria la llamamos alma. Pues siendo esto asi , cómo sucede , el que al acordarme de mi tristeza pasada , el alma tiene alegria , y tristeza la memoria ? Y de tal suerte , que el alma está alegre por el gozo que se le arrima ; mas la memoria no tiene tristeza , porque esta le sobrevenga. Pregunto : La memoria no es parte del alma ? Sí , y nadie puede decir lo contrraio. Conviene , pues , saber , que la memoria es como un seno , ó estomago ; y tristeza , y alegria , son como dos alimentos , uno dulce , y otro amargo : encomiendanse éstos à la memoria : pasan allá , es verdad ; pero pasan para esconderse alli , no para dàr sabor alguno á la potencia del alma. Ridicula cosa es pensar , que estas interioridades

son semejantes à las cosas exteriores , aunque en parte se parezcan á ellas : pues yo del alma saco el decir , que son quatro sus perturbaciones : la codicia , la alegria , el miedo , y la tristeza ; y si pretendo disputar de ellas , dividiendo , y definiendo por las especies de cada genero suyo , alli en la memoria lo hallo , y lo pongo en público ; pero ninguna de aquellas perturbaciones me toca , quando hago reflexion sobre ellas , estando ellas dentro del alma , antes que yo las recorriese , ni quisiese tratar de ellas ; pero la recordacion las sacó de alli : señal de que alli estaban interiormente. Sucede en la memoria lo que en el buche de los que rumian , que estos sacan la comida de aquel seno rumiando , ó repasandola ; y asi el hombre saca con la recordacion las especies del retrete de

su memoria. Pues como en el paladar del pensamiento, quando se trata de lo amargo, ó lo dulce, ni se siente la dulzura de lo alegre, ni el amargor de lo dulce ? En esto consiste la diferenciencia de lo espiritual , y de lo corporeo ; pues quien havia de disputar , ni hablar de tristeza , ni de miedo , ó otra perturbacion , si ésta la sobreviniese quando tratase de ella ? No obstante , ninguno hablaria de estas pasiones , sino hallasemos dentro de la memoria, no solo los sonidos , segun las imagines impresas de los sentidos corporeos, sino tambien el conocimiento de todos aquellos afectos, que no entraron por alguna puerta del cuerpo , sino que la misma alma , sintiendolas por la experiencia de sus pasiones , se las entregó à la memoria, ó ella misma se las guardó para sí, siendo ella su misma potencia.

CAITULO XV.

*Que se acuerda la memoria de los
objetos ausentes.*

SI esto es por imagenes , ó sin ellas , quién lo podrá decir facilmente ? porque yo nombro á la piedra , nombro al Sol , y no estando ni Sol, ni piedra en mis sentidos corporales, sus imagenes prontamente se representan en mi memoria. Nombro el dolor de mi cuerpo , y no le tengo , porque nada me duele; y si su imagen no estuviese en mi memoria, no supiera lo que decia, ni en caso de tratar de él, sabria yo diferenciarle del deleyte. Nombro la salud del cuerpo , quando estoy sano , y esta salud me asiste ; pero si en mi memoria no estuviese , que el sonido de esta voz significa lo que explico , y tuviese alli su ima-

gen, de ningun modo explicaria mi concepto ; ni los enfermos entenderian , diciendo yo la palabra *salud*, qué era lo que significaba, si la fuerza de su memoria no retuviese la imagen de la voz , quando la realidad de la salud les faltaba. Nombro los numeros , con que contamos, y ellos mismos están en mi memoria; no sus imagenes. Nombro la imagen del Sol, y ésta asiste en mi memoria; porque yo no hago recordacion de la imagen de su imagen , sino de su imagen misma, y esta es la que se me representa. Nombro á la misma memoria, y conozco lo que nombro; y dónde, sino en la misma memoria? Y por ventura està ella presente por su imagen, y no por sí propia? Ella se nombra à sí misma.

CAPITULO. XVI.

Que tambien hay memoria de lo que se entregó al olvido.

QUando nombro al olvido, y le conozco, de dónde le conozco sino por la memoria? No le nombro por el sonido, sino por lo que significa; de lo qual, si yo estuviese olvidado, el sonido de la voz, de qué podia servirme? No pudiera conocerle: luego quando me acuerdo de la memoria, es, porque ella misma se me pone presente; y quando me acuerdo del olvido, memoria, y olvido me asisten: la memoria con que me acuerdo, y el olvido de lo que se me ausentó de ella, y no buelve: pues qué es el olvido, sino una privacion de la memoria? Mas cómo está presente para acordarme de que lo

olvidé , si no me asiste para acordarme de lo olvidado ? De lo que nos acordamos, es lo que está en la memoria ; mas oyendo este vocablo *olvido* , si el sonido de lo que significa esta voz no se huviese conservado en la memoria , no sabriamos lo que significaba ; con que el olvido està en la memoria , y se halla alli para que no nos olvidemos de aquello mismo , que porque está alli nos priva de la memoria. Inferiràse, pues, de aqui , que el dicho olvido no está por sí mismo en la memoria, sino solo por su representacion; porque si estuviese por sí mismo, ni de su vocablo nos acordariamos, y nos haria desmemoriados. Pues quién , finalmente , podrá averiguar este punto ? ni quién comprenderà cómo esto sucede ? Yo ciertamente, Señor , que me fatigo aqui , y me canso dentro de

mí mismo, hecho para mí un palenque de dificultad, y de sudor excesivo ; porque no afana este discurso mio sobre las Regiones Celestes , ni me introduzco á medir los espacios de las Estrellas , ni à pesar, ó nivelar la tierra. Trato de mi memoria, de lo que pasa en mi alma; con que no me admiro de no entender lo que està tan lexos de mí y no soy yo , si siendo yo mi alma, y no habiendo cosa mas cerca de mí, que yo , quando es la memoria mia , y parte de mi alma , no la comprehendo , no siendo yo otra cosa , que mi alma misma. Pues esto supuesto , qué he de decir, quando estoy cierto de que me acuerdo del olvido ? He de decir, acaso, que no està en mi memoria aquello de que me acuerdo? ó he de decir , que el olvido està en mi memoria , para acordar-

me ? Uno , y otro fuera absurdo. Pues qué medio puede darse en esta materia ? Diré , que en mi memoria está solamente la imagen del olvido, y no el olvido propio , quando de él me acuerdo ? Cómo podré afirmarlo, si para imprimirse en la memoria la imagen de qualquiera objeto es necesario , que primero el objeto mismo haya estado alli , para que su imagen quede ? Asi me acuerdo yo de Carthago , y de otros Lugares donde estuve. Y del mismo modo tengo impresas las imagenes de los rostros que ví , como de otras cosas , que entraron á mi memoria por los corporales sentidos, y la salud , ó enfermedad de mi cuerpo ; porque todas estas cosas las tuve presentes en la realidad , y me dexaron sus imagenes impresas para poder acordarme de ellas des-

pues que las tuve ausentes : luego si el olvido , no por sí mismo , sino por su imagen , asiste en la memoria , él sin duda estuvo allí para dexar su imagen impresa ? Y si estuvo, cómo dexo allí su imagen, quando es propiedad del mismo olvido, que aun lo que yà está escrito, y notado , quede borrado totalmente con su asistencia ? Sea del modo que fuere , aunque este modo no es comprehensible , ni explicable , yo estoy cierto , de que me acuerdo de lo que olvido , siendo el olvido sepulcro de lo que antes era acordado.

CAPITULO XVII.

Que hay tres modos de memoria.

GRan virtud es esta de la memoria ! No sé , Dios mio, qué puede ser esta horrendidad de tan profundas , é infinitas especies

caben en la memoria mia , parte de mi alma ; y siendo yo mi alma misma , no lo percibo. Qué soy yo , pues , Dios , y Señor mio ? Qué naturaleza es esta del hombre ? Es una vida varia de mil modos , y que por su grandeza no se permite á medida. Buelo , y discurro à esta parte , y á la otra , y penetro lo que puedo en los campos , en las cabernas innumerables de mi memoria , llenas de generos sin numero , yà por imagenes de las cosas corporeas , yà por presencias , como las que dexan las Artes , yà por no sé qué señales , ó notas , que imprimen los afectos del alma , que aun quando no subsisten , las retiene la memoria , y en nada de esto hallo fin. Tanta es la eficacia de la memoria , tanta la virtud de estos afectos vitales en un hombre , que vive para morir infaliblemente.

te! Que harè , pues , ó tu mi Dios: ó mi verdadera vida? Transcenderè esta virtud mia , que se llama memoria? Pasaré de ella para llegar à tí, dulce luz del alma? Qué me dices? Vés aqui , Señor , que por mi alma asciendo à tí, que eres superior à mi misma alma. Pasaré sobre esta virtud mia , que se llama memoria, para poder tocarte del modo que puede tocarte una criatura , y unir-me contigo en la forma que esta union me sea posible. Memoria tienen tambien los brutos , y las aves, pues à no tenerla , no se acogerrían tan promptas à sus nidos , y recogimientos , ni repetirían las acciones , à que están acostumbradas , ni se acostumbrarían , à faltarles el recuerdo. Bolaré , pues, sobre mi memoria , para llegar á aquel , que me diferenció de los brutos , y de las aves , haciendo-

me mucho mas sabio. Pasaré, digo, mi memoria; pero adónde te hallaré, verdadera, buena , y segura suavidad? Dónde te hallaré , Dios mio?

CAPITULO XVIII.

De la reminiscencia, ó recordacion.

SI te hallo , Señor , fuera de mi memoria , sin duda , que no me acordaba de tí: y cómo te podré hallar , quando te entregué al olvido ! Havia perdido la Mujer del Evangelio la moneda de plata , y la buscó encendiendo una antorcha ; y es cierto , que si no se acordase de ella , ni la hallaria, ni la buscára. Yo me acuerdo de haver perdido muchas cosas , y despues haverlas hallado , porque acordé de buscarlas ; y sé , que al buscarlas , si me preguntaban: es esto , ó lo otro lo que buscas?

respondia yo que no , hasta que se me ofrecia aquello que andaba buscando ; y si no me acordase de ello , fuese lo que fuese , al verlo no lo hallaria, porque estaria fuera de mi conocimiento: y siempre sucede asi, quando se busca alguna alhaja perdida , y la encuentra el que la busca. Aunque algun objeto falte à los ojos, con todo eso, no se retira de la memoria , como sucede en un cuerpo, que se vió, y havien- dose ausentado , su imagen quedó interiorada , y la memoria le anda buscando , hasta que buelve á restituirse á la vista ; y habiendose repetido á los ojos , es inmediatamente conocido por la imagen, que estaba dentro. Nunca decimos , que hemos hallado lo que pereció, si no llegamos á conocerlo ; ni podemos conocerlo, si no lo hallamos: mas si lo co-

nocido falta á la vista, siempre queda en la memoria.

CAPITULO XIX.

Qué viene á ser la que se liama reminiscencia.

QUé será esto de andar à buscar, para acordarnos, aquello que perdió la memoria, como acontece quando nos olvidamos? Dónde lo buscamos, y sino en la memoria misma? Y si recorriendola, se ofrece una especie por otra la despreciamos, hasta que se ocurre lo mismo que andamos buscando; y al ofrecerse decimos: Esto es lo que yo solicitaba. Y es evidente, que no lo diríamos, à no haverlo conocido antes; y tampoco lo conocieramos, á no havernos acordado. Ciertamente, pues, que esta diligencia nos la ocasionó el ol-

vido; mas no del todo havia faltado de la memoria, quando acordado en parte, y en parte olvidado, al buscarlo la recordacion sentia el alma, que le faltaba algo de aquello que antes tenia junto; y como claudicando, truncada en su antiguo modo de proceder, pedia que se le restituyese la parte que le faltaba. Sirva de exemplo un hombre conocido, que, ò ya le vean los ojos, ò se ocurra al pensamiento, y si el nombre se nos ha olvidado, y procuramos acordarnos de él, aunque se ofrezca otra cosa, no tiene conexion, porque no acostumbrabamos unir la tal especie con aquel hombre; y asi despreciamos aquella ocurrencia, hasta que buelva à la memoria el nombre olvidado, y con su noticia, á que estaba acostumbrada, se aquiete, viendo ya igual quanto retenia

an-

antes. Mas quién ofrece este recuerdo, sino la misma memoria ? pues quando alguno nos acuerda lo que olvidamos, conocemos, que aquello es lo que se echaba menos, y no lo creemos como cosa nueva; sino acordandonos, aprobamos, y decimos, que aquello era lo olvidado. Mas si sucede, que se borre una especie totalmente de la memoria, entonces, ni aun haciendo otro memoria de ella, y oyendola, nos acordamos; porque es cierto, que no se olvidó del todo aquello de que hacemos memoria haversenos olvidado; mas si se borró totalmente, una vez perdido, en vano será buscarlo.

CAPITULO XX.

Que todos desean el ser Bienaventurados.

PUes cómo te buscaré , Dios , y Señor? Pues quando te busco, Dios mio, solicito una vida, que es Binaventuranza. Buscaréte , pues, para que mi alma viva, pues que mi cuerpo vive de mi alma , y mi alma vive de tí. Mas cómo busco yo una vida bienaventurada, si no la puedo lograr , hasta que llegue aquel dia felicisimo, en que convenga decir yo en el Cielo : Ya estoy saciado? Pues cómo busco esta eterna felicidad ? Es acaso por la recordacion , como si me huviese olvidado de ella , y insisto en que me he olvidado ? ó por un apetito de saber lo que ignoro, y que nunca he sabido ? ó por ha-

verme olvidado de tal suerte , que me acuerdo de mi olvido? La vida bienaventurada no es aquella que desean todos, y no hay alguno, que no llegue à apetecerla ? Es cierto. Mas para desearla, de dónde les vino su conocimiento? Dónde la vieron , para poder codiciarla ? Conviene saber , que todos la tenemos, mas yo no sé de que suerse ; hay otro cierto modo de gozarla alguno , y teniendola , es bienaventurado, porque la goza. Mas hay algunos que la esperan, y estos son bienaventurados en modo mas inferior, que aquellos , que en realidad la poseen ; mas son mejores que muchos , que ni en realidad , ni en esperanza la tienen. Mas siendo cierto , que estos desean tambien el ser bienaventurados , si de algun modo no tuvieron la bienaventuranza , còmo havian de que-

rerla? No sé cómo la conocieron; pero la tienen en su noticia; y ignorando el modo, procuro saber si reside en la memoria: pues si allí asiste la bienaventuranza, ya alguna vez seríamos bienaventurados en esta potencia á lo menos. No me introduzco ahora à averiguar, si cada uno de los hombres fue por sí bienaventurado, ò lo fue en el primer hombre, que á todos nos causó la muerte, y por quien nacemos en miseria. Solo pregunto, si la vida bienaventurada asiste en nuestra memoria? Pues si no la conocieramos, es cierto, que no la amáramos. Oímos que hay tal vida, y confesamos todos, que la estamos apeteciendo; y esto no consiste solo en el sonido de la voz: pues si à un Griego se le dixese esta voz bienaventuranza en lengua Latina, no se deleyta-

ria con ella, como ni la voz Griega daría gusto al Latino, quando la oyese; porque esto no consiste en la voz, sea de la lengua que fuere, sino en su significado; y éste, Griegos, Latinos, y todos los hombres del mundo, le están siempre apeteciendo. Conocido es, pues, que si en una lengua universal se preguntase à todos, si querian ser bienaventurados? sin razon de dudar, responderian todos, que sí; y esto no sucederia, si la bienaventuranza no estuviese en su memoria.

CAPITULO XXI.

Como nos acordamos de aquello que no hemos visto.

MAS por ventura el acordarse de la bienaventuranza, será como el que viò á Carthago, y se acuerda de la tal Ciu-

dad? No; porque la vida bienaventurada no la vén los ojos del cuerpo, porque no es ella corporea. Será, si no, como acordarse de la Arithmetica? No; porque los numeros, que están en nuestra noticia, no deseamos poseerlos; y la bienaventuranza, que tenemos en la memoria, la amamos por conocerla, y para ser bienaventurados deseamos conseguirla. Será, pues, como al vernos à la recordacion la eloquencia? Tampoco; porque, aunque oyendo su nombre, se nos venga à la memoria, y muchos, que no son eloquentes, deseen serlo, veese, que todo esto consiste, en que habiendo entrado esta noticia por los corporales sentidos, por haber visto, y oído á algunos Rhetoricos, se deleytaron con la eloquencia, y quisieran conseguirla por el deleyte que tuvieron, que

á no ser así , no lo deseáran. Mas todo esto se queda en el exterior, quando la vida bienaventurada ninguno la desea por haverla experimentado en otro con algun sentido del cuerpo. Será, pues, acaso , como quando se nos viene á la memoria algun gozo ? Quizà es así ; porque del mismo modo hago memoria de un gozo, quando estoy triste, como me acuerdo de la bienaventuranza en medio de mis miserias; y es cierto , que ningun sentido corporeo sacó el tal gozo , sino solamente estuvo en el alma , quando tuve aquella alegria , y su noticia quedó puesta en mi memoria para acordarme , tal vez con desprecio, y tal vez con deseo , segun la diversidad de objetos en que me acuerdo, que tuve el gozo ; porque en las torpezas , si algun tiempo tuve deleyte, ahora lo abomí-

no , y me causa horror , quando en las cosas buenas, y honestas, de que hago reflexion , con algun deseo, aunque no las tengo presentes , estando triste , procuro traherlas á la memoria. Adònde , pues , ó quando he experimentado yo la vida bienaventurada, para acordarme de ella, desearla , y apreciarla? Y no soy yo solo , ni pocos , sino todos; porque todos desean ser bienaventurados; y à no ser tan cierta la noticia , no sería la voluntad tan segura. Y qué será esto , que si á dos hombres se les preguntasen , si querian ser soldados , quizà el uno responderia, que sí, y el otro que no ? Y si á uno , y otro se les preguntase , si querian ser bienaventurados , ambos al punto sin discrepar , dirian que sí , y que por solo ser bienaventurados , el uno queria militar , y el otro no apetecia la guer-

ra? Consistiría esto , en que uno tiene el gozo en un objeto , y otro le tiene en objeto diferente ? Lo pue veo es , que todos concuerdan en querer ser bienaventurados , como si se les preguntase , si querian tener gozo, que en esto ponen la bienaventuranza. Y aunque unos la pretendan por un camino , y otros por otro , el fin viene á ser uno mismo , y á este aspiran todos, para tener lo que apetecen , que es el gozo deseado. Por quanto ninguno puede decir , que no ha experimentado algun gusto, quando se oye hablar de la bienaventuranza , entonces se reconoce en la memoria , como el gozo, que en ella estaba depositado.

CAPITULO XXII.

Del verdadero gozo.

VAya fuera, Señor, del corazon de tu siervo que se confiesa á tí: digo que vaya fuera el presumir que con qualquier gozo pueda yo ser bienaventurado; porque hay un gozo, que no se da á los impíos, sino solamente á aquellos, que voluntariamente te reverencian, y aman; y de estos eres tu el gozo; y en ser tu el recreo suyo consiste tener ellos vida bienaventurada, logrando la gloria en tí, de tí, á tí, y por tí, siendo esta la bienaventuranza, y no otra; y quien presume otra cosa, será otro su gozo; mas no será el verdadero: con todo eso, su voluntad siempre tiene por objeto alguna imagen de alegria, ó de contento.

CAPITULO XXIII.

*Que cosa sea bienaventuranza,
y donde se goza.*

NO es cierto , pues, el que todos quieren ser bienaventurados; pues no poniendo en tí, Dios, y Señor, el gozo suyo , en que consiste la vida feliz , no quieren la bienaventuranza perfecta. Mas no es verdad , que todos desean el ser bienaventurados ? No hay duda. Mas como la carne lidia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para no hacer lo que quieren, caen en aquello que pueden , y se contentan con esto; porque aquello á que no alcanzan sus fuerzas solas , no lo quieren de suerte , que le merezcan à Dios los auxilios conducentes para poder alcanzarlo. Y de verdad , quisiera preguntar á

todos , qual quieren mas , gozar un bien verdadero , ó uno falso, y solo aparente ? Sin duda me responderán, que el verdadero , como tambien todos dicen , que quieren ser bienaventurados , porque la vida bienaventurada consiste en la verdad , y no en la apariencia ; pues tu eres, Señor, la verdad, y asi eres la vida bienaventurada , y en tí está el gozo , Dios , lumbre mia , mi Dios , y salud de mi alma. Esta felicisima vida todos la quieren; porque esta sola es la bienaventuranza verdadera; sí, porque ninguno hay, que no ponga en lo que es verdad su gozo. A muchos he conocido , que quieren engañar á otros ; mas ninguno quiere ser engañado. Pues adònde conocieron estos la vida bienaventurada , sino en la misma verdad, que es el objeto de sus entendimientos ? Y la aman , supuesto

que no quieren padecer engaño ; y asi, quando aman la vida feliz (que no es otra cosa , que lograr en la verdad el gozo) á la misma verdad aman, y no la amarian à no estár en su memoria de la tal verdad algun conocimiento , ó noticia. Mas en qué consistira el no tener en ella su gozo ? Por qué no son bienaventurados ? Porque se ocupan en unas materias , que los hacen infelices, aun mucho mas que puede hacerlos dichosos aquella verdad de que se acordaron tan de paso , y ligeramente. Poca luz tienen aún los hombres : anden, caminen , no sea que las sombras los comprehendan. Mas pregunto : por qué la verdad se ha hecho madre del aborrecimiento , teniendo los hombres por enemigo al que siendo siervo tuyo , les predica la verdad, amandose la vida bienaventurada,

que es gozo de la verdad misma? No es otra la razon, sino que aquellos, que aman otro objeto, quieren que aquel sea la verdad; y como no quieren ser engañados, tampoco quieren convencerse à que lo que aman es falso. Por esto, pues, aborrecen la verdad, porque estiman la falacia con mascara de verdad, y aman á la verdad, porque los alhaga luciendo; mas la aborrecen, porque los arguye en sus vicios; y como quieren engañar, y no ser engañados, quando la verdad muestra solamente su resplandor, la estiman; mas quando los descubre á ellos, les ocasiona ojeriza. Mas la misma verdad les dará la paga debida; pues quando no quieren que su luz los manifieste, tampoco ella vendrá á ponerse à su vista, Asi, pues, asi de verdad es el alma humana: asi es ciega, en-

ferma , y torpe , y como se mira tan indecente , quiere ocultarse , pero nada quiere que se oculte ; pero tiene su recompensa , en que à la verdad la tal alma está bien manifesta , y para ella la misma verdad està oculta. Mas con todas estas miserias , mas quiere tener el alma su gozo en lo verdadero , que en lo falso Serà , pues , verdaderamente bienaventurado aquel , que sin padecer molestia alguna , se goce solo en aquella verdad por quien todo es verdadero.

CAPITULO XXXI.

Que tambien Dios se contiene en nuestra memoria.

TAN dilatados espacios he tomado , Señor , en mi memoria , solamente por buscarte , y no te he hallado fuera de ella , pues nada de tí he

288 *Confesiones de S. Augustin*
hallado , que no estuviese en mi recordacion , despues que supe quién eres; y despues que te conocí, jamás he llegado à olvidarte. Adónde hallé verdad , alli hallé á mi Dios, que es la verdad misma, que tampoco he olvidado desde el punto en que la supe; y asi, Señor, desde que te conocí, permaneces en mi memoria, y en ella te hallo , quando me acuerdo de ti, y en esta recordacion està todo mi deleyte : estas son mis santas delicias , dadas de tu misericordia á este miserable, viendo la indigencia mia.

CAPITULO XXV.

En qué grado de la memoria está Dios.

MAs, Señor , qué sitio es aquel que ocupas en mi memoria ? Dónde es tu morada ? Qué retrete fabricaste alli para tu mansion?

sion? Qué santuario te labraste? Tu dignacion me hizo este favor de permanecer en mi memoria ; pero considero, en qué parte de ella será la asistencia tuya ; porque acordarme de tí, transcendí todas las partes de la memoria mia, las quales se hallan tambien en los brutos; y no hallandote entre las imagenes de los objetos corporeos, vine á aquel sitio, donde suelen estar los afectos de mi alma; mas ni alli te hallé. Entré despues al asiento mismo del alma, que tambien está en la memoria, pues se acuerda de sí misma, y tampoco estabas alli ; pues como no eres, ni imagen corporea, ni efecto del alma viviente, como quando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y otras pasiones semejantes, no eres tú alma humana, sino el dueño absoluto de ella. To-

290 *Confesiones de S. Augustin.*
das estas aficciones son accidentes, y tù sobre todo permaneces invariable; y con todo eso, desde que te conocì, te dignaste de asistir en mi memoria. Y què pregunto, quando dudo, en qué lugar habites, como si alli huviese lugares? Lo cierto es, que estás en mi memoria desde que te conocí, y que te hallo en ella, quando de tí, mi Dios, y Señor, me acuerdo.

CAPITULO XXVI.

Adònde se halla à Dios.

ADónde, pues, te hallé, Dios mio, quando llegué á conocerte? Pues no estabas aun en mi memoria antes que supiese quièn eras: pues adònde pude hallarte antes de lograr tu noticia, sino en tí muy sobre mì? No ocupas lugar alguno, no le ocupas, ni le

tienes, y nos acercamos á tí, y tambien nos retiramos. Mas como verdad inmensa presides en todas partes à quantos llegan á consultarte, y juntamente dás diversas respuestas á todos, segun sus consultas varias. Claramente satisfaces á todo; mas no te oyen todos tan claramente: todos te consultan, segun lo que quieren; pero no oyen siempre lo que quisieran. Optimo ministro tuyo es aquel, que no atiende mas à oir de tí lo que quiere, para qnerer solamente aquello en que tù gustares de exercitar su obediencia.

CAPITULO XXVII.

Cómo lleva Dios tras sí al hombre.

Hermosura tan antigua como nueva, tarde llegué á conocerte, y asi tarde llegué á amarte. Tù dentro estabas de mí; pero yo

estaba muy fuera , y en el exterior te buscaba , cayendo feo en estas hermosuras, que tú formaste perceptibles á los ojos Tú estabas conmigo , y yo no estaba contigo , y me tenían lexos de tí bellezas , que no serían , sino estuviesen en tí , pues por tí solamente fueron. En fin , mi Dios , y Señor , tú me llamaste , mé diste voces, y rompiste mi sordera. Embiasteme luces , y respladores, y me hiciste abrir los ojos. Encendiste mis deseos , y guiando mi espíritu , solo anhele à tí , bien mio. Gustè tus suavidades , y todo en mí es hambre , y sed de dulzuras divinas. Tocaste mi corazon, y me abra-so en ansias de la paz tuya.

CAPITULO XXVIII.

De la miseria de esta vida.

QUando todo yo me uniere contigo, no havrà para mí dolor, ni trabajo alguno; y llena de tí, será viva mi mortal vida; pero ahora, como no estoy lleno de tí, me sirvo de peso à mí mismo, quando tú, al que mas llenas le, sirves de mas alivio. Mis alegrías, dignas de llanto, se dàn batallas con mis tristezas, que debían alegrarse, y no sè qual parte vence. Ay de mí! Señor, ténde mí misericordia, que mis tristezas malas contienden con las alegrías buenas, y ignoro quièn prevalece: Ay de mí Señor, ay de mí! ampareme tu clemencia: ay de mí! Yà vés, mi Dios, que no escondo mis heridas; tú eres Medico, y yo enfermo; tú eres misericor-

294 *Confesiones de S. Augustin*
dioso y yo miserable. Pues pregun-
to: no es tentacion la vida humana
sobre la tierra? Quién ha de querer
padecer molestias, y dificultades?
Tú mandas, Señor, que se toleren;
no que se amen: y ninguno ama lo
que padece, aunque ame la toleran-
cia: pues aunque se goce de su pa-
ciencia, mas quisiera no tener en que
exercitarla. Yo en lo adverso de-
seo prosperidades, y en estas te-
mo lo adverso. Pues qué medio po-
drà haver en esto, que no sea una
tentacion de la vida humana? Ay,
infelices prosperidades las de este
mundo! Una, y otra vez lo repito,
pues tanto peligran en el temor de
lo adverso, como en el exceso de
la alegria, que sueleu traher consi-
go. Y ay tambien de las adversi-
dades! primera, segunda, y terce-
ra vez lo digo, por el deseo desor-
denado, que ocasionan, de que

suceda la prosperidad, siendo preciso temer, que la adversidad rompa la paciencia, haciendose intolérable. Digo, Señor, que no hay instante en la tierra, en que no sea una continua tentacion la vida humana.

CAPITULO XXVIII.

Que en Dios se ha de poner la esperanza.

TOda mi esperanza, Dios mio, está en tu infinita misericordia : concedeme lo que mandas, y manda lo que quisieres. Mandas que seamos castos ; y sabiendo yo, dice uno, que nadie puede ser continente, si Dios no le concede esta gracia, sabiduría era, siu duda, el saber de quién proviene esta dadiva ; porque esta palabra *continencia* significa propriamente detenerse, recogerse, y re-

ducirse á una cosa sola, aquellos que se deslizaron, y dexaron caer en varios objetos. Y asi, mi Dios, menos te ama quien contigo ama alguna criatura, quando fuera de tí la ama, y no por el amor tuyo. O amor, que ardes eternamente sin conocer fin, que jamás te apagas! Dios, y Señor, pues eres amor, y caridad ardiente, abrasame. Mandas que sea continente, dame lo que mandas, y ordena conforme á tu beneplacito.

CAPITULO XXX.

De la vânidad de los sueños.

MAndas ciertamente, Señor, que me contenga del carnal deseo de la concupiscencia de los ojos, y de la ambicion del siglo. Prohibiste la luxuria, y en la union de varon, y hembra diste mucho mejor consejo. Y ha-

viendo sido en mí este consejo tuyo propriamente dadiva de tu mano, se cumplió, porque tú me lo concediste antes de ser yo Ministro de tu Sacramento. Pero aún perseveran en mi memoria (de la qual he hablado largamente) las imagenes de aquellas fealdades , que dexò alli fixas mi mala costumbre ; y careciendo de fuerza quando se me ocurren despierto , estando soñando , tienen tal eficacia , que causando deleyte , llegan à la semejanza del consentimiento , y la obra. Y puede tanto en mi alma , y en mi cuerpo la ilusion de aquella imagen, que lo que despierto fuera para mí mentira , dormido , me persuado á que es verdad lo soñado. Señor , y Dios mio , no soy yo el mismo quando velo , que quando duermo ? Pues cómo hay tanta diferencia en mí entre uno , y

otro accidente , quando solo média un instante entre el desvelo , y el sueño ? Adónde està aquella razon , que velando se opone á sugestiones tales , Pues quando estoy despierto no me violentan , cierrase acaso la razon , quando los ojos se cierran ? ó se adormece con los sentidos del cuerpo ? Parece que no ; pues muchas veces , aun en sueños , exercemos la resistencia , y no consentimos deleytes tales , permaneciendo en la castidad , y acordandonos de nuestro proposito ; y hay tan grande diferencia , que quando no consentimos , en despertando nos volvemos á la quietud de nuestra conciencia ; porque hallamos , que lo que sucedió , no estuvo en voluntad nuestra , sino muy distante de nuestro consentimiento ; y asi , nos dolemos de que sucediese tal , fuese del modo que fuese. Por ven-

tura, Dios Omnipotente, no es poderosa tu mano para sanar todas las enfermedades de mi alma? y para apagar con gracia mas abundante todos los vapores lascivos, que se mueven en mi sueño? Sí, Señor; y asi aumentaràs mas, y mas en mí tus dones, para que mi alma te siga libre de la pegajosa liga de la deshonestidad, y no sea rebelde contra sí misma; y no solo no cometa las torpezas, que proponen aquellas especies brutas hasta derribar la carne, sino que aun no se deslice al consentimiento mas leve; porque aun no es accion muy heroica de una Omnipotencia divina (que puede hacer infinito mas, que lo que pedimos, y entendemos) el que ni por un instante llegue à ser complacencia lo que debe reprimirse en el casto afecto de un dormido, no solamen-

300 *Confesiones de S. Augustin.*
te en esta vida, sino aun en la edad
mas floreciente. Ahora, pues, lo que
yo soy en este linage de daño, yá
se lo dixe á mi buen Señor, alegre,
y con miedo en el favor tuyo, y llo-
rando mi falta de perfeccion ; pero
esperando lograrla por tus infinitas
misericordias , hasta aquella paz
plenaria, que tendrán contigo alma,
y cuerpo , quando la muerte quede
absorta , de que triunfaste de ella.

CAPITULO XXXI.

De la tentacion de la gula.

OTra malicia trahe el dia con-
sigo , y quiera Dios que le
baste ; y es , que procuramos re-
parar con la comida , y bebida
las ruinas frequentes del cuerpo,
lo qual es preciso , antes que tú,
Señor , destruyas los manjares , y
el estomago humano , acabando

de una vez con esta mi necesidad quotidiana , dandome la saciedad admirable eterna , quando vistas à este cuerpo corruptible con la incorrupcion , que ha de durar para siempre. Mas ahora , mi Dios, este padecer la hambre, y la sed me es suave ; mas es necesario pelear continuamente contra esta suavidad , no sea que cayga en su lazo ; por lo qual batallo con los ayunos continuos , reduciendo à servidumbre mi cuerpo ; pero estos dolores, (que lo son sin duda) la sed , y la hambre se arrojan con el deleyte de la comida , y bebida ; y como una calentura causa la muerte , si no la socorre la medicina , asi abrasa la necesidad de los alimentos ; pero como tú , piadoso , hiciste que la tierra , la agua , y el Cielo asistiesen promptos á curar esta continua enfermedad nues-

tra , de la indigencia pasa el hombre à la delicia. Esto , pues , debo, Señor , á tu enseñanza ; y es , que tome los alimentos precisos , como en un caso de enfermedad recibo las medicinas. Mas quando paso de la necesidad molesta à la quietud de la hartura , en el mismo transito se me arma yá el lazo del mal deseo ; porque aquel pasar de un extremo á otro , es deleyte , y no hay otro camino por donde ir , que aquel à que obliga la indigencia , que se padece ; y siendo la salud causa que mueve á la comida , y bebida, se le arrima por compañera , que la sigue , la golosina peligrosa , y comunmente quiere ir delante , para que se haga por ella lo que yo digo , y quiero , que solo se execute por causa de la salud , y no por otro motivo ; (porque hay en esto gran diferencia) quan-

do se le hace poco à la gula, lo que para conservar la salud sería muy suficiente ; y muchas veces no puede averiguarse , si pide el socorro de la comida la necesidad del cuerpo , ó el engaño delicioso del apetito es quien solicita la mesa. Con esta incertidumbre se alegra la alma infelíz , buscando en ella el patrocinio , para escusarse de culpa, quando logra la apariencia de que importa á la salud el exceso , que debia ser moderacion, pareciendole , que con la sombra de que conviene á su sanidad , oculta lo que es agencia para lograr el deleyte. A estas tentaciones , Dios, y Señor , procuro resistir cada dia , invocando tu mano diestra para mi salud , y refiriendote mis congojas ; porque hasta ahora no sè qué consejo tome sobre esta materia. Oygo la voz de mi Dios

por su Evangelista San Lucas, (1) en la qual me dice: La embriaguéz no agrave vuestros corazones. Esta està lejos de mí : tén piedad de mí, Señor , para que no se me acerque. Tal vez suele tentar à tu siervo: tú harás que no me posea; pues nadie será continente, si tú no se lo concedes. Haciendo oracion à tí, nos otorgas muchas cosas ; y aun fuera de la oracion ; si algo recibimos bueno , de tu mano lo recibimos, y el conocerlo despues , tambien es dadiva tuya. Nunca, Señor, fui aficionado al vino; pero conocía muchos entregados à èl remediados por tus auxilios : luego tambien fué accion de tu clemencia el que no cayesen en tal fealdad aquellos que no incurrieron? Pues quièn , sino tú , pudo hacer, que

(1) Lucæ cap. 21.

que no fuesen siempre lo que fueron antes ? Ni quién pudo hacer el que conociesen unos , y otros , de que mano les vino un bien semejante? Otra voz , Señor , oí tuya (1) *No vayas tras tus deseos, y apartate de tu deleyte*; y escuché tambien aquella tan de mi gusto , que dice por gracia tuya (2) : *Ni comiendo abundaremos, ni el no comer nos hará falta* , que es lo mismo , que si dixese: Ni la gula me hará rico , ni me hará infelíz el comer poco. Otra sentencia atendí tuya (3) : *To supe de todo, de abundancia, y de miseria, y para todo fui suficiente, porque todo lo puedo en aquel que me conforta*. Esto es ser Soldado del Cielo, no polvo, y ceniza, como no-

Tom. II.

V

1 Eccles. cap. 18.

2 1. Ad Corinth. cap. 8.

3 Ad Philippens. cap. 4.

sotros somos: y pues somos esto, acuerdate, Señor, de nuestra fragil materia, y que habiendo fabricado al hombre de un material tan quebradizo, pereció, y tu solo le hallaste: no pudo él recuperarse por sí, porque era el mismo polvo. Ni Pablo, que dixo la tal sentencia, dexaba de ser tan fragil como los otros hombres; pero lo dixo inspirado de tu Santo Espiritu, y yo le amé, como à quien hablaba por boca tuya. Dixo, que lo podia todo en aquel, que le daba fuerzas. Pues dame las, Señor, à mí, para que yo tambien pueda hacer quanto me convenga: dame lo que mandas hacer, y manda lo que quisieres. Pablo dice, que lo recibió, y toda su gloria en ti la pone. Mas yo oí tambien á otro, que te pedia psra conseguir, y decia(1): *Qui-*

tame, Señora los deseos de mi estomago. De donde se infiere, Santo Dios mio, el que tú dás lo que mandas que se execute. Enseñasteme, Padre bueno, el que todo es limpio para los limpios; pero que es malo para el hombre el comer en ofensa tuya. Toda criatura tuya es buena, y nada debe arrojarse de lo que se recibe con bendicion, y accion de gracias, pero entiendase, que la comida no nos hace recomendables en la presencia divina; y asi, ninguno nos juzge por los alimentos que gastamos; ni el que come haga desprecio del que no come; ni éste se entrometa á juzgar al que vé abundante en comida. Esto he aprendido, gracias á tí: alabanzas te sean dadas, Dios mio, Maestro mio, tu que llamas á mis orejas, y ilustras el corazon de este siervo tuyo. Librame, Señor, de to-

da tentacion , que no temo yo la inmundicia de la vianda, sino el asco de su mal deseo. Sé que á Noé se le permitió, que comiese toda carne , que pudiese servir á su uso; que Elías tambien comió carne, y que San Juan Bautista, sustentandose en su admirable abstinencia de langostas , no fue manchado. Y sé tambien, que Esaú fue engañado por el deseo de un potage grosero, quando no ignoró, que David se reprehendió à sí mismo por el deseo del agua de la cisterna. A nuestro Rey Jesu-Christo , no le tentó Satanàs con carne , sino con pan; y el Pueblo de Israel fue castigado en el Desierto , no por desear comer carne , sino porque este deseo le hizo numerar de la Providencia Divina. Puesto yo , pues , en estas tentaciones , cada dia estoy lidiando contra los deseos de la comida

y bebida, porque en esto no hay que cortar de una vez, y no bolver jamás á ello, quedando yá determinado, como lo pude executar en los deseos sensuales; y asi de materia de comida, y bebida, se ha de tener gran cuidado con el freno, que ha de ponerse al paladar, de tal modo, que ni se estreche, ni tampoco se relaxe. Y quién, mi Dios, será aquel, que alguna vez no se salga de los limites de la sobriedad, comiendo, y bebiendo solamente lo necesario? Si alguno hay, éste es varon grande, engrandezca tu Santo nombre. Yo no soy ese, que solo soy un miserable hombre pecador; mas tambien alabo tu nombre Santo, y ruega por los pecados mios á tu acatamiento aquel Redentor, que venció el mundo, y me numeró entre los miembros enfermos de su cuer-

310 *Confesiones de S. Augustin.*
po ; porque es verdad lo que David
dixo : Tus ojos vieron mi imperfec-
cion , y en tu libro serán escritos
todos los hombres.

CAPITULO XXXII.

Que nada hay seguro en esta vida.

NO me dà mucho cuidado el de-
leyte de las fragancias ; y asi,
si están lexos , no las busco ; si es-
tán cerca , no las desprecio ; pero
vivo prevenido á carecér siempre de
ellas. Asi juzgo que me sucede , no
sé si me engaño , porque siempre son
dignas de llanto estas tinieblas , en
que aún se me esconde esta mi faci-
lidad de hacer , quando aun pre-
guntandose el alma à sí misma,
hasta adónde llegan sus fuerzas,
no juzga que debe fiar de sí pro-
pria ; pues aun lo mas íntimo con
su sér es tan oculto , que solo

puede declararse por la experiencia. Y nadie debe darse por seguro en en esta vida , que toda es una tentacion continua ; y asi , el que pudiese de peor hacerse mejor , no se haga de mejor mas malo. Valganos, Señor, una esperanza en tí, una confianza , y un proposito firme para lograr tu misericordia.

CAPITULO XXXIII.

Del deleyte de los oídos.

LAS delicias del oído me han vian aprisionado , y rendido mas fuertemente ; pero tú , Señor , me desenlazaste , y libraste ; y ahora en los sonos , que animan palabras tuyas , quando se cantan con musica artificiosa , y voz suave , confieso, que me deleyto un poco , no para pegarme á tal gusto , sino para dexarle,

quando fuese voluntad mia. Verdad sea , que como la vida, que gozan aquellos sones, son las sentencias tuyas , buscan en mi corazon para ser admitidas algun lugar decoroso; y apenas se le doy digno , porque tal vez me parece que les doy mas honra de la que debo darles, sintiendo, que con las tales palabras se inflaman mas nuestros corazones (siendo en sí tan santas, y religiosas) quando se cantan con suavidad, que quando no se cantan así; y todos nuestros afectos tienen no sé qué amistad con la musica, que se mueven, y se excitan , segun los modos de que usan la voz , y el canto. Pero el deleyte del cuerpo, á quien no es razon fiar el alma , me engaña muchas veces; porque el sentido no acompaña de tal suerte á la razon, que con paciencia aguarde á ir despues ; sino que intenta ir delante , y guiar

á la razon misma , por quien solamente mereció ser admitido. Asi poco en estas cosas sin sentirlo, y despues lo siento ; pero tambien cautelandome excesivamente de esta falacia , yerro en la demasiada severidad; pues suele acontecer, que quier apartar de mis oídos todo genero de suavidad en los tonos , con que se cantan los Psalmos del Profeta David, y de la Iglesia, pareciendome mas seguro lo que muchas veces me acordaba haver oído á Athanasio, Obispo de Alexandría, que hacia al Cantador del Salmo , el que cantase con voz tan remisa, que mas pareciese rezado , que no cantado. Con todo eso , quando me acuerdo, Señor , de aquellas lagrimas mias vertidas en los principios de mi Fé recuperada , á la suavidad de los Canticos de la Iglesia ; ahora me mueven los mis-

mos, no por el canto , sino por lo que contiene , quando se entonan con una voz clara , y musica muy conveniente, bolviendo á reconocer la grande utilidad de este importante instituto. Asi peligro, Señor, y ando fluctuando entre la experiencia de lo saludable, y de lo delicioso; y me parece mas seguro el dár sentencia irrevocable de prohibir la costumbre aprobada de la Iglesia , para que el animo enfermo por el deleyte de los oídos se levante, y se excite á piadosos afectos. Y no por esto dexo de conocer , que quando me mueven mas el canto , que lo que en él se contiene , peco , y como tal lo confieso digno de penitencia , y entonces quisiera no oír la voz , que me arrastra. Este es el estado en que me hallo : llorad , hermanos, conmigo , llorad por mí los que

obrais bien en vuestro interior, y de
aí nacen vuestras acciones buenas;
y no hablo con los que sois malos,
porque no os moverán mis ruegos.
Mas tú, Señor, y Dios mio, mirame
con atencion, tén piedad de mí, y
dame salud tú, á cuyos ojos soy yo
question, y dificultad de mí mismo,
siendo esta mi enfermedad, y miseria.

CAPITULO XXXIV.

De los lazos de la vista.

REsta el deleyte de mis ojos
carnales, de quienes haré
confesion tan pública, que no so-
lo resonarán en los oídos del Tem-
plo tuyo, sino que las oirán mis
hermanos piadosos, para que con-
cluya yo con las tentaciones, que
ocasiona la concupiscencia de to-
dos mis sentidos, que aun peni-
tente me están llamando, quan-

do deseo sobrevestirme la estola
cándida de la immortalidad en el
Cielo, que es mi morada. Aman los
ojos las formas hermosas, y vanas,
y se dexan llevar de los amenos, y
resplandecientes colores: no po-
sean estos mi alma; solo la posea
aquel Dios Omnipotente, que formó
buenas todas estas hermosuras, quan-
do es él mi unico bien, y no estas
bellezas fragiles. Estando despier-
to, me tocan todos los dias, y no
me permiten descanso, como el que
siento quando callan las voces mu-
sicas, y el silencio las embarga;
porque la reyna de los colores,
haciendo que todo se vea á su
resplandor esparcido, en llegando
el dia, me lisonjéa con diversos
deslices, estando ocupado en otra
cosa, sin advertir que me arrastra.
Es tanta de la luz la vehemen-
cia en llegar á introducirse, que

si de repente se ausenta, se solicita con deseo; y si falta por largo tiempo, llena de tristeza al alma. O luz! la que veía Tobias, estando ciego, quando enseñaba á su hijo el camino de la vida, y caminaba delante de él con los pasos de la caridad, no errando jamás la senda. Y, ó luz! la que gozaba Isaac, cerrados, y gravados los ojos corporeos con la senectud, echando bendiciones á sus hijos sin conocerlos, y mereciendo conocerlos, quando los bendecía. Y, ó luz! la que Jacob, quando cerrados con la mucha edad los parpados, brotó resplandores de su corazon profetico, anunciando la multitud de gentes, que en los siglos venideros havian de proceder de sus hijos; y trocando sus manos en forma de cruz, puso la diestra sobre el hijo menor de Joseph, y la siniestra so-

bre el mayor, segun su luz interior le dictaba, y no segun su hijo Joseph queria. Esta es propriamente la luz: es una, y no hay otra, y los que la vén, y aman, todos son una cosa misma; pero esta luz corporal (de que yo hablaba) con engaños, y peligrosa dulzura, á sus ciegos amadores les hace suave esta temporal vida. Mas los que saben alabarte, porque criaste criatura tan hermosa, (ó gran Dios, Criador de todo!) usan de ella para elogiarte; mas no para adormecerse á sus visos. Asi, Señor, deseo yo ser: resisto à los engaños de los ojos, para que no se vean mis pies impedidos en el camino de tu verdad, á que èntro, y levanto à tí los ojos del alma, para que arranques de mis pies los lazos, en que se embarazaren. Es cierto, Señor, que se enlazan; pero tú rompes sus impedimentos:

tú no cesas en hacer esta buena obra; pero yo cada instante me detengo en las asechanzas esparcidas; mas con el consuelo de que no duermo, ni dormitarà el que es guarda de su fiel Pueblo, que eres tú, Dueño piadoso. Quàntas invenciones para arrastrar los ojos han añadido los hombres con sus obras, y artificios? En los vestidos, en los calzados, en los vasos, y otras fabricas, como las pinturas, y otras ficciones diversas? Y pasando del uso piadoso de la moderacion, y necesidad, à una transgresion de profanidad, y abusos, se dexan llevar de lo que hacen ellos mismos, y dexan en su interior abandonado al que los hizo à ellos, con ruina fatal del sèr que les dió su Omnipotencia. Mas yo, Dios mio, y honra mia, aun en esto te doy elogios, y te entono cànticos de alabanza, sacrifican-

do al que me santifica ; porque conozco, que todas las fabricas hermosas; que desde el ingenio vienen á las manos humanas , para el artificio de aquella hermosura proceden que es sobre todas las almas , á quien de dia , y de noche mi alma está suspirando. Mas los Artifices, y sequaces de las exteriores hermosuras, de Dios trahen la aprobacion, siendo buenas ; mas no trahen de Dios el mal exceso en usarlas. Asiste el Señor en las tales obras , y no te vén , para no alejarse, y guardar solo para tí su fortaleza , no dexandola caer con las delicias en fatigas no provechosas. Mas yo, que estoy hablando esto , y diferenciando entre lo verdadero , y lo falso, tambien me dexo llevar de exteriores hermosuras ; pero tú , Señor , me sacas de alli: tú me libras ; porque tengo siempre
pre-

presente tu infinita misericordia. Yo soy enlazado miserablemente, y piadoso rompes mis lazos, tal vez cayendo yo sin reparo, y tal vez do-liendome mucho el haverme asi atollado.

CAPITULO XXXV.

De la curiosidad de saber.

AÑadese à estas tentaciones otra muchas veces mas peligrosa; porque fuera de la concupiscencia carnal de los sentidos, y deleytaciones, à quienes rindiendose perecen los que se alejan de tí, por los mismos sentidos corporales se vâ introduciendo un vano, y curioso deseo de experimentar las cosas, no por lograr el carnal deleyte, sino por averiguar por medio de la carne misma lo que se desea saber, y es tentacion, que vá paliada con el titulo de ciencia,

y conocimiento; y como consiste en el apetito de conocer , y los ojos son en el hombre principes de los sentidos; en las Sagradas Letras se llama esta vana curiosidad concupiscencia, ó apetito de los ojos, porque propriamente el vér, y averiguar los objetos, á ellos les pertenece ; mas usamos de esta misma palabra vér en los demás sentidos , quando los aplicamos à que perciban lo que es dentro de su esfera ; pues no decimos, oye lo que resplandece , huele lo que brilla , gusta lo que reluce, toca lo que relampaguea; sino, mira estos lucimientos. Mas no solo hablamos asi en lo que toca con propiedad à la vista , sino en lo que pertenece á todos los otros sentidos , pues decimos : Mira qué bien suena , mira cómo huele , mira cuán dulcemente sabe , mira qué dureza ; y asi , la general experien-

cia de los sentidos (como se ha dicho) se llama concupiscencia de los ojos; porque el oficio de vér, en que los ojos tienen su principado, le usurpan por semejanza todos los demás sentidos, quando se ponen à averiguar lo que toca al conocimiento humano. De aqui, con mas evidencia llega á discernirse la diferencia que hay entre la curiosidad, y el deleyte; porque este tiene por objetos las hermosuras, las consonancias, las suavidades, los sabores, y las blanduras; pero la curiosidad muchas veces atiende à todo lo que es contrario á estas cosas, no por padecerlo, ni por molestarse, sino por el deseo que tiene de saber, y conocer los objetos. Pues qué deleyte puede causar el vér un cadaver destrozado, y deshecho, motivo de un triste horror á los ojos? Y con todo eso, hay grandes concursos á vér esta lastima,

para entristecerse, y poner los rostros pàlidos: temen el que en sueños se les represente objeto tan triste , y despiertos vàn á mirarlo, como si los llevasen por fuerza, ó corriese la fama de que havia que vér una singular belleza. Asi, pues, sucede en los demàs sentidos, que omito , por no ser prolixo; y de esta enfermedad en los espectáculos se vén raras maravillas. De aqui nace el pretender averiguar los secretos, que la naturaleza ha obrado fuera de nuestro conocimiento, quando de nada puede servir, y solo por curiosidad se aplican muchos hombres á inquirirlos. De aqui tambien se origina el querer saber lo oculto por la perversa facultad de la Arte Magica ; y tambien por esta vanidad es Dios tentado en puntos de Religion, quando se le piden señales , y milagros sin necesidad , no para salud , si-

no solo por experiencia de su concupiscencia vana. En esta, pues, selva inmensa, llena de asechanzas, y de peligros, mira, Señor, quànto he cortado, y expelido de mi corazon, segun tus dones soberanos, Dios de mi salud, y vida. Con todo eso, quàn-do, mi Dios, cercando nuestra fragil vida, quotidianamente tanta variedad de riesgos de esta calidad, me atreveré yo à decir, y còmo podré decirlo, que nada de esto he mirado con cuidado, ni alguna vana curiosidad me ha cogido? Ya los theatros no me mueven; ni cuido de los movimientos de los Planetas, ni mi alma jamás creyó en oráculos diabolicos, pidiendoles respuesta en sus dudas: detesto, y abomíno todo secreto sacrilego. Mas con quàntas sugestiones me combate el enemigo, para que te pida, Señor, algun milagro, quando te debo ser-

vir , y estar rendido à tu voluntad con un obsequio humilde, y sencillo? Pero te ruego; Dios mio, por nuestro Rey Jesu-Christo, por la Patria Celestial Jerusalén candida, y pura, que como por ahora está lejos de mí el consentir en tales desatinos , asi siempre vayan , y estén mas lejos de mí cada dia. Quando te ruego por la salud de alguno , otro es el fin que mi intencion lleva; pero logro el que me concedas á tí mismo , que haces lo que es voluntad tuya, y el que yo te siga muy volutariamente. Con todo eso digo , que cada dia es tentada nuestra curiosidad en muchas cosas muy menudas , y despreciables; y quién contará las veces quantas caemos en miseria semejante ? En muchas ocasiones oímos referir vanidades, y por no ofender al que las dice , lo llevamos con paciencia , y despues poco á poco nos va

entrando el gusto de oírlas. Si en theatro público, por diversion, sueltan alguna libre para que el perro la siga, no voy à verlo; pero sí tal vez esto sucede en el campo, por donde suelo pasar, ya suele apartarme el entenderlo de algun pensamiento grande, no por que yo con el caballo la siga, sino con el corazon, llevandome tras sí la inclinacion à la caza; y si tù, Señor, mostrandome mi enfermedad, no me aconsejas, ó de lo mismo que estoy viendo no me excitas algun pensamiento santo en orden à tí, dandome el desprecio de todo, y pasando de largo, como si tal no sucediese, cayo en una torpeza vana. Que me irá á mí en que muchas veces; estando yo sentado en una silla en mi casa, me lleva la curiosidad de vér las dos especies de arañas: cómo el alguacil (que llaman) prende las

moscas; y cómo la que texe redes en sus hilos las enlaza? Por ventura, el ser animales pequeños estorva el que muevan vanamente la curiosidad humana? De alli, ó Criador admirable, me levanto à alabarte , viendo la gran providencia con que todo lo has ordenado ; mas no tomé motivo de alli para ser atento: porque una cosa es no caer , y otra es levantarse presto despues de haver caído. De esto està llena mi vida: caygo , y me levanto , siendo mi grande esperanza la misericordia tuya : pues concibiendose en el corazon esta variedad de miserias, llevando en sí tanta multitud de vanidades ; de aqui nace el que la oracion se interrumpe , y se perturba ; y quando queremos clamar á tí , y hacer tus oídos atentos á las voces de nuestra alma, se corta con los vanos , y ridi-

culos pensamientos un punto de tanta importancia.

CAPITULO XXXVI.

Del pecado de soberbia.

HEmos de juzgar, Señor, que el havernos comenzado tú á mudar, no es digno del mayor aprecio? Ni havrà otra cosa, que nos constituya en esperanza de alguna perfeccion, sino sola tu misericordia? Tú sabes bien quánta mutacion has hecho en mí; pues haviendo comenzado à librarme del deseo de la venganza, espero, que te apiades de las otras maldades mías, y que sanes mis dolencias todas, redimiendo de la corrupcion mi vida, coronandome con tus piedades, y sacies de bienes á mi deseo; pues con tu temor refrenaste mi soberbia, sujetando mi cervíz al suave yugo de tus pre-

330 *Confesiones de S. Augustin.*
ceptos. Ahora le llevo, Señor, y se me hace leve, y gustoso, porque así lo prometiste, y cumpliste; y siendo así, yo, como ignorante, temia el entrar en él, si fuese muy aspero. Mas por ventura, Señor, tú que solamente dominas, ó reynas sin genero de soberbia, siendo el unico Señor, y que no conoces otro, dime, Dios mio, hame faltado acaso este tercer genero de tentacion, ó puede faltarme en toda mi vida querer ser temido, y amado de los hombres, no por otro motivo, que por una gloria vana? Miserable vida la del hombre! sea, y abominable jactancia! De aqui, mi Dios, nace especialmente el no amarte, ni temerte con la pureza que debe el alma; y por eso tú resistes á los soberbios, y das gracia á los humildes; y tronando sobre las ambiciones del mundo tiemblan los mon-

tes mas altos, desquiciandose sus cimientos ; y como importa para el buen gobierno de las humanas repúblicas, el que unos hombres amen, y teman á otros; el enemigo de nuestra quietud insta , y anda esparciendo lazos , para que inclinados á la vanidad de mandar á otros, seamos cogidos incautamente en las redes de la soberbia; y faltando al verdadero gozo, que està en tí, le tengamos en los engaños humanos , teniendo el gusto en ser amados, y temidos, no por tí, ni por amor tuyo , sino por ser semejantes á tí , Dios temido , y amado : con que pretende el dicho enemigo tenernos consigo , como parecidos á la locura de su soberbia, no por concordia de caridad, sino por compañía en sus penas, habiendo pretendido en el Cielo poner su silla á los lados del Aquilon , para que por el camino tor-

cido de la maldad, los frios , y que andan en sombras, le rindan la mas infeliz servidumbre. Mas nosotros, Señor, somos pequeño , y humilde rebaño tuyo: tú nos posees, pues tuyos somos: extiende sobre nosotros tus alas , y acojamonos á ellas: sé solo tú nuestra gloria: seamos amados solo por tí , y temamos tu santo nombre. El que quiere ser alabado de los hombres, quando le tienes por indigno, quando tú llegues á juzgarle, no le podrán defender los tales hombres; ni condenandole tú, le podrán librar del castigo; mas el justo, que es alabado en los deseos de su alma y no se bendice el malvado , sino que es loado el hombre por algun dón , que tú le diste entonces; si este se gloria en sí mismo, y no pone el gozo en tí, que le diste aquella gracia por donde la alabanza le viene , ya éste no es justo, si-

no vituperado de tí , y vanamente es loado, siendo mejor quien le alaba, que el que recibió el elogio; pues aquel alabó en el hombre la gracia, que Dios le hizo ; y á este le agrada mas lo que le dá el hombre, que lo que Dios le havia dado.

CAPITULO XXXVII.

Quánto mueven á los hombres las alabanzas , y vituperios.

CAda dia, Señor, nos vienen estas tentaciones, y no cesan de acometernos: un horno encendido es cada dia nuestra lengua: nos mandas refrenar en este genero de peligro; pues dános lo que nos mandas , y manda lo que quisieres. Tú sabes quánto ha gemido mi corazon , y quánto he llorado sobre este riesgo; porque no puedo colegir con facilidad, què limpieza tengo de este

contagio; y temo mucho mis dselices ocultos, que vén tus ojos, y no los mios. En otros generos de tentaciones tengo facilidad de examinar mi conciencia, y en quanto á la lengua, ninguna tengo; porque en quanto à los deleytes, y superflua curiosidad de averiguar lo que no me importa, veo, que he logrado no poco en orden á refrenar mi alma, quando carezco de tales cosas, ó por faltarme, ó por no quererlas; porque entonces me pregunto, cuánta molestia me causa, poco mas ó menos, tenerlas, ó no tenerlas? Las riquezas, que se codician para servir á uno de los tres apetitos, de la carne, de los ojos, ó la soberbia, à los dos, ó à todos tres juntos para conocer el alma si està asida á ellas, puede probarse facilmente con abandonarlas; pero qué examen podremos hacer en orden á la alabanza,

que pende de lengua agena, si sentimos el carecer de ella, ó nos gloriamos en escucharla? Hemos de vivir tan mal, y con tanta perdicion vanamente, que nadie nos conozca, que no llegue á abominarnos? Qué mayor locura puede decirse, ó imaginarse? Mas si la alabanza suele, y debe ser compañera de una vida buena, y de unas santas operaciones, ni uno, ni otro debemos desechár, ni las buenas obras, ni su alabanza. Mas no siento de qué suerte toleraria yo el que me faltase, sino viendo que me faltaba: pues ahora, qué es, Señor lo que yo te confieso en este genero de tentacion, que me asalta? Qué, si no el deleyte, que me ocasiona el oírme alabar, aunque mas me lleva la verdad, que las alabanzas? Pues si me diesen à escoger, entre verme alabado de los hombres, siendo un hombre peca-

dor, y furioso, ó verme vituperado de todos siendo constante, y firme en lo verdadero, sé muy bien lo que elegiría. Mas no quisiera, que la alabanza de la boca agena me aumentase el gozo en qualquiera buena obra mia ; pero la lastima es, que la alabanza le aumenta, y el vituperio le disminuye, y esta miseria mia me turba el alma: entrame luego una excusa , que tú , Señor , sabes qual sea, y à mi me pone dudoso. Consiste ésta , en que tú , no solo nos mandaste la continencia ; esto es , en qué cosas no hemos de poner el afecto ; sino que ordenas , que atendamos à la justicia ; esto es , en qué debemos exercitarla. Siendo precepto tuyo , no solo el amarte, sino tambien el amar al proximo, muchas veces me parece que cumplo con este mandato , deleytandome en el aprovechamiento , ó es-

peranza de dicho proximo, quando oygo; que alaba con fundamento, clara señal de que lo entiende; como al contrario, me entristezco de su daño, quando le escucho vituperar, ó lo que es bueno, ó lo que él no alcanza. Esto me sucede tambien quando me veo alabar en algunas cosas, en que me enfado de mí mismo, ó en materias tan menudas, que no merecen, ni el aprecio, ni la alabanza. Pero haciendo reflexion, de dònde me consta. de què puede nacer este afecto; porque si quiero, que convenga con el dictamen que yo hago de mí mismo, el que me alaba, ò porque los mismos bienes, que yo tengo, y son del agrado mio, me son mas gustosos, quando veo, que tambien à otro le agradan, pues de algun modo, no soy yo alabado, quando el elogio no conviene con lo que yo de mí siento, su-

puesto , que , ó se alaban en mí las cosas, que me desagradan , ò se llegan à apreciar mas las que son menos dignas de estimarse , pues pregunto : será esto el no entender yo lo que pertenece à mí mismo ? Lo que veo , Dios , y Señor , y Eterna Verdad , es, que no por mí debo estimar las alabanzas mías, sino solamente por la utilidad de mi proximo ; pero ignoro si lo executo asi: Tú , Señor , solo lo sabes. Ruegote, pues , Dios mio, que me concedas mi proprio conocimiento, para que yo confiese à mis hermanos , que oren por mí la enfermedad, que en mí hallàre ; y buelva yo á preguntarme con mas diligencia: Si me mueven mis alabanzas , por la utilidad de mi proximo , por que me muevo menos , quando oygo , que á otro le vituperan injustamente, que quando cae sobre mi aquel vitupe-

rio? Por què, siento mas mi contumelia , que la de mi hermano, siendo la maldad una propria? Ignoro esto á caso? Solo me faltaba el engañarme à mí mismo en tu Divina Presencia , Dios , Suma Verdad, faltando yo à ella en el corazon, y la lengua. Arroja, Señor, lejos de mí esta locura , para que mi boca no sea la del adulator, ni que las alabanzas falsas lleguen à hurtar mi cabeza. Yo, mi Dios , soy un mendigo, y pobre, y mejor, quando en lo oculto de mi corazon gimo mis miserias, buscando tu misericordia, para que repares mis defectos, y los perfecciones hasta la paz perpetua, viviendo aqui descontento de mí mismo ; mas este conocimiento no le tienen los soberbios.

CAPITULO XXXVIII.

Que la virtud peligra en la vanagloria.

QUando hablan, y hacen los hombres peligra en la gran tentacion de desear ser alabados, mendigando votos, y sufragios ajenos para su aplauso , y que los tengan por varones excelentes: y quando yo en mí reprehendo este mal deseo , se me excita cierto genero de vanidad en vèr, que reprehendo en mí lo malo; con que el mismo reprehenderme es argumento, que infiere en mí consecuencias de gloriarme: con que se infiere , que de pisar la vanagloria, nace otra gloria mas vana, y no es triunfar de este vicio el quedarse dentro del alma arraigado.

CAPITULO. XXXIX.

Del amor proprio.

EN la misma especie de tentacion hay dentro del corazon otro daño; y es amarse á si mismo, ó yá agraden, ó yá desagraden á otros, sin poner en eso el cuidado; pero, los que viven muy satisfechos de sí á Tí, Señor, no te satisfacen, no solo porque sus males los juzgan bienes, sino porque los bienes tuyos; lo miran como si fuesen suyos; ó los que Tú les diste de gracia, los atribuyen à propios meritos; y quando confiesen, que no son meritos suyos, sino pura liberalidad de tu infinita misericordia, no quieren que otros tengan esta misma gracia, sino que les tienen envidia. En todos estos peligros, y trabajos de este genero, vé, Señor, y Dios,

342 *Confesiones de S. Augustin.*
quánto tiembla el corazon mio,
viendo que tienes, que sanarme mas
llagas, que las que siento, y cono-
co, que se me imprimen.

CAPITULO XL.

De la lucha contra los Vicios.

PUes adónde andabas, y no con-
migo, Verdad Soberana, para
enseñarme lo que debo huir, y lo
que debo amar, quando del modo
que pude te consulté estas miserias
del mundo, que mis ojos conocian?
Registré la tierra toda, quanto alcan-
zó mi sentido, que es á lo exterior:
atendí à la vida de mi cuerpo, en
quanto á mí, y mis sentidos, y desde
alli me introduxe á lo mas interior
de mi memoria, donde se hallan es-
pacios tan dilatados de especies in-
numerables: considerélo, y quedé es-
pantado; y sin Tí, Señor, nada pude

distinguir ; pero hallé , que Tú nada de esto eres , ni yo tampoco , que hallé cosas tan distintas , y me paseé por ellas , procurando diferenciarlas , y dár à cada una su estimacion , conforme à su dignidad ; porque veía , que algunas de ellas me las avisaban los sentidos , y preguntaba por otras , que veía mezcladas conmigo mismo , reconociendo , y contando los que me avisaban ; y tratando en las dilatadas riquezas de la memoria , unas ocultaba , y otras sacaba al público. No era yo , ni la virtud mia , quien hacia esto , ni eras Tú aquella virtud con que yo lo hacia ; porque Tú eres una luz permanente , á quien yo lo consultaba todo , sobre si eran , ó qué venian á ser , y en qué estimacion debian tenerse. Oía lo que Tú me decias , y mandabas , y muchas veces lo pongo por obra. Esto me deleyta ; y

quanto puedo eximirme de todas quantas acciones trahe consigo la necesidad de esta vida , me retiro, y solicito en este deleyte el refugio. Verdad es, que en quanto recurro à Tí, Dios , y Señor , para consultarte sobre todas estas dudas, no halla mi Alma lugar seguro , sino solamente en Tí, para que en Tí se recojan tantas diversiones, mias y nada que sea mio se aparte del amparo tuyo. Tal vez, mi Dios, me introduces á un efecto desusado allà en lo interior de mi espíritu, y siento no sé qué dulzura, que si llegase á perfeccionarse en mí, no la comprenderia yo ; mas sé, que no sería vida todo lo que no fuese lograr tan excelente dulzura. Mas los pesos miserables de esta mortal vida me hacen bolver à caer , adonde soy sumergido , y enredado : lloro mucho ; pero mucho es mi embarazo.

La carga pesada de una mala costumbre oprime excesivamente: quiero tenerme firme, y no puedo: puedo conseguirlo, y no quiero. O quánta miseria es la mia!

CAPITULO XLI.

De los tres apetitos de la carne.

POR eso, Señor, consideré las enfermedades de mis culpas en aquellos tres apetitos, que suele tener un pecador, Concupiscencia de la carne, Concupiscencia de los ojos, y Soberbia de la vida, (1) y clamé á tu diestra, para salud de mi alma; porque ví con mi corazon enfermo el resplandor centellante tuyo, y en su reverberacion, á que no bastaba mi vista dèbil, dixe: Quién podrá acercarse à tanto ímpetu de luces? Arro-

(1) Epist. 1. Joan. cap. 2. vers. 17.

jado estoy precisamente, Señor, de los ojos tuyos. Tú eres la Verdad, que lo gobierna todo; pero yo, por mi codicia, no queriendo perderte à Ti, quise à un mismo tiempo poseer la mentira, con el que es Verdad por esencia; como el que sabiendo lo que es verdadero, dice lo falso, sin querer que le tengan por mentiroso. Y así te perdí, Dios, y Señor, porque intentar poseerte con la mentira, es indignacion de la suma pureza tuya.

CAPITULO XLII.

Del sacrilegio de intentar purificar la conciencia por medio de los demonios.

A Quién hallaría yo, mi Dios, y Señor, que me reconciliase contigo? Debí buscar à los Angeles para conseguir esta dicha. Con qué ruegos! Con qué Sacra-

mentos! Muchos, deseosos de volver à Tí, y no pudiendo conseguirlo por sí mismos, hicieron experiencias varias, (segun he oído) con que cayendo en el deseo de vér visiones curiosas, fué justo el que quedasen burlados; porque te buscaban soberbios, por medio de una doctrina pomposa, sacando mas afuera su pecho en las exterioridades, que golpeandole con el dolor interior: conque atrayendo á sí las Potestades aëreas; esto es, los demonios conspirantes, y compañeros de su soberbia, á semejanza de su corazon, engañados por la Arte Magica, buscaban un medianero, que purificase sus conciencias; mas en verdad, que no pudieron hallarle. Transfigurabase el demonio en Angel de Luz, para engañarlos; y aunque es espiritu incorporeo, atraia mucho ácia sí la carne seberbia. Eran

aquellos hombres mortales, y pecadores ; pero Tú , Señor , con quien deseaban reconciliarse soberbiamente , eres immortal, é impecable. El mediador entre Dios, y entre los hombres, convenia que fuese semejante à Dios, y semejante à los hombres ; porque si solo fuese hombre, estaria lejos de la Naturaleza Divina ; y si solo fuese Dios , estaria muy distante de la Humana Naturaleza : con que no podria ser medianero ; pero aquel que buscaban por mediador, siendo un engañador, que por justos juicios tuyos engaña à los soberbios , segun su locura merece , conviene con los hombres, en quanto ser pecador ; pero pretende parecerse à Dios , porque no es corporeo , queriendo ostentarse immortal ; mas es su intento muy vano , porque siendo la muerte estipendio del pecado , igual padece

la muerte como los hombres, pues murió á la Divina Gracia.

CAPITULO XLIII.

Que Christo es el verdadero Medianero entre Dios, y entre los hombres.

EL verdadero Medianero, pues, à quien Tú manifestaste à los humildes, por tu oculta misericordia, y le embiaste al Mundo, para enseñar el camino de la humildad, Mediador entre Dios, y entre los hombres, es Christo Jesus, que hecho Hombre, apareció entre los pecadores mortales, y el immortal Justo, mortal con los hombres, y Justo con Dios; porque siendo retribucion de la justicia y la vida la paz, quiso destruir la muerte de los que havia justificado, por medio de la santidad, en que estaba unido con Dios,

comunicando su justicia, y bondad á los que quiso hacer salvos (mediante su muerte misma.) Este Señor, Dios, y Hombre Verdadero, fue manifestado á los Santos del Antiguo Testamento, para que ellos por la fé de la Pasion, y Muerte, que havia de padecer, lograsen la eterna salud, como la logramos nosotros por la que toleró aquel Señor Piadosísimo. Es, pues, Mediador nuestro, en quanto Hombre, no en quanto Dios, y Verbo Divino, porque en esta Naturaleza Divina es igual á Dios, Dios en Dios, y Dios Uno con el Padre, y con el Divino Espiritu. Ah, Señor, y quanto nos amaste, quando no perdonaste à tu propio Hijo, sino que por nosotros le entregaste á ser crucificado, y maltratado por las manos de los impíos! O! cómo nos amaste, pues por nosotros, se hizo subdito tuyo, obediente has-

ta la muerte, y muerte afrentosa de Cruz, aquel que no juzgó ser hurto el ser igual à Tí; pues à la verdad lo es, teniendo en sí la potestad de morir, de bolver à resucitar, vencedor, y víctima sacrificada por nuestras culpas, y por eso vencedor; porque quiso sacrificarse por nosotros, siendo á un tiempo mismo, Sacrificio, y Sacerdote; y por eso, Sacerdote, porque se sacrificó à sí mismo, haciendonos en orden à Tí hijos, desde el abatimiento de esclavos, siendo Hijo natural tuyo, y queriendo ser Siervo nuestro! Con razon, mi Dios, tengo en él una esperanza firmisima, de que has de sanar mis enfermedades, siendo Medianero mio el que està sentado à tu diestra, y que ruega por nosotros; y à no tener tal Intercesor, no me quedaba esperanza alguna; porque son muchas, y grandes las

dolencias mias: son muchas, y grandes (repito) ; mas reconozco , que es mucho mayor, y mas dilatada tu medicina. Pudimos presumir , que tu Verbo estaba muy separado de la Humana Naturaleza; y si fuese asi, no tener que esperar remedio ; pero se hizo Carne , y habitó en nosotros. Horrorizado de mis culpas , de su gravedad , y mi miseria , havia meditado en mi corazon el retirarme del comercio de los hombres , pero Tú me lo estorvaste , y me alentaste , con decirme : Por eso murió Christo , para que los que viven , no vivan yà para si, sino para aquel , que dió por ellos su vida. Ahora , pues, Señor , para poder yo vivir , pongo en Ti mis cuidados todos , y solo cuidarè yà de meditar de tu Ley las maravillas. Tú conoces mi ignorancia , y los achaques de que
ado-

adolezo; enseñame, pues, y saname. Aquel Hijo Unico tuyo, en quien están escondidos todos los Thesoros de Ciencia, y Sabiduría, me redimió con su Sangre. No me calumnien los soberbios, porque considero el precio, con que fuí redimido: cómo bebo, y gasto á su costa, y como pobre mendígo deseo saciarme de él, entre aquellos, que comen, y están saciados, porque quantos buscan al Señor, le darán eterna alabanza.

CONFESIONES

DE N. G. P.

SAN AUGUSTIN.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Por què nos confesamos à Dios,
que lo sabe todo.*


 Caso, Señor, siendo
 tuya la Eternidad, ig-
 noras lo que te digo?
 Y para vèr lo que su-
 cede en tiempo, aguar-
 das Tù al tiempo para saberlo? No,
 que es Eterna Sabiduría. Pues si lo
 es, y nada ignoras, para què te re-

fiero yo tanta diferencia de casos míos? No lo he dicho, mi Dios, para que lo sepas ; sino que despierto mi afecto en Tí, y el de aquellos, que leyeren estas Confesiones mías, para que digamos todos: Grande eres, Señor, y digno de la mayor alabanza. Y á lo dixé, y vuelvo à decirlo, que por amor tuyo , y porque todos te amen lo hago ; porque tambien llegamos en la oracion à pedirte muchas cosas , y la verdad dice: *Antes que le pidais à Dios , yà sabe vuestras necesidades.* Manifestámoste , pues , nuestra enfermedad, confesándote nuestras miserias , y confesando tus misericordias sobre nosotros , para que del todo nos libres de nuestros males, pues yà comenzaste à hacerlo, dexando de ser infelices en nosotros, y siendo Bienaventurados en Tí pues nos llamas-te para ser pobres de Espiritu, apa-

cibles , llorosos , y hambrientos, sedientos de la Justicia, misericordiosos , limpios de corazon , y pacificos. Vès aqui , Señor , que te he confesado muchas cosas , que pude, y quise, conformandome con tu voluntad , pues Tú primero quisiste, que me confesase à Tí, mi Dios , y Señor , porque eres infinitamente Bueno , y es sin fin tu misericordia.

CAPITULO II.

En que pide à Dios le libre de culpas, y errores , y le lleve al verdadero conocimiento.

QUàndo, ó cómo, Dios , y Señor, podrá ser capáz la loquacidad de mi pluma, para publicar todas las exhortaciones, todos los sustos, consuelos, y direcciones , con que me conduxiste à la predicacion

de tu palabra Divina, y la Dignidad del Sacerdocio , administrando tus Sacramentos al Pueblo? Y si tal pudiese hacer, caro me vendrán à costar los instantes de los tiempos, porque hà dias, que me instan las ansias de meditar en tu Ley, y en ella confesarte tambien lo que alcanzo, y lo que ignoro, debiendo à tu luz lo que sè, y lo que no sé á las reliquias de mis tinieblas, hasta que la fortaleza tuya llegue á consumir la debilidad de mi entendimiento ; y no quiero, que se pasen las horas que tengo libres (fuera de aquellas, que es preciso gastar en la refaccion del cuerpo, y extension del ánimo, y en servicio de los hombres, deuda que pagamos tal vez de justicia, y tal vez de gracia) sino solamente emplear dichas horas en Divinas Meditaciones. Señor, Dios mio, atiende á mis ruegos , y oyga los deseos

mios tu infinita misericordia ; pues no solo es deseo mio, sino que puede servir á mis hermanos, para que os sirvan , y amen ; y yá vés en mi corazon , que lo que solicito , es sacrificarte los obsequios de mi entendimiento, y mi lengua , asi dame què ofrecerte. Yo, Señor , soy pobre, y mendígo, Tú eres muy rico para poder dár à los que te piden , y con toda seguridad cuidas siempre de nosotros. Corta, pues, Dios , y Señor , en los labios mios , asi del alma ; como del cuerpo , todo arrojito , y toda mentira. Tus Escrituras Santas me sean deleytes puros , y no permitas , que yo sea engañado en ellas, ni con ellas engañe á otros. Señor , atiende , y tén piedad de mí, Señor , y Dios mio , luz de los ciegos , y fortaleza de los enfermos ; y pues eres luz prontisima de los que vén , y valor de los es-

forzados , mira con atencion à mi alma , que clama à Tì del profundo. Pues si tus oídos no vencen la distancia suma , que hay desde lo infimo , à lo supremo , adónde irémos con nuestros gemidos ? Adónde llegaràn nuestros gritos ? Señor , tuyo es el dia , y tuya es la noche. Los instantes buelan à disposiciones tuyas : dame , pues , algun espacio , para poder meditar lo oculto de tu Ley Santa , y no cierres , Señor , las puertas de tu luz à los que llaman à ellas ; pues no en vano hiciste escribir tantas Paginas Sagradas , llenas de tus oscuros secretos ; y en verdad , que selvas tan sombrías tambien tienen sus ciertos ciervos , que recogidos á ellas , resumiendo , y considerando sus arcanidades , se apacientan de sus mysterios , y los vãn rumiando despacio. O , Señor ! hazme prefecto , y revelame

sus profundidades: tu Voz es el gozo mio , y es para mí sobre toda la abundancia de los deleytes humanos: dame lo que amo , pues sabes mi amor , y Tú me le diste: no desampares tus dadivas , y no desprecies una yerva tuya , que tanto necesita de agua. Servirá para gloria tuya quanto yo hallàre en tus Libros , y oiré la voz de alabanza , que á mi Dios se debe , bebiendo , y refiriendo en mi consideracion los milagros de tu Ley Sagrada , desde que en el principio criaste el Cielo , y la Tierra , hasta el Reyno , que contigo en la Ciudad Santa tuya han de gozar los buenos por eternidades perpetuas. Señor , oye el deseo mio , apiadandote de mí , que no es lo que yo deseo alhaja alguna terrena : no es codicia de oro , ni plata , ni piedras preciosas , vestidos de gala , honras , ni dignidades , ni carnales

deleytes, ni de otras cosas necesarias para el cuerpo, mientras vivimos peregrinos en este mundo; porque todo esto yá lo dàstù á quantos solicitamos el Reyno tuyo, y tu Divina justicia. Yá veràs, Señor, de dónde procede el deseo mio. Contaronme los pecadores mil fabulas, y embustes acerca de sus deleytes, y he conocido que no hay delicia, que iguale à la observancia de tus mandamientos sagrados. De aqui nace mi deseo todo. Padre amoroso, mirale tú, no le desatiendas! apruebele, y sea beneplácito tuyo el que yo, à vista de tu clemencia, halle el agrado en tus ojos, para que quando llame à las puertas de tus Letras Sagradas, pueda yo tenerlas patentes. Esto te ruego, Señor, por Jesu-Christo, Señor nuestro, Hijo Unigenito, y Varon de la diestra tuya, en quanto hijo del hombre, á quien con-

firmaste en la dignidad de mediador nuestro en tu Tribunal Divino , por el qual nos buscaste errantes, quando no te buscabamos nosotros, buscandonos para que te buscásemos atentos. Por el Verbo tuyo, digo, por el qual hiciste todas las cosas, Unico tu yo y que entre tantas especies como por él hiciste, tambien yo fui hecho, y por el qual llamaste al Pueblo de los creyentes para adoptarnos por hijos tuyos. Por este, pues, Unigenito tuyo, que está sentado á tu diestra, y que ruega por nosotros, en el qual están escondidos todos los thesoros de ciencia, y sabiduría, te pido, que me ilumines, que este Señor nuestro es à quien busco en los Libros tuyos. Moysés escribió de él, él mismo lo testifica, y la verdad lo asegura.

ADVERTENCIA.

Hasta aqui se pueden llamar Confesiones de San Augustin los Libros que quedan escritos, porque los restantes, aunque tienen este titulo, no son Confesiones, sino Exposiciones, que el Santo Doctor hizo sobre el capitulo primero del Genesis; y no siendo para todos unos puntos tan delicados, ningun Traductor ha querido ponerlos en Lengua Española. Lo que queda escrito toca á la devocion: lo restante á la curiosidad, mas alta sabiduría; y asi baste. Y el Señor disponga, que imitemos todos la humildad, confession, y lagrimas de tan gran Maestro de santidad, y ciencia, para que cantemos eternamente las Divinas misericordias.

L A U S D E O.

TABLA.

DE LOS CAPITULOS
que se contienen en este
Tomo.

LIBRO SEPTIMO.

CAP. I. De que desechando las
imagenes corporeas, comenzó
à conocer el que Dios no tiene
cuerpo, pag. 1.

Cap. II. Nebridio confuta à los Ma
nichéos, pag. 7.

Cap. III. Que el libre alvedrio es la
ocasion del pecado, pag. 9.

Cap. IV. Que Dios no puede ser
violentado, pag. 13.

Cap. V. Prosigue Augustino sobre
el origen del mal, pag. 16.

Cap. VI. Que los prognosticos, ó
adivinaciones de los Astrologos
son vanos, pag. 21.

Cap. VII. Insiste afligido Augustino sobre averiguar de dònde procede el mal, pag. 30.

Cap. VIII. Còmo socorrió á Augustino la Divina misericordia, pag. 34.

Cap. IX. Que halló en los libros Platonicos algunas verdades conformes à la Religion Catholica, pag. 35.

Cap. X. Como yâ à Augustino se le hacian mas claras las verdades Divinas, pag. 42.

Cap. XI. En que brevemente dice, que las criaturas son, y no son, pag. 45.

Cap. XII. Que todas las cosas criadas son buenas, pag. 46.

Cap. XIII. Que toda esta fábrica del Universo alaba al Señor, pag. 48.

Cap. XIV. Que al hombre cuerdo nada puede desagradarle entre quantas criaturas hizo el obys-

mo , pag. 51.

Cap. XV. De qué suerte se halla la verdad, y falsedad en las criaturas , pag. 53.

Cap. XVI. Que todas las cosas son buenas; pero no convienen à todos , pag. 54.

Cap. XVII. De los males que impiden el conocimiento Divino, pag. 55.

Cap. XVIII. Que solo Christo es el Camino para conseguir la salud eterna, pag. 59.

Cap. XIX. Qué juicio hacia acerca de la Encarnacion del Verbo Divino , pag. 61.

Cap. XX. De la variedad que hay entre los libros Platonicos , pagin. 65.

Cap. XXI. De lo que halló mas en los Libros Sagrados , que en los Platonicos , pag. 68.

LIBRO OCTAVO.

Cap. I. En que confiesa , que encendido en amor Divino , determinó ir à consultar con S. Simpliciano , pag. 74.

Cap. II. De la ida à Simpliciano, y la platica que tuvieron, pag. 80.

Cap. III. Que Dios, y los Angeles tienen mayor regocijo en la conversion de un pecador , pag. 88.

Cap. IV. En que se dá la razon por què es mayor el gozo en la conversion de un pecador grande, pag. 93.

Cap. V. De lo que estorva su conversion; pag 97.

Cap. VI. Refiere Poticiano la Vida de San Antonio , pag. 103.

Cap. VII. Haviendo oído à Poticiano Augustino , se desagrada á sí mismo , pag. 112.

Cap. VIII. De lo que sucedió à Augustino en un huerto de su casa, pag. 117.

Cap. IX. Por què el alma es perezosa para su bien proprio , pag. 121.

Cap. X. De quàn variable es la voluntad de los hombres, pag. 124.

Cap. XI. Lucha de Augustino entre la carne , y el espiritu , pag. 131.

Cap. XII. Conviertese Augustino à una voz que oyó del Cielo, pag. 136.

LIBRO NONO.

Cap. I. En que alaba la bondad Divina , conociendo su miseria pag. 143.

Cap. II. Dexa Augustino la enseñanza de la Rhetorica , pag. 146.

Cap. III. Dàle Verecundo à S. Augustin una heredad donde habite, pag. 150.

Cap.

- Cap. IV. De lo que escribió con Nebridio acerca de los Psalmos, y un gran dolor que padeció de los dientes , pag. 155.
- Cap. V. Pide consejo San Augustin à San Ambrosio sobre qué libro leerà mas util para él en la Sagrada Escritura , pag. 168.
- Cap. VI. Del Bautismo de S. Augustin en la Ciudad de Milàn, p. 169.
- Cap. VII. De lo que viò en Milàn, pag. 173.
- Cap. VIII. De la conversion de Evodio , pag. 177.
- Cap. IX. Cómo se portò Monica con su marido, pag. 184.
- Cap. X. Del coloquio que Augustino tuvo con su madre del Reyno de los Cielos , pag. 191.
- Cap. XI. Del éxtasis , y muerte de Monica, pag. 197.
- Cap. XII. De lo que lloró Augustino la muerte de su santa ma-
- Tom. II. Aa*

dre , pag. 202.

Cap. XIII. En que hace Augustino oracion por su madre difunta, pag. 209.

LIBRO DECIMO.

Cap. I. Confesion del corazon, p. 216.

Cap. II. Que para Dios nada ha de haver oculto , pag. 217.

Cap. III. Para qué conduce la confesion de los males , 219.

Cap. IV. En que declara los frutos de las confesiones , pag. 223.

Cap. V. Como el hombre solo conoce á Dios confusamente , y à sí mismo no se conoce del todo, pag. 227.

Cap. VI. Qué cosa sea Dios, y cómo es conocido, pag. 229.

Cap. VII. Que no hay virtud alguna corporea con que pueda hallarse à Dios, pag. 236.

Cap. VIII. De la virtud, y eficacia de la memoria , pag. 237.

Cap. IX. De la memoria de las ciencias , pag. 246.

Cap. X. Que los sentidos entregan las cosas á la memoria , p. 248.

Cap. XI Cómo están en el alma las especies de las cosas , pag. 250

Cap. XII. De la memoria de los Mathematicos , pag. 252.

Cap. XIII. De la memoria de las aficiones ; pag. 254.

Cap. XIV. Como estando tristes, nos acordamos de lo alegre, pag. 256.

Cap. XV. Que se acuerda la memoria de los objetos ausentes, pag. 260.

Cap. XVI. Que tambien hay memoria de lo que se entrega al olvido ; pag. 262.

Cap. XVII. Que hay tres modos de memoria , pag. 266.

Cap. XVIII. De la reminiscencia,
ó recordacion , pag. 269.

Cap. XIX. Qué viene à ser la que
se llama reminiscencia, pag. 271.

Cap. XX. Que todos desean el ser
binaventurados , pag. 274.

Cap. XXI. Como nos acordamos aun
de aquello , que no hemos visto,
pag. 277.

Cap. XXII. Del verdadero gozo,
pag. 282.

Cap. XXIII. Qué cosa sea la Bien-
aventuranza, donde se goza, pag.
283.

Cap. XXIV. Que tambien Dios se
contiene en nuestra memoria,
pag. 287.

Cap. XXV. En qué grado de la me-
moría está Dios , pag. 288.

Cap. XXVI. Adónde se halla á
Dios , pag. 290.

Cap. XXVII. Cómo lleva Dios tras
sí al hombre , pag. 291.

Cap. XXVIII. De la miseria de esta vida, pag. 293.

Cap. XXIX. Que en Dios se ha de poner la esperanza, pag. 295.

Cap. XXX. De la vanidad de los sueños, pag. 296.

Cap. XXXI. De la tentacion de la gula, pag. 300.

Cap. XXXII. Que nada hay seguro en esta vida, pag. 310.

Cap. XXXIII. Del deleyte de los oídos, pag. 311.

Cap. XXXIV. De los lazos de la vista, pag. 315.

Cap. XXXV. De la curiosidad de saber, pag. 321.

Cap. XXXVI. Del pecado de soberbia, pag. 329.

Cap. XXXVII. Quanto mueven à los hombres las alabanzas, y vituperios, pag. 333.

Cap. XXXVIII. Que la virtud peli-
gra en la vanagloria, pag. 340.

Cap. XXXIX. Del amor propio,
pag. 341.

Cap. XL. De la lucha contra los vi-
cios , pag. 342.

Cap. XLI. De los tres apetitos de
la carne , pag. 345.

Cap. XLII. Del sacrificio de intentar
purificar la conciencia por medio
de los demonios , pag. 346

Cap. XLIII. Que Christo es el ver-
dadero medianero entre Dios, y
el hombre , pag. 349.

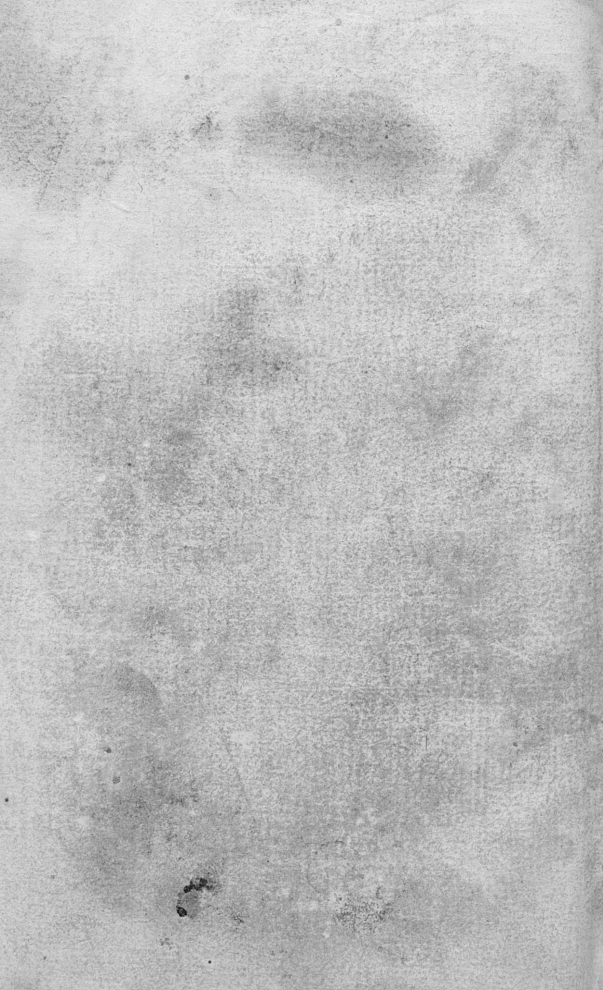
LIBRO UNDECIMO.

Cap. I. Por qué nos confesamos à
Dios, que lo sabe todo, pag. 354.

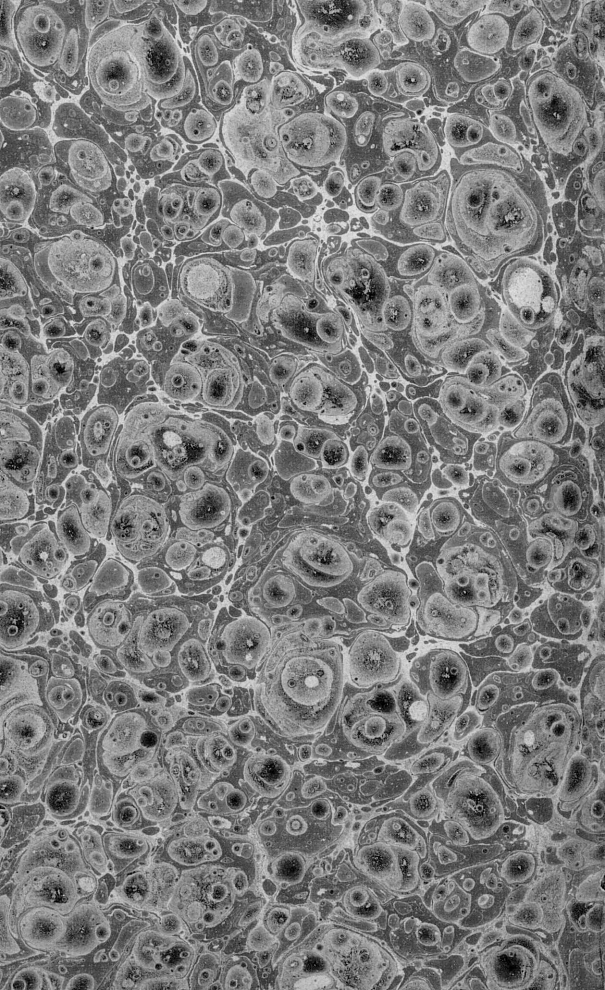
Cap. II. En que pide à Dios le libre
de culpas , y errores , y le lle-
ve al verdadero conocimiento,
pag. 366.

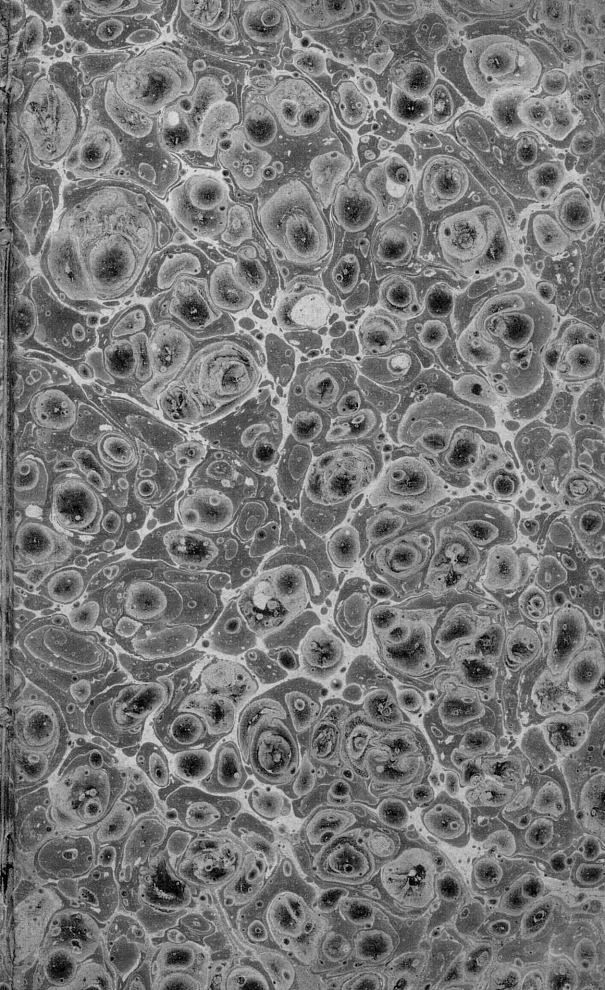
F I N.













CONFESIONE.

DE
S. AGUSTIN

2

JT 627